



PR5317

.A5

v.2

c.1



1080022134



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



EL ANTICUARIO.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

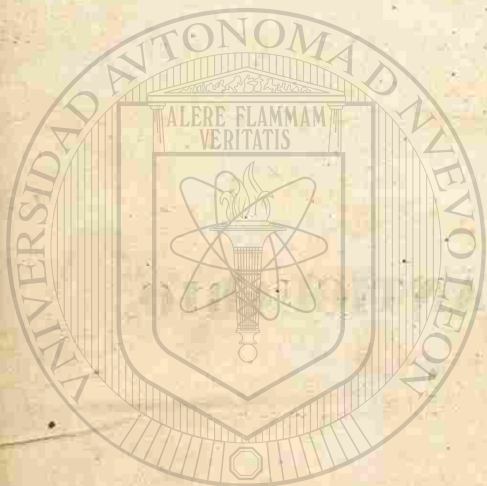


EL
ANTICUARIO,

NOVELA

POR SIR WALTER SCOTT.

- » Era Anselmo hombre de bien,
- » Juicioso y entendido,
- » Pero en su edad avanzada
- » Hacia cosas de niño.
- » Iba tras de los juguetes
- » Como de los viejos libros,
- » Y cuantos mas mamarrachos,
- » Mas los hallaba esquisitos.
- » Cuando encontraba medallas,
- » Saltaba de regocijo,
- » Y mas si el orin en ellas
- » Cubria bustos y signos.
- » Los motetes y refranes
- » Eran hallazgo muy ricos
- » Si databan del reinado
- » De Pelayo ó del rey Silo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BURDEOS,

EN LA IMPRENTA DE D.^o PEDRO BEAUME,

ALAMEDA DE TOURNY, N.º 5.

1828

46989 UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tobez



TOMO SEGUNDO. Capita Alfons

Biblioteca Univers

PR 5317

A5

v. 2



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

EL

ANTICUARIO.

CAPITULO XII.

- « ¡Mendigo, me decís vos!
- » Ninguno en la sociedad
- » Goza de mas libertad
- » Que esos que piden por Dios.
- » Viven á toda su anchura,
- » Ni quitan ni ponen rey,
- » No tienen culto ni ley,
- » Como hijos de la natura.
- » En cualquiera religion
- » Encuentran faltas y abusos,
- » Y siguen solo los usos
- » De su antigua profesion.
- » Pero ¡ay del que los llamara
- » O rebeldes ó traidores!... »

(Brome:)

Con permiso de nuestros lectores, nos anticiparemos á nuestro anticuario, cuya marcha, naturalmente lenta aunque segura, estaba sujeta á considerables retardos, ya por los fre-

TOM. 2.

I

010762

cuentos altos, ya para enseñar á su compañero algun punto de vista agradable, ó ya, por fin, para defender con mayor fuerza algun argumento favorito.

A pesar de las fatigas y peligros de la noche anterior, miss Wardour habia podido levantarse á la hora acostumbrada, y dedicarse á sus diarias faenas, despues de haberse informado con inquietud de la salud de su padre. Sir Arthur no tenia mas indisposicion que las consecuencias de una agitacion terrible y de una fatiga á que no estaba acostumbrado; sin embargo, esto fué suficiente para obligarle á no salir del cuarto.

Pensar en los acontecimientos del dia anterior, era para Isabel una tarea bien penosa. Debia su vida y la de su padre al hombre con quien menos hubiera querido contraer obligaciones, porque le fuera imposible expresar la gratitud en términos los mas modestos, sin fomentar esperanzas que pudieran ser funestas á entrámbos. — ¿Por que cabalmente ha de haberme hecho tan gran servicio y espuestose á tales riesgos por mí el jóven cuya novelera pasion he procurado por todos términos desalentar? ¿Por que la casualidad le ha dado tal ventaja sobre mí? Y sobre todo, ¿por que ha de existir en el fondo de mi razon un sentimiento medio subyugado que,

á despecho de la razon, celebra que le sea deudora de tan grande beneficio?

En tanto que miss Wardour se acusaba de este modo de capricho y estravagancia, vió que avanzaba por la avenida, no su jóven salvador cuya presencia temia, sino el viejo mendigo que habia representado uno de los principales papeles en el drama del dia anterior.

Tocó inmediatamente la campanilla para llamar á su camarera. — Permite la entrada á ese anciano, le dijo.

Betzy volvió dentro de algunos minutos. — No quiere venir, señorita; dice que sus zapatos herrados no se han apoyado nunca sobre tapices, y que mediante Dios no se apoyarán jamas. ¿Le mandaré entrar en la despensa?

— No, un instante; tengo necesidad de hablarle. ¿Donde se halla ahora?..... Pues le habia perdido de vista al llegar cerca de la casa.

— Sentado al sol en el banco de piedra del patio, junto á la ventana del comedor.

— Pues bien, dile que me aguarde allí; bajaré al comedor, y le hablaré desde la ventana.

Bajó Isabel conforme dijo, y le encontró no sentado del todo, sino recostado en el banco de piedra. Viejo y mendigo como era, Edie Ochiltrie estaba probablemente conven-

cido de que su alta estatura, sus espresivas facciones, sus canas y larga barba debían producir una impresion favorable, y se habia notado que guardaba siempre una actitud propia para hacer resaltar aquellas prendas recomendables. En aquel instante se hallaba recostado en el banco, vueltos al cielo sus arrugadas pero encendidas mejillas y sus ojos llenos de fuego y de vivacidad. El palo y la alforja estaban á su lado. Echó una mirada en torno suyo por el patio, con aire de ironía y de sarcasmo, y volvió á clavar sus ojos en el firmamento. Un artista hubiera podido tomarle por modelo de un antiguo filósofo cínico, sonriéndose de la frivolidad de los deseos de los hombres, meditando sobre la poca solidez de los bienes del mundo, y dirigiendo sus pensamientos ácia el eterno principio de los únicos tesoros preciosos y duraderos.

Miss Wardour, asomando su lindo rostro y su gracioso cuerpo á la ventana abierta, pero que, segun la costumbre antigua adoptada para las ventanas de los cuartos bajos de los castillos, estaba llena de barras de hierro, daba á aquella escena un interes de una clase enteramente distinta. A una imaginacion novelera se le hubiera representado una jóven cautiva haciendo la narracion de sus penas á un viejo peregrino, para que escitase á algun

afable caballero, que encontraria tal vez en sus viages, á venir á romper sus hierros.

Miss Wardour, despues de haber dado al mendigo en los términos mas espresivos las mas atentas gracias, que este declaró superiores á su mérito, empezó una conversacion que supuso la mas satisfactoria para él. — Ignoro, le dijo, lo que piensa hacer mi padre por nuestro libertador, pero no hay duda que os pondrá al abrigo de la necesidad por todo el resto de vuestra vida. Si quereis permanecer en el castillo, yo daré orden....

— Mi buena señorita, dijo el viejo sonriéndose y meneando la cabeza, no seria esa mala morisqueta para los lindos criados de la casa: ellos se desdeñarían seguramente de tenerme á su lado, y no creo que hasta ahora haya yo causado el oprobio de nadie.

— Sir Arthur daria las órdenes mas serias....

— Es vm. muy buena, miss Wardour; no hay duda que lo haria, pero hay cosas que un amo no puede mandar. Por ejemplo, les mandaria que no me pegasen, ¡ay de aquel por otra parte que se atreviese á hacerlo!.... que me diesen mi puding de harina de cebada, y mi buen tajo de carne, muy santo y muy bueno; pero ¿cree vm. que todas las órdenes de sir Arthur podrian cerrarles el pico, reprimir la maligna mirada, y obligarles á pre-

sentarme la comida con aquella afabilidad que facilita la digestion? ¿Cree vm. que podria prohibirles aquel aire de desprecio y de reconvencion, que daña mas que todas las injurias? Por otra parte, yo soy el holgazan mas voluntarioso de cuantos han existido. No podria acostumbrarme á comer ni á dormir en horas señaladas. En fin, para decir á vm. francamente la verdad, seria un pésimo ejemplo para una casa bien organizada.

— Pues bien, Edie, ¿que os pareceria una pequeña cabaña, una pieza de plata todos los dias, y no tener mas trabajo que cavar vuestro huerto cuando os diere la gana?

— ¿Y cuantas veces cree vm. que me daria la gana en un año? acaso ni una sola entre la Candelaria y Navidad. Y aun cuando se me tratase como al mismo sir Arthur, no podria nunca resolverme á permanecer en el mismo puesto, ni á ver todas las noches encima de mi cabeza las mismas vigas y maderos. Luego tengo yo un humor chancero que solo va bien á un mendigo vagamundo, porque nadie hace caso de lo que dice: sir Arthur tiene por su parte, como debe vm. saber, algunos raros caprichos; podria gastar alguna chanza, soltar alguna indirecta acerca de esto; vm. entónces se enfadaria contra mí, y no me quedaria mas recurso que ahorcarme.

— Vos sois un hombre privilegiado, Ochiltrie, os dejaremos arar por donde querais; asi, pues, seguid mi consejo, y pensad con vuestra edad.

— ¡Oh! no estoy todavía tan cascado. Ya vió vm. ayer como me puso la lluvia, y á pesar de esto ninguna anguila era mas bulliciosa que yo. ¿Y que haria todo ese pais sin el viejo Ochiltrie que es el corre vé y dile y el propagador de todos los chismes y susurros de las inmediaciones; que lleva el dulcecito y el caramelo para las niñas, y hace los sables de madera y las gorras de granadero para los muchachos; que remienda los violines de los hombres y las cazuelas de las mugeres; que tiene remedios para todas las enfermedades de vacas y caballos; que sabe mas coplas y cuentos él solo que toda la baronía junta, y á quien nadie vé llegar sin que suelte la risa? No, mi buena señorita, no, yo no puedo renunciar á mi vocacion: esto seria una desgracia pública.

— Pues bien, Edie, ya que la idea de vuestra importancia es mas preciosa para vos que el deseo de la independenciam...

— Al contrario, miss Wardour, es imposible que en ningun otro destino sea mas independiente que ahora. Nunca pido mas que una sola comida en una casa, y á veces me contento con un pedazo de cualquiera cosa; si

me lo niegan en una puerta, paso á la otra; por consiguiente no dependo de ningun particular, sino de todo el país en general.

— Si es así, prometedme solamente que cuando vuestra edad os impedirá hacer vuestras pasacalles, y desearéis fijaros en alguna parte, no dejaréis de prevenirmelo; y entretanto tomad esta bagatela.

— No, miss Wardour, me es imposible tomar tanto dinero á la vez, esto es contra nuestros estatutos; por otra parte, aunque sea imprudencia repetirlo, se dice que el dinero no abunda en casa de sir Arthur, y que ha descuidado un poco sus asuntos á fuerza de cavar para encontrar minas de plomo y de cobre.

Isabel no dejaba de tener alguna inquietud en esta parte; pero le fué doloroso adquirir esta prueba de que la penuria de efectivo en que se hallaba su padre daba ya pábulo á las hablillas del público, como si los yerros del hombre de bien, la caída del poderoso y la ruina del rico, no fuesen siempre la renta y el interés de la murmuración. — Por más que digan, Edie, respondió suspirando, tenemos con que pagar nuestras deudas, y la que hemos contraído con vos es una de las más sagradas. Tomad, pues, lo que os entrego.

— ¡Bueno! ¡para que sea robado ó asesinado alguna noche pasando de un lugar á

otro, ó para que esté en continuo susto de serlo, que no vale mucho más! Escuche vm., miss Wardour, añadió bajando la voz, después de haber echado una mirada de precaución en torno suyo, voy á comunicar á vm. con reserva que no estoy tan desprovisto de dinero como muchos se figuran; y aunque sea muy posible que muera en algun foso, se encontrará cosido en mi vieja capa azul lo suficiente para enterrarme como cristiano, y regalar como corresponde á los que se dignaran venir á mis exequias. Ya vé vm. que he procurado por mi entierro: ¿que necesita más un viejo mendigo? Si me veían cambiar un billete de banco, todas las limosnas serian acabadas para mí, la noticia se estenderia como un relámpago por todo el país: dirian que el viejo Edie está atestado de oro y de plata, y me moriría de hambre ántes de que nadie me diese un hueso á roer ó un dinero para la faltriguera.

— ¿Con que no puedo hacer nada por vos?

— Sí tal. Desde luego vendré, como suelo hacer, á pedir limosna. En seguida puede vm. decir al comisario y á los agentes de policía que me dejen ejercer libremente mi profesion. Luego una palabrita á Sandy Netherstane, el molinero, para que encadene su mastin; no quisiera que pegase como hace á aquel pobre animal, él cumple con su obligación ladrando

contra un mendigo. Hay todavía otra cosita, pero acaso sería demasiado atrevimiento en mí hablar de semejante asunto.

— ¿De que se trata, Edie? estad cierto que haré cuanto dependa de mí para daros gusto en todo lo que pueda interesaros.

— ¡Oh no! esto interesa solamente á vm., y no depende mas que de vm. misma. Vamos, será preciso que lo diga. Vm. es una buena muchacha, una linda muchacha, es posible que tenga vm. una dote regular; pero no quite vm. las esperanzas á ese jóven Lovel, como ha hecho vm. poco tiempo ha en *Brierybank*, donde yo los ví á los dos y los oí tambien, aunque vms. no lo advirtiesen. Sea vm. indulgente con ese pobre muchacho que le ama á vm. de corazon. Si vm. y su padre viven aun, á él y no á mí deben agradecerlo.

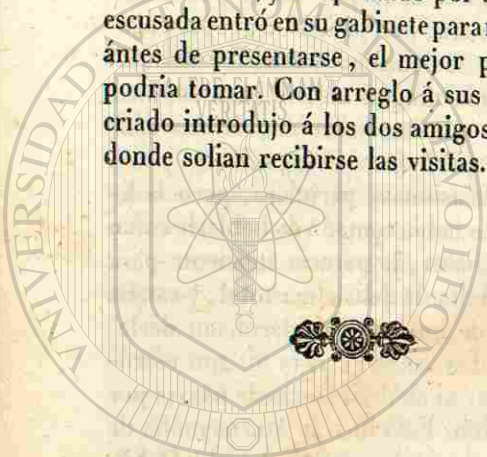
Pronunció estas palabras con voz baja, pero distintamente; y sin aguardar la respuesta, se entró por una puertecita que conducia á la parte del edificio donde habitaban los criados.

Miss Wardour permaneció algunos instantes en la actitud en que se hallaba cuando el viejo tocó esta inesperada tecla, es decir, apoyada en las barras de hierro de la ventana, y le fué imposible contestar una palabra sobre tan delicado punto, hasta que el mendigo hubo desaparecido. Erale en efecto muy di-

ficil tomar una resolucion en esta parte. Bien habia tenido con ese jóven desconocido una entrevista y conversacion particular; pero causóle sumo disgusto el ver que estaba en posesion de su secreto un hombre á quien ninguna jóven hubiera tomado por cierto por confidente, y que era, por profesion, el propagador de todos los chismes y enredos del distrito. No tenia ningun motivo para suponer que el viejo quisiese hacer con ánimo deliberado cosa que le fuese desagradable, y menos que le ocasionase perjuicio; pero la libertad que se habia tomado de hablarle como acababa de hacer, le parecia suficiente para probar una falta de delicadeza total, y estaba convencida de que un partidario tan declarado de la libertad no tendria ningun escúpulo en hacer ni en decir lo que le pasase por la imaginacion. Esta idea la atormentaba de tal modo, que casi deseaba que Lovel y Ochiltree no se hubiesen hallado tan á propósito el dia anterior para salvarle la vida.

Miéntras sufría tal agitacion de ánimo, vió repentinamente entrar en el patio á Oldbuck y á Lovel. Retiróse al momento de la ventana, pero de modo que pudo notar, sin ser vista, que el anticuario se detuvo en frente de la casa, y que señalando el escudo de armas de los antiguos propietarios, esculpido en la pared,

parecia prodigar á Lovel todos los tesoros de su erudicion, en tanto que el aire distraido de este indicaba claramente que todo aquello era tiempo perdido. Isabel tocó la campanilla, dió orden á un criado que los hiciese subir al salon; y ella pasando por una escalera escusada entró en su gabinete para reflexionar, ántes de presentarse, el mejor partido que podria tomar. Con arreglo á sus órdenes, el criado introdujo á los dos amigos en el salon donde solian recibirse las visitas.



CAPITULO XIII.

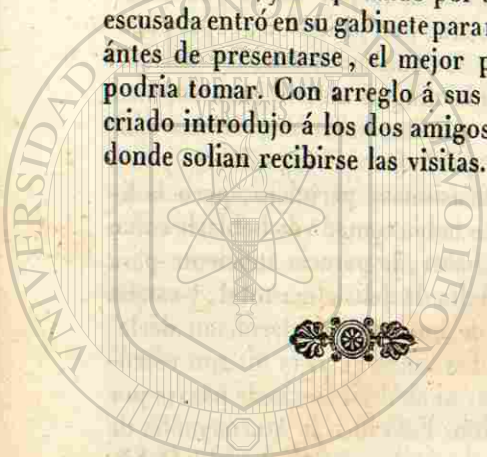
- « Antes os aborrecia,
 » Mas ya el odio se acabó;
 » No presumais sin embargo
 » Que se ha trocado en amor.
 » Para mí vuestra presencia
 » Era objeto de afliccion,
 » Conozco que en adelante
 » La toleraré mejor.
 » No aguardéis de mí otra cosa,
 » Y aun de este corto favor
 » De que me siento capaz,
 » Podeis dar gracias á Dios. »

(SHAKSPEARE. Como á vm. guste.)

EL color de miss Isabel Wardour estaba mas encendido de lo regular, cuando despues del tiempo necesario para poner algun orden en sus ideas, entró en el salon.

— Mucho celebro ver á vm., mi hermosa enemiga, dijo el anticuario saludandola con el aire mas afectuoso, pues he tenido en este mi jóven amigo un oyente refractario ó á lo menos muy distraido, cuando le hacia la narracion de la historia del castillo de Knockwinnock. Creo que el peligro de la noche pasada ha trastornado un poco la cabeza á mi compañero. Pero

parecia prodigar á Lovel todos los tesoros de su erudicion, en tanto que el aire distraido de este indicaba claramente que todo aquello era tiempo perdido. Isabel tocó la campanilla, dió orden á un criado que los hiciese subir al salon; y ella pasando por una escalera escusada entró en su gabinete para reflexionar, ántes de presentarse, el mejor partido que podria tomar. Con arreglo á sus órdenes, el criado introdujo á los dos amigos en el salon donde solian recibirse las visitas.



CAPITULO XIII.

- « Antes os aborrecia,
 » Mas ya el odio se acabó;
 » No presumais sin embargo
 » Que se ha trocado en amor.
 » Para mí vuestra presencia
 » Era objeto de afliccion,
 » Conozco que en adelante
 » La toleraré mejor.
 » No aguardéis de mí otra cosa,
 » Y aun de este corto favor
 » De que me siento capaz,
 » Podeis dar gracias á Dios. »

(SHAKSPEARE. Como á vm. guste.)

EL color de miss Isabel Wardour estaba mas encendido de lo regular, cuando despues del tiempo necesario para poner algun orden en sus ideas, entró en el salon.

— Mucho celebro ver á vm., mi hermosa enemiga, dijo el anticuario saludandola con el aire mas afectuoso, pues he tenido en este mi jóven amigo un oyente refractario ó á lo menos muy distraido, cuando le hacia la narracion de la historia del castillo de Knockwinnoek. Creo que el peligro de la noche pasada ha trastornado un poco la cabeza á mi compañero. Pero

vm., miss Isabel, ¡que encarnadita está vm.! todos la creyeran acostumbrada á arrostrar muy á menudo el furor de las olas, los vientos impetuosos, y una lluvia de borrasca. Los colores de vm. son mas vivos aun que ayer, cuando se dignó vm. honrar mi *hospitium* con su presencia. ¿Y sir Arthur? ¿como lo pasa mi bueno y antiguo amigo?

— Tal cual, señor Oldbuck; pero yo temo que no se halle todavía en estado de recibir las felicitaciones de vm., y de ofrecer al señor Lovel el homenaje de su gratitud por su incomparable adhesion.

— Yo lo creo. Una buena almohada de pluma hubiera convenido mas á su canosa cabeza que la cama dura del Delantal de Bessy. ¡Maldito sea!

— Yo no llevaba idea, dijo Lovel bajando los ojos, vacilando á cada palabra, y procurando ocultar su agitacion, no llevaba idea de presentarme á sir Arthur y á miss Wardour.... Sabia que mi presencia debia serles..... poco agradable, porque les escitaria por precision recuerdos penosos....

— No crea vm. á mi padre tan injusto é ingrato, dijo Isabel no menos confusa. Me atrevo á decir.... estoy casi segura de que mi padre se tendria por dichoso de poder dar al señor Lovel una prueba de su gratitud.....

como él se sirviese indicarle el medio mas oportuno.

— ¿Que diablos significa semejante reserva? exclamó Oldbuck; esto me trae á la memoria á nuestro grave ministro, que brindando, tan fatuo como es, por las inclinaciones de mi hermana, juzgó conveniente añadir: Mientras que sean virtuosas, miss Griselda. Basta pues, fuera insulsos cumplimientos. Estoy cierto que cualquier otro dia sir Arthur tendrá mucho gusto en vernos. ¿Y que noticias me da vm. del reino subterráneo de las tinieblas y de la esperanza? ¿Que dice el espíritu negro de la mina? ¿Piensa sir Arthur que tendrá buen resultado su última empresa en Glen-Withershins?

Miss Wardour meneó la cabeza. — Creo que son muy débiles sus esperanzas, señor Oldbuck. He aquí, sin embargo, añadió indicandole al otro extremo del salon una mesa encima de la cual habia diversos fragmentos de piedras y minerales, he aquí las muestras que le han enviado recientemente.

— ¡Ah! las pobres cien libras que sir Arthur logró por fin que pusiese de interes en esta malhadada empresa hubieran sido suficientes para comprar un carró de muestras de mineralogía; no importa, es preciso verlas.

Diciendo esto fué á sentarse junto á la mesa,

y se puso á examinar todas las piedras que en ella habia, murmurando y encogiendose de hombros cada vez que dejaba una para tomar otra.

Durante este tiempo Lovel, á quien la separacion del anticuario dejaba en cierto modo mano á mano con miss Wardour, se aprovechó de esta ocasion para dirigirle la palabra.

— Me lisonjeo, dijo á media voz, de que miss Wardour no atribuirá mas que á circunstancias casi inevitables la presencia de un hombre que tiene tantos motivos para creer que sirve de incomodidad.

— Señor Lovel, respondió Isabel con el mismo tono, me prometo.... estoy cierta de que no abusará vm. de la ventaja que le dan los servicios que nos ha hecho, servicios á los cuales nunca mi padre podrá mostrarse bastante agradecido. Si el señor Lovel podia mirarme como una amiga, como una hermana, nadie podria, y despues de lo que he sabido del señor Lovel, nadie deberia ser recibido aquí con mayor placer; pero....

Lovel repitió aquí interiormente el anagrama pronunciado por el señor Oldbuck contra la partícula adversativa *pero*. — Perdóname vm. si la interrumpo, miss Wardour, no debe vm. temer que le hable mas de un asunto que me tiene vm. prohibido. Pero si

se resiste vm. á escuchar la espresion de mis sentimientos, no añada vm. á esta severidad el rigor de obligarme á negarlos.

— Mucho siento, señor Lovel, esa.... disimule vm. que me sirva de una palabra tan dura, esa obstinacion tan estravagante como inútil. Yo hablo por su mismo bien de vm. Piense vm. que debe dar cuenta de su talento á su patria. Entregandose á una predileccion intempestiva, que al cabo no es mas que una preferencia pasagera, pierde vm. un tiempo que bien aprovechado podria echar los fundamentos de su elevacion futura. Permitame vm. suplicarle con fervor que tome una firme resolucion; que procure....

— Basta, miss Wardour, veo claramente que....

— Esto le ofende á vm., señor Lovel, lo conozco.... y.... creame vm., yo misma compadezco la pena que le estoy causando; pero ¿puedo hablar á vm. de otro modo, si quiero ser justa con vm. y conmigo misma? Sin el consentimiento de mi padre nunca escucharé las proposiciones de nadie, y á vm. mismo le consta bien que es imposible que apruebe los sentimientos con que vm. me honra, y debo decir....

— No, miss Wardour, no pase vm. adelante. ¿No basta destruir todas nuestras esperanzas en la situacion en que me encuentro?

¿por que prohibirme que las conserve para lo sucesivo? ¿por que decirme cual seria la conducta de vm. si su padre no tuviese ya objecion que hacer?

— Porque esta esperanza es quimérica, señor Lovel, porque los obstáculos no pueden vencerse. Como su amiga de vm., como una persona que le debe su vida y la de su padre, le suplico encarecidamente que sufoque esta desgraciada inclinacion. Abandone vm. una ciudad donde no puede hallar ningun medio de desplegar su talento, y vuelva vm. á entregarse á la honorífica profesion que parece haber abandonado.

— ¡Pues bien! miss Wardour, obedeceré á vm., pero tenga vm. paciencia por un mes mas. Si en este corto espacio de tiempo no doy á vm. razones fundadas para prolongar mi residencia en Fairport.... razones que vm. misma no pueda menos de aprobar, me alejaré de estas cercanías, y perderé al mismo tiempo todas mis esperanzas de felicidad.

— No hable vm. asi, señor Lovel; espero que por espacio de muchos años disfrutará vm. de la felicidad que merece, de una felicidad fundada sobre bases mas sólidas y razonables que la que es en el día el objeto de sus deseos. Pero es tiempo de terminar esta conversacion. Yo no puedo obligar á vm. á

seguir mis consejos, tampoco puedo cerrar la puerta de esta casa al que ha salvado la vida de mi padre y la mia; pero cuanto mas pronto se arme el señor Lovel de bastante valor para renunciar á una esperanza que habia imprudentemente concebido, tanto mas alto será el grado de estimacion que yo le profese. Entretanto debe perdonar si tanto por él como por mí le suplico que no vuelva á hablar de un asunto que tanto pesar nos cuesta.

Entró en este momento un criado para decir que sir Arthur rogaba al señor Oldbuck que se sirviese pasar á su cuarto.

— Yo precederé á vm., dijo Isabel que temia sin duda quedar sola con Lovel; y condujo el anticuario al aposento de su padre.

Sir Arthur, envueltas las piernas con paños de flanela, estaba tendido en un sofá. — Bienvenido, amigo mio, exclamó, espero que el mal tiempo no tuvo ayer tan malas consecuencias para vm. como para mí.

— En efecto, sir Arthur, no me ví tan expuesto como vm. Yo me hallaba *in terrá firmá*, cuando el Océano y los vientos conspiraban contra vm. Pero tales aventuras convienen mas á un galan caballero que á un humilde escudero como yo. ¡Elevarse en alas del viento y de la noche, penetrar en las cavidades de la tierra!.... A propósito, ¿que noticias hay

de nuestra comarca subterránea de Buena Esperanza, de la *terra incognita* de Glen-Withershins?

— Nada de bueno hasta ahora, respondió el baronet haciendo una mueca, como si hubiese sentido una punzada del dolor de gota; pero Dousterswivel no desespera aún.

— ¿De veras? dijo Oldbuck: ¡pues bien! yo desespero, mal que le pese. El viejo doctor H... me dijo en Edimburgo, en vista de las muestras, que nunca encontraríamos bastante cobre en esta mina para hacer un par de hebillas de la charretera; y no veo que sean de distinta calidad las muestras que hay encima de la mesa en el salon.

— Tampoco creo yo que el sabio doctor sea infalible.

— No, pero es uno de nuestros primeros químicos, cuando ese filósofo ambulante, el señor Dousterswivel, que tanto pondera vm., pertenece, á mi entender, á la clase de aquellos hábiles aventureros de que habla Kircher en estos términos: *Artem habent sine arte, partem sine parte; quorum medium est mentiri, vita eorum mendicatum ire* (1), es decir, miss Wardour....

(1) Poseen un arte que no lo es, bienes que no existen; su recurso es la mentira, su suerte la mendicidad.

— No necesito esplicacion, señor Oldbuck, comprendo muy bien lo que quiere vm. decir, pero espero que el señor Dousterswivel será reputado en adelante por mas digno de la confianza de vm.

— Mucho lo dudo, replicó el anticuario, los principios son muy malos; y si no se descubre la maldita vena que nos profetiza dos años hace.....

— No toma vm. gran interes en este negocio, señor Oldbuck, dijo el baronet.

— Al contrario, sir Arthur, lo tomo con demasiado empeño; y sin embargo, por el mayor bien de mi hermosa enemiga que está presente, consentiria de buena gana en perder todo mi capital para adquirir una certitud de que no le cuesta á vm. mas dinero.

Un penoso silencio reinó por algunos minutos, pues sir Arthur era demasiado orgulloso para confesar que ya se habia disipado el prestigio de sus sueños, por mas que empezase á prever el resultado de su empresa. — He sabido, dijo por fin, que el jóven cuya intrepidez y presencia de ánimo nos prestó ayer tan señalado servicio, ha tenido la atencion de hacernos una visita, y le ha acompañado á vm. hasta mi casa. Siento no hallarme en estado de recibirle ni á él ni á nadie, escepto un antiguo amigo como vm., señor Oldbuck.

El anticuario no pudo menos de agradecer esta preferencia por medio de una atenta cortesía.

— ¿Figúrome que se hizo vm. amigo de ese jóven en Edimburgo?

Oldbuck le enteró de las circunstancias que diéron principio á sus relaciones.

— ¿Mi hija conoce pues al señor Lovel de mas antigua data que vm.?

— ¡Holá! no lo hubiera creído por cierto.

— La casualidad me dió á conocer al señor Lovel, dijo miss Wardour poniendose algo colorada, cuando me hallaba en casa de mi tia mistress Wilmot, la última primavera.

— ¿En el condado de York?..... ¿y que hacia entónces? ¿que se decia de él? ¿por que aparentó vm. no conocerle cuando yo se lo presenté?

Isabel respondió á las preguntas menos difíciles, y dejó la última sin respuesta.

— Servia en el ejército donde parece se habia distinguido. Era por lo menos muy estimado, y pasaba por un jóven amable que prometia mucho.

— Pero siendo así, ¿por que le ha tratado vm. como si no le hubiese visto en su vida? No la creia á vm., miss Wardour, tan poseida del miserable orgullo del sexo débil.

— No le faltaban poderosas razones para

obrar así, dijo sir Arthur con aire de dignidad. Vm. conoce el modo de pensar de mi familia, que acaso calificará vm. de preocupacion; pero no importa, nosotros estimamos en mucho un nacimiento sin mancha. Ahora bien, parece que ese jóven es hijo ilegítimo de un hombre rico; mi hija no queria pues renovar sus relaciones con él, ántes de saber si yo aprobaba semejante amistad.

— Si se hubiese tratado de su madre, vaya con Dios, tendria vm. á lo menos alguna razon aparente....; Pobre muchacho! he aquí por que estaba tan confuso y distraido cuando yo le esplicaba el origen de la banda de bastardía que se nota en el escudo de armas esculpido debajo de la puerta de uno de los torreones de este castillo.

— Sin duda, dijo el baronet con aire de satisfaccion, aquellas son las armas de Malcolm, alias el usurpador. La torre que mandó construir lleva todavía su nombre, aunque es mas conocida por la torre de Baltardo, que considero ser una corrupcion de bastardo. En la genealogía latina de mi familia es llamado *Milcolombus Nothus*. Apoderóse temporalmente de nuestros bienes, trató de establecer por la violencia su raza ilegítima en el dominio de Knockwinnock, y causó con esto contiendas de familia y una larga serie de desgra-

cias que han producido en nosotros un sentimiento de horror y de antipatía por todo lo que no es hijo de buena madre, sentimientos que mis respetables antepasados me han transmitido con su sangre.

— Conozco bien esta historia, dijo Oldbuck, como las sabias máximas que ha inspirado á su familia de vms., y se lo estaba contando á Lovel un momento hace. ¡ Pobre joven! ; cuanto debe haberle incomodado! Yo atribuía á indiferencia su falta de atencion, y estuve casi por picarme; pero veo que no era mas que un efecto natural de delicadeza estremada. Espero, sir Arthur, que no será para vm. menos preciosa su vida, porque se la debe á un hombre de nacimiento maculado.

— Ni seré menos agradecido por esto á mi libertador, exclamó el baronet; mi puerta y mi mesa estarán siempre abiertas para él, como si circulaba por sus venas la sangre mas pura.

— Mucho celebros que se produzca vm. de este modo. Asi, si no tiene de que comer, sabrá donde encontrarle. Pero ; que hace aquí en estas inmediateces? Será preciso que yo le sondee un poco, y si encuentro que tiene necesidad de saludables consejos.... Que los necesite ó no, yo procuraré que no carezca de ellos.

Despues de haber hecho este liberal ofrecimiento, el anticuario se despidió de sir Arthur y de su hija, tanta era la prisa que se daba para poder empezar sus operaciones con Lovel. Dijole que miss Wardour le saludaba, pero que se habia quedado con su padre; y cogiendole por el brazo, salió con él del castillo.

Knockwinnock conservaba aun en gran parte los atributos exteriores por los cuales se conocian antiguamente los castillos habitados por barones. Tenia una puente levadiza, aunque no se alzase nunca; estaba circunvalado de un ancho foso, en cuyas dos subidas se habian despues plantado árboles de adorno. El edificio se apoyaba parte en una roca rojiza que descendia ácia el mar, parte en el mismo suelo á corta distancia del foso. Hemos hablado ya de la avenida del castillo; otros grupos de altos árboles se elevaban en las cercanías, como para refutar la preocupacion que pretende que los árboles vegetan mal cuando se hallan inmediatos al mar. Nuestros viajeros hicieron alto, y volviéronse para mirar el castillo cuando llegaron á una eminencia en medio del camino real, pues ya se deja presumir que no quisieron esponerse á la marea yendo por los arenales. El edificio envolvia con su opaca sombra los sotos de la izquierda, en tanto que las ventanas de frente reflejaban los

rayos del sol. Esta vista no les inspiraba sin embargo las mismas ideas. Lovel, con todo el ardor de aquella pasión que se alimenta de bagatelas, al par del camaleón que, según se dice, vive del aire ó de los insectos invisibles que en él se encuentran, procuraba adivinar cual de las numerosas ventanas que se ofrecían á sus ojos era la del aposento hermoseado entonces con la presencia de miss Wardour. Las reflexiones del anticuario eran de una clase más seria, y dió una prueba de ello, cuando volviéndose repentinamente para continuar el camino, exclamó: — *¡Cito peritura!* Lovel, abandonando entonces sus meditaciones, le miró como para preguntarle lo que significaba aquella exclamación. El anciano meneó la cabeza. — Sí, joven amigo mio, dijo, temo, y se lo digo á vm. con el mayor sentimiento, temo que esa antigua familia no se halle muy próxima á su caída.

— ¡De veras! exclamó Lovel; vm. me sorprende.

— En vano procuramos, dijo el anticuario prosiguiendo el curso de sus reflexiones, endurecer nuestro corazón para mirar con una justa indiferencia las variaciones que acaecen en este mundo falaz y perecedero; en vano nos esforzamos para adivinar el ser invulnerable que se basta á sí mismo, el *teres atque rotun-*

dus (1) del poeta. Esta carencia de penas y de miserias de la vida humana, que el estoico hace alarde de poseer, es tan imaginaria como el estado de tranquilidad mística y de perfección á que aspiran algunos entusiastas.

— ¡Oh! no permita Dios que suceda de otro modo, dijo Lovel con calor; no permita Dios que exista una filosofía capaz de endurecernos el corazón hasta el punto de no conmoverse sino por lo que tiene una relación directa con nosotros mismos. Tan loco sería el que desease que se volviese su mano callosa como el cuerno, para evitar el peligro de una cortadura ó de un rasguño, como el que ambicionase un estoicismo que convirtiera su corazón en un trozo de mármol.

El anticuario miró al joven con cierto ademán que indicaba el interés y la compasión. — Aguarde vm., le dijo, aguarde vm. que su navicilla haya sido combatida sesenta años consecutivos por la tempestad de las vicisitudes humanas; y aprenderá vm. entonces á encoger sus velas para que pueda sujetarse al timón; ó, para hablar á vm. el idioma del mundo, habrá vm. sufrido y le quedará que sufrir bastantes penas para dar pábulo á su sensibilidad, sin tomar por el destino de los demás

(1) Redondo y pulido de todos lados.

un interes mas vivo que el que no pueda escusarse de concederles.

— Es posible, señor Oldbuck; pero como en este instante me siento mas inclinado á imitar la práctica de vm. que á adoptar la teoría de su doctrina, no puedo menos de tomar un vivo interes por la suerte de la familia que acabamos de dejar.

— No le carece por cierto de motivo. De algun tiempo á esta parte los apuros de sir Arthur se han multiplicado de tal modo, y han pasado á ser tan urgentes, que estoy admirado no hayan llegado á sus oidos de vm. Y luego las operaciones ruinosas, ese corsario terrestre, ese tahir de Aleman, ese Dousterswivel....

— Creo haber visto á ese personage en un café de Fairport donde he entrado alguna vez. Un hombre alto, de pobladas cejas, con poca gracia y mucha pesadez, hablando de objetos científicos, á lo que puede juzgar mi ignorancia, con mas presuncion que conocimientos positivos, y haciendo una estravagante mezcla de los términos técnicos de las ciencias con las frases de la devocion. Un jóven me dijo con ingenuidad que era un iluminado, y que tenia trato y comercio con el mundo invisible.

— El es, no hay duda, él es. Posee bastantes conocimientos prácticos para produ-

cirse doctamente y con criterio en presencia de aquellos cuya instruccion le impone; y para decir á vm. la verdad, esta especie de sagacidad que posee, unida á una desvergüenza sin igual, me alucinó á mí mismo por algun tiempo euando empezé á tratarle; pero he sabido despues que cuando se halla en compañía de locos ó ignorantes, ó bien en alguna reunion de la gente femenina, se produce como un verdadero charlatan, habla del *magisterium*, de simpatías y antipatías, de la cábala, de la varilla mágica, en una palabra, de todas aquellas patrañas ridículas de que se sirviéron los rosacruces para alucinar á un siglo menos ilustrado, y que para nuestro oprobio eterno se han renovado en el nuestro. Mi amigo Heavystern ha conocido á ese bribon en pais estrangero, y me ha dado á conocer su verdadero carácter; pues debe vm. saber que el digno doctor tiene tambien su buena dosis de credulidad. ¡Ah! si yo fuese califa por un dia solo, segun decia el honrado Aboul Hassan, ¡como echaria del pais á todos esos charlatanes con látigos de escorpiones!.... Desconciertan los cerebros débiles con sus sueños místicos, como si atacasen su razon con licores fuertes, y entónces limpian sus bolsillos con la misma facilidad. Ese tahir, ese vagamundo, ese miserable, es sin embargo el que

vibra el último golpe para completar la ruina de una antigua y honrada familia.

— ¿Pero, como es posible que alucine á sir Arthur hasta el punto de arruinarle?

— No lo sé: sir Arthur es un hombre de bien, un hombre respetable; pero como habrá vm. podido notar por lo que nos dijo sobre la lengua de los Pictos, la penetracion y el buen juicio no son su fuerte. Una parte de sus bienes está gravada con hipotecas, y siempre se ha visto en apuros. El picaron del Aleman le ha prometido montañas de cobre, y una compañía inglesa ha anticipado sumas considerables bajo la garantía de sir Arthur, lo que me da mucho que rezelar. Algunas otras personas, y yo he sido bastante cuadrúpedo para contarme en este número, pusieron acciones de cortas cantidades, y el baronet desembolsó cuantiosas sumas. Fuimos alucinados con apariencias especiosas y con mentiras mas especiosas aun; y ahora despertamos, como John Bunyan (1), y vemos que todo ha sido un sueño.

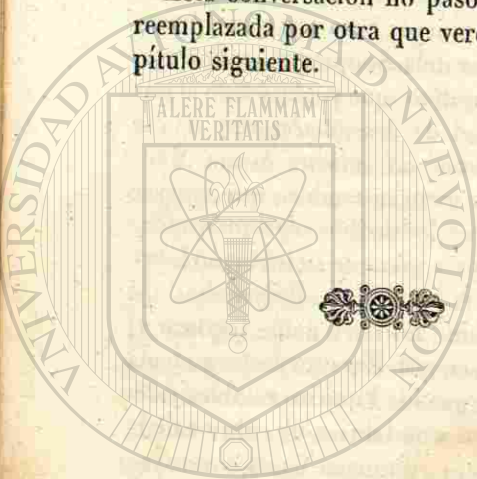
— Me maravillo, señor Oldbuck, que vm. mismo haya dado alas á sir Arthur con su ejemplo.

(1) Autor de la alegoría mística titulada *el Viage del Peregrino*.

— Crea vm., respondió el anticuario bajando los ojos, que yo mismo me admiro y me avergüenzo de ello. No fué, por cierto, la golosina de la ganancia, pues no existe un hombre en la tierra, se entienda prudente y racional, que se muestre mas indiferente que yo en punto á dinero; pero creí poder aventurar aquella bagatela. Se opina generalmente, no sé por que motivo, que yo daré algo al que tenga la bondad de desembarazarme de ese vástago femenino, mi sobrina María Mac-Intyre, y acaso piensan tambien que moveré algun resorte por los medios acostumbrados, para que la buena pieza de su hermano logre algun ascenso en el ejército. Para ámbos objetos hubiera sido un buen golpe triplicar el capital de las acciones. Por otra parte, yo tenia alguna idea de que los Fenicios establecieron en otro tiempo una fábrica de cobre cabalmente en el punto donde se hacia la escavacion. Ese pícaro, ese intrigante, ese Dousters-wivel ¡llevenle dos mil demonios! conoció mi flaco, me embaucó con cuentos absurdos, pretendiendo haber hallado vestigios de que la mina fué abierta y beneficiada en otro tiempo, y que ese género de trabajo se hacia entónces de un modo muy distinto de ahora.... En una palabra, fuí un loco de atar, creo que esto lo dice todo. Mi pérdida es tan corta que

no vale la pena de que se hable de ella, pero me consta que sir Arthur ha contraído empeños considerables, y mi corazón sufre por él y por la pobre muchacha que deberá participar de su desgracia.

Esta conversacion no pasó adelante: fué reemplazada por otra que veremos en el capítulo siguiente.



CAPITULO XIV.

« Si acaso no fué mi sueño
» Algun prestigio impostor,
» Por fin obtendré el amor
» De mi idolatrado dueño.

» Esta noche era dichosa
» Pensando en mi tierno amante,
» Ya no tardará el instante
» En que me llame su esposa. »

(SHAKESPEARE, *Romeo y Julieta.*)

Los detalles de la desgraciada empresa de sir Arthur habian hecho perder de vista á Oldbuck el interrogatorio á que se proponia sujetar á Lovel acerca de la causa de su residencia en Fairport; pero determinó hacerlo entónces.

— Miss Wardour me ha dicho que conocia á vm. ántes de haberle visto en mi casa, señor Lovel.

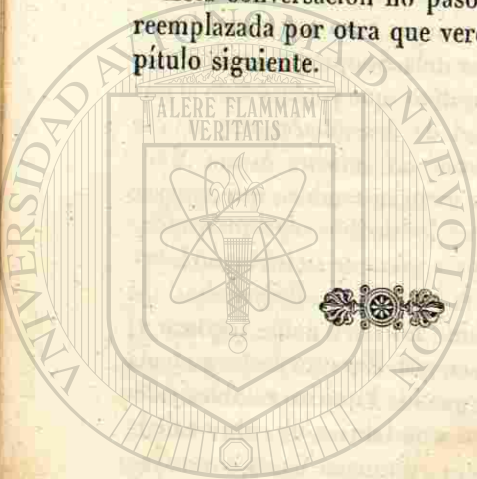
— Sí, tuve el placer de verla en casa de mistress Wilmont, en el condado de York. ^(R)

— ¿De veras? nunca me habia hablado vm. de tal cosa. ¿Y por que no la ha tratado vm. como una conocida antigua?

— No creia encontrarla en casa de vm., y....

no vale la pena de que se hable de ella, pero me consta que sir Arthur ha contraído empeños considerables, y mi corazón sufre por él y por la pobre muchacha que deberá participar de su desgracia.

Esta conversacion no pasó adelante: fué reemplazada por otra que veremos en el capítulo siguiente.



CAPITULO XIV.

« Si acaso no fué mi sueño
» Algun prestigio impostor,
» Por fin obtendré el amor
» De mi idolatrado dueño.

» Esta noche era dichosa
» Pensando en mi tierno amante,
» Ya no tardará el instante
» En que me llame su esposa. »

(SHAKESPEARE, *Romeo y Julieta.*)

Los detalles de la desgraciada empresa de sir Arthur habian hecho perder de vista á Oldbuck el interrogatorio á que se proponia sujetar á Lovel acerca de la causa de su residencia en Fairport; pero determinó hacerlo entónces.

— Miss Wardour me ha dicho que conocia á vm. ántes de haberle visto en mi casa, señor Lovel.

— Sí, tuve el placer de verla en casa de mistress Wilmont, en el condado de York. ^(R)

— ¿De veras? nunca me habia hablado vm. de tal cosa. ¿Y por que no la ha tratado vm. como una conocida antigua?

— No creia encontrarla en casa de vm., y....

he considerado de mi deber aguardar que ella me reconociese primero.

— Conozco la delicadeza de vm. El baronet es un viejo loco puntilloso, pero yo le aseguro á vm. que miss Isabel desprecia todas esas ceremonias hijas de una preocupacion ridícula. Y ahora que ha encontrado vm. nuevos amigos, ¿hace vm. ánimo de salir de Fairport tan pronto como se proponia?

— Me hallo ahora en el caso de responder á vm. con otra pregunta. ¿Que piensa vm. de los sueños?

— ¿Que pienso de los sueños?..... ¿que quiere vm. que piense, sino que son ilusiones producidas por la imaginación, cuando la razon le deja la rienda suelta? No conozco ninguna diferencia entre los sueños y los arranques de locura. En ámbos casos, los caballos sin guía arrastran el coche. En el último el cochero está borracho; en el primero no hace mas que dormir. ¿Que dice sobre este punto nuestro amigo Marco Tulio Ciceron? *Si insanorum visis fides non adhibenda, cur credatur somnientium visis, quæ multò etiam perturbatiora sunt, non intelligo* (1).

(1) Si no se cree absolutamente en las visiones de los locos, ¿por que ha de creerse en las de las personas dormidas, que son mas oscuras aun? Yo no puedo comprenderlo.

— Muy bien, caballero; pero Ciceron nos dice tambien que el que se ocupa todo el dia en lanzar jabalinas debe alguna vez tocar al blanco. Asimismo, entre la multitud de nuestros sueños, pueden hallarse algunos que tengan relacion con los acontecimientos futuros.

— ¡Ah! ¡ah! esto es decir que allá en su sabiduría se imagina vm. que su jabalina ha dado en el blanco. ¡Ay Dios mio! ¡cuan propensos estan los hombres á dejarse estraviar por la locura! Pero vamos, quiero conceder por una vez la existencia de la ciencia oniromántica: si vm. me prueba que un sueño le ha trazado una conducta sabia y prudente, prometo creer en la esplicacion de los sueños, y diré que ha aparecido entre nosotros un nuevo Daniel.

— Digame vm. pues, ¿por que mientras yo vacilaba sobre si abandonaria ó no una tentativa que habia emprendido acaso inconsideradamente, he soñado la noche última que veia á Aldobrando Oldbuck indicandome la divisa que me ha explicado vm., estimulandome asi á la perseverancia? ¿Por que un sueño me habria presentado aquellas tres palabras que no me acuerdo de haber oido en mi vida, tres palabras de un idioma extranjero que no conozco, y cuya esplicacion sin embargo me ha parecido contener una lec-

cion perfectamente aplicable á las circunstancias en que me encuentro?

El anticuario soltó entónces la carcajada.

— Perdone vm., mi jóven amigo; pero he aquí como nos engañamos los débiles mortales, procurando encontrar fuera de nosotros motivos que solo proceden de nuestra propia voluntad. Creo poder esplicar á vm. las causas de su vision. Ayer, despues de comer, estaba vm. tan absorto en sus reflexiones, que apenas oyó vm. la conversacion que tuvimos sir Arthur y yo, hasta el momento que empezamos la disputa relativa á los Pictos, que terminó tan malditamente; pero me acuerdo que enseñé al baronet un libro impreso por Aldobrando, haciendole observar la divisa. El espíritu de vm. se hallaba en otra parte, pero sus oídos y sus ojos recibieron como por máquina la impresion, y la trasladaron á la memoria. La imaginacion de vm., estimulada por el cuento de Grizzy, se puso en ejercicio, y le representó á vm. aquellas tres palabras alemanas durante su sueño. Pero una vez despierto, tomar de tan frívola circunstancia un pretexto para persistir en algun proyecto que no se pueda apoyar en mejores razones, es valerse de un paliativo que emplea alguna vez el hombre mas sabio para satisfacer su gusto á despecho de la razon.

— Convengo en ello, señor Oldbuck, dijo Lovel; creo que acierta vm., y debo haber desmerecido de su buen concepto por haber dado un solo instante alguna importancia á tan pueril casualidad. Pero me hallaba agitado por deseos y proyectos contradictorios, y vm. sabe que la mas pequeña cuerda es suficiente para hacer andar una nave cuando está á flote, al paso que el mas fuerte cable no la menearia hallandose en seco en la ribera.

— Nada de esto, amigo mio, nada de esto. ¡Desmerecer de mi buen concepto!... ni una pulgada, ni una línea. Al contrario le aprecio á vm. mas. Jugamos ahora con cartas iguales; anécdota por anécdota. Ya no me abochorno tanto pensando que tal vez me he escedido un poco relativamente á ese maldito *prætorium*, á pesar de que estoy persuadido aun de que el campo de Agricola debió estar en estas inmediaciones. Pero ahora, Lovel, hableme vm. con franqueza: ¿que hace vm. aquí? ¿Por que ha abandonado vm. su patria y su profesion? ¿Que iman puede atraer á vm. en una ciudad como Fairport? ¿Hace vm. corrales?

— Seguramente: me es tan indiferente todo lo del mundo, existen tan pocas personas que tomen interes por mí ó por quienes deba yo tomarle, que este estado de aislamiento asegura mi independenciam. Aquel cuya buena ó

mala fortuna no concierne mas que á sí mismo, tiene derecho á no consultar, si quiere, mas que su capricho en punto á la senda que debe seguir.

— Perdone vm., jovencito, dijo Oldbuck dandole golpecitos en el hombro con aire de amistad, y haciendo un alto; pero *sufflamina*, cachaza, yo se lo suplico. Concedo que no tenga vm. amigos que tomen parte en sus adelantamientos en el mundo, y que se alegren con vm.; que no deba vm. gratitud ni proteccion á nadie; no por esto está vm. menos obligado á marchar constantemente por la senda del deber. Vm. es deudor de sus luces y talento no solamente á la sociedad, sino al Ser Supremo, que le ha concedido estos dones para que los emplee de un modo útil tanto para vm. como para su prójimo.

— Ignoro que posea don alguno, respondió Lovel con un movimiento de impaciencia, y solo pido á la sociedad que me permita marchar tranquilamente por los senderos de la vida, sin que yo incomode á los otros, y los otros me incomoden á mí. No debo nada á nadie. Tengo medios de mantenerme en una independencia completa, y mis deseos son tan moderados que mis medios, aunque cortos, me bastan y sobran para todas mis necesidades.

— Pues bien, dijo el anticuario continuando á andar, si vm. tiene bastante filosofía para creerse suficientemente rico, nada me queda que decirle, ni aspiro tampoco al derecho de darle consejos. Ha llegado vm. al *acme*, al mas alto grado de la perfeccion. Pero ¿como es posible que haya vm. escogido la ciudad de Fairport para practicar en ella esta filosofía desinteresada? Esto es lo mismo que si un adorador del Dios verdadero fuese á plantar su tienda en medio de los idólatras de Egipto. Ni un solo habitante de Fairport deja de prosternarse ante el becerro de oro, el cebo de la iniquidad. Yo mismo me hallo de tal modo infectado de este aire epidémico, que me siento inclinado alguna vez á caer en la misma idolatría.

— Siendo la literatura la fuente de todas mis diversiones, y habiendo renunciado á lo menos por algun tiempo al servicio militar por ciertas circunstancias que no puedo explicar á vm., he escogido Fairport como un punto donde podria entregarme á mi pasion favorita con toda libertad, sin estar espuesto á las tentaciones que me ofreciera de continuo una sociedad mas fina y escogida.

— ¡Ah! ¡ah! empiezo á comprender la aplicacion que se ha hecho vm. de la divisa de Aldobrando. Vm. aspira á los aplausos del

público, aunque de un modo distinto del que habia creído al principio. Pretende vm. brillar como literato, y espera vm. conseguirlo á fuerza de trabajo y de perseverancia.

Lovel, que se hallaba ya estrechado muy de cerca por las preguntas del anticuario, pensó que lo mejor que podria hacer seria dejarle en el error á que voluntariamente se entregaba.

— He sido algunas veces bastante necio, le respondió, para albergar semejantes ideas.

— ¡Pobre muchacho! es lástima verdaderamente. Y acaso, como muchos otros jóvenes, se cree vm. enamorado de algun individuo del sexo engañador, lo que, segun dice Shakspeare con mucha verdad, es emplear el látigo y la espuela para correr mas aceleradamente á la ruina.

Continuó entónces haciendole preguntas á que tenia muchas veces la bondad de contestar él mismo, pues los estudios ordinarios del buen anticuario le habian hecho contraer la habitud de establecer teorías sobre datos que estaban muy distantes de probarlas. Y como creia siempre que su opinion era la mejor, como pueden haberlo notado nuestros lectores, no le gustaba que le impugnasen ni los hechos, ni las conclusiones que de ellos sacaba, aun los mismos interesados en los puntos que discutía. Continuó, pues, tra-

zando á su arbitrio la carrera literaria de Lovel.

— ¿Y por que obra piensa vm. darse á conocer como literato? ¡Oh! ya me lo figuro. La poesía, la poesía, la amable seductora de la juventud. Sí, sí, la modesta confusion que leo en los ojos de vm. equivale á una concesion positiva. ¿Y que argumento dará pábulo á su estro? ¿Aspira vm. á encumbrar su vuelo hasta las mas altas regiones del Parnaso, ó se limita vm. á alguna ligera excursion por el pié de la docta colina?

— No me he ensayado hasta ahora sino en el género lírico.

— Ya me lo figuraba, saltando de rama en rama para fortalecer sus alas. Pero presumo que lleva vm. idea de remontarse algo mas. Cuidado, amigo mio, que no le escito á vm. de modo alguno á que persista en un oficio tan poco provechoso. Pero vm. ha dicho que no depende absolutamente del capricho del público.

— Y lo repito.

— Que está vm. resuelto á no emprender un género de vida mas activo.

— Por el presente, tal es mi resolucion.

— Pues bien, no me queda mas que dar á vm. mis consejos acerca de lo que debe hacer en el ramo elegido, y auxiliar á vm. con todo

mi poder. Yo mismo soy autor, aquí donde vm. me vé, y tengo publicados dos ensayos en el *Antiquarian Repository* (1), y por consiguiente tengo alguna esperiencia. El uno, titulado Observaciones sobre la edicion de Roberto de Glocester, de Hearnés, está firmado *Scrutator*; el otro, bajo la firma de *Indagator*, es una disertacion sobre un pasaje de Tacito. Podria añadir á esto un escrito que movió gran ruido en su tiempo, y que se insertó en el *Gentleman's Magazine* (2): era una disertacion relativa á la inscripcion de *Ælia Lelia*, y la firmé *Edipo*. Ya vé vm. pues que no dejo de estar iniciado en los misterios de la literatura, y que debo conocer por precision el gusto y el carácter de los tiempos. Ahora bien, yo se lo pregunto, ¿por donde cuenta vm. empezar?

— No hago ánimo de publicar nada tan pronto.

— ¡ Ah! permitame vm. que le diga que no es así. Ya sabemos que en todo lo que se emprende conviene tener siempre á la vista el temor del público. A ver, ¿ alguna colec-

(1) El Repertorio ó Coleccion de Antigüedades, especie de publicacion periódica.

(2) Papel periódico mensual, que no es de los mas científicos.

cion de poesías sueltas?... No, las poesías sueltas permanecen por lo comun estacionarias en las tiendas de los libreros. Conviene que publique vm. alguna cosa que sea á un mismo tiempo sólida y atractiva; de ningun modo novelas ni futilidades anómalas. Debe vm. empezar por establecerse en un terreno firme: aguarde vm., ¿ que le parece á vm. la epopeya, el antiguo poema histórico dividido en 12 ó 24 cantos?... Bueno, esto es escelente, no le falta á vm. mas que el argumento, yo se lo indicaré. La batalla entre los Caledonios y los Romanos. La titulará vm. *la Caledoniada, ó la Invasion rechazada*. Este título se adaptará muy bien al gusto del día, y podrá vm. introducir algunas alusiones á los tiempos presentes.

— Pero la invasion de Agricola no fué rechazada.

— ¿ Que importa? ¿ no es vm. poeta, libre, independiente? No está vm. mas obligado que Virgilio á sujetarse á la verdad y á la verosimilitud. Puede vm. derrotar á los Romanos si le da la gana, mal que le pese á Tacito.

— Y colocar los reales de Agricola en el *Kaim de....* ¿ como le llama vm.? mal que le pese á Ochiltrie.

— No hablemos mas de esto, si conserva vm. alguna amistad por mí. Por otra parte, me

atrevo á decir que tal vez no se apartaria de la verdad en ámbos casos, á pesar de la toga de historiador y de la capa azul del mendigo.

— No me disgusta el consejo. Pues bien, trataré de hacer lo que pueda; pero vm. tendrá la bondad de procurarme todos los informes locales.

— ¡Si se los procuraré á vm.!..... ¡toma! haré mucho mas, pondré notas críticas é históricas en cada canto, y le trazaré yo mismo el plan de todo el poema. No carezco de genio poético, señor Lovel, por mas que en toda mi vida no haya sabido componer un verso.

— Lástima, señor Oldbuck, que le falte una de las calidades mas esenciales del arte.

— ¡Mas esenciales! nada de esto. Los versos son la parte mas mecánica. Un hombre puede ser poeta sin medir espondeos ni dáctilos como los antiguos, y sin poner en rima los extremos de los renglones como los modernos, asi como se puede ser arquitecto sin saber amontonar piedras como los albañiles. ¿Cree vm. que Vitruvo ó Paladio han manejado la llana?

— Si asi fuese, se necesitarian dos autores para cada poema, uno para inventar y disponer, y otro para ejecutar.

— Acaso iria asi mejor; pero, sea lo que fuere, nosotros harémos la prueba. No es

porque yo desee que el público se entere de la parte que habré tomado en la obra. En el prólogo se puede dar á conocer con cierta finura que se han recibido socorros de algun docto amigo, pero yo soy inaccesible á la miserable vanidad de que se ven henchidos tantos autores.

Lovel se divertia oyendo una proposicion que no concordaba mucho con la premura de su amigo en aprovechar la ocasion de presentarse al público, aunque esto fuese en algun modo subir á la trasera de un coche, en vez de sentarse al interior. En cuanto al anticuario, estaba como quien dice embelesado. Al par de muchos autores que se ocupan oscuramente en investigaciones literarias, albergaba en su interior la ambicion de ver su nombre en letra de molde; pero esta misma ambicion era reprimida por ataques de desconfianza, el temor de la critica, una indolencia natural, y la habitud de dejarlo todo para el dia siguiente. — Ahora, pensaba Oldbuck, puedo, como un segundo Teucer, lanzar mis dardos parapetado detras del escudo de mi colega. Suponiendo que no sea un poeta de primer orden, no me coge á mí la responsabilidad de sus faltas, y con buenas notas se puede hacer pasar un testo mediano. Pero es ciertamente, debe de ser á lo menos un buen poeta. Posee la

verdadera distraccion del vate; para que responda á una pregunta, es necesario repetir-sela; se quema muchas veces, porque se o-vida de dejar enfriar su té; come sin saber lo que se pone en la boca. A eso llamo yo el *Æstus poeticus*, el *awen* de los bardos del pais de Gales, el *divinus afflatus* que transporta al poeta mas allá de este mundo subllunar. Sus sueños y visiones son tambien un síntoma de furor poético. Será preciso que piense esta noche en enviar á Caxon para ver si ha tenido buen cuidado de apagar la vela: los poetas y los visionarios son muy negligentes en esta parte. Volviendose entónces á su compañero, cogió otra vez en alta voz el hilo de su discurso.

— Sí, mi querido Lovel, no le faltarán á vm. notas, y aun llego á creer que podremos añadir á su poema mi tratado de la castramentacion, por via de apéndice. Esto dará mucho valor á la obra. Procurarémos adoptar los antiguos usos tan vergonzosamente olvidados en los tiempos modernos. Vm. invocará las musas, y ellas por cierto deberán halagar á un poeta que, en este siglo de apostasia, se conforma con la fé de Abdiel (1) á las antiguas fórmulas de adoracion. Tendrémos en seguida

(1) Abdiel, el ángel fiel que se negó á desertar del cuerpo de los buenos ángeles, en el Paraíso perdido.

una vision en la que el genio de la Caledonia se aparecerá á Galgaco, y contará uno por uno á todos los verdaderos monarcas de la Escocia. Entónces, por medio de una nota queda á mi cuidado que no falte Boecio; pero no, no conviene tocar esta cuerda, sus vibraciones serian demasiado dolorosas para sir Arthur, y es verosímil que sin esto tenga ya bastantes tribulaciones. Confundiré sin embargo á Ossian, Mac-Pherson y Mac-Crib.

— Pero se debe pensar en los gastos de la impresion, dijo Lovel, con la idea de probar si esta tecla seria el agua fria capaz de apagar el fuego de un colaborador tan dispuesto á trabajar.

— ¿Los gastos de la impresion? dijo Oldbuck deteniendose, y metiendose como por máquina la mano en la faltriquera; sin duda yo podria contribuir á ello. Pero ¿no preferiria vm. publicar esta obra por suscripcion?

— No por cierto, respondió Lovel.

— No, no, repitió el anticuario, conozco que no es en efecto un medio honroso de publicar las obras. Pero oiga vm., yo conozco á un impresor que hace mucho caso de mí por mi bien sentada opinion literaria; él pondrá el papel y los gastos, y yo procuraré despachar por cuenta de vm. tantos ejemplares como me será posible.

— ¡Oh! yo no soy un autor mercenario. Todo lo que deseo, es evitar la crítica.

— Bien, bien, no pase vm. cuidado, achacaremos todas las faltas al impresor. Ya quisiera que el poema estuviese empezado. ¿Le escribirá vm. seguramente en verso endecasílabo? Este género de poesía es mas noble, mas magestuoso, y se adapta mejor á un argumento histórico. A mas de que, esto es cosa de vm., amigo mio, yo le creo mas fácil.

Duró esta conversacion hasta que llegaron á Monk barns, donde el anticuario recibió una terrible peluca de su hermana, quien, sin embargo de no ser filósofa, le estaba aguardando en el pórtico para echarsela.

— ¡Dios mio! hermano, le dijo, ¿no estan aun bastante caros los víveres, que tú mismo contribuyes á aumentar el precio del pescado, pagando á Mucklebackit la madre todo lo que le da la gana de pedirte?

— ¡Como, Grizzy!.... yo creia haber hecho una excelente compra.

— ¡Una excelente compra, dando á esa desvergonzada la mitad del primer precio que ha exigido!... Si fueses muger y de esperiencia, en lugar de ser un hombre dado á los estudios, y comprases tú mismo el pescado, sabrias que nunca se debe ofrecer mas que una cuarta parte.... ¡La atrevida!.... ¡venir todavía

á pedirme un vaso de aguardiente!.... Pero á bien que Jenny y yo se las hemos cantado bien claras, sin dejarnos nada en el tintero.

— En verdad, dijo Oldbuck dirigiendo una maligna mirada á Lovel, creo que debemos dar mil gracias al cielo por habernos preservado de oír vuestras disputas. Pues bien, Grizzy, he errado una vez en mi vida; *ne ultrà crepidam*, lo confieso. Pero no pensemos mas con el gasto; los cuidados son capaces de acabar con un gato (1). Comerémos el pescado, cueste lo que cueste. Ahora, señor Lovel, diré á vm. francamente que si le he rogado que se quedase hoy en mi casa, es porque me consta que tendrémos mejor mesa de lo regular, atendido que fué ayer un dia de gala. Yo prefiero los dias siguientes á los mismos de la festividad. Me gustan los *analecta*, los *collectanea*, como puedo muy bien llamar á los restos de la comida que ha figurado el dia anterior. Pero he aquí á Jenny que va á tocar la campana del feliz anuncio.

(1) Proverbio inglés.

CAPITULO XV.

« Procura entregar esta carta lo mas pronto posible. — Vamos, parte, corre á galope, á carrera tendida. — Cuidado, bribon, que tu vida va en ello. »

(Las Cartas importantes.)

DEJAREMOS ahora á Oldbuck comiendo y regalándose con su jóven amigo con el pescado que habia pagado tan caro, y pasaremos con nuestros lectores á la trastienda de la casa de correos de Fairport. El administrador estaba ausente, y su muger se ocupaba en clasificar las cartas que acababan de llegar de Edimburgo, para entregarlas al factor encargado de distribuirlas. En las ciudades de provincia, este es por lo comun el instante que escogen las comadres con preferencia para ir á hacer una visita al encargado ó encargada de las cartas, á fin de poder leyendo los sobrescritos, y si hemos de creer la voz pública, echando tambien una ojeada al interior, procurarse noticias ó formar conjeturas sobre los negocios de sus vecinos. En el momento de que hablamos, dos mugeres de esta clase ayudaban á mistress Mailsetter á llenar sus funciones

oficiales, ó por mejor decir, á desempeñarlas mal.

— ¡ Ay Dios mio! dijo la muger del cortante, he aquí diez, once, doce cartas para Tennant y compañía. Esta gente tiene mas negocios ella sola que todo el resto de la ciudad junta.

— Sí, dijo la panadera, pero observen vms., aquí hay dos pliegos cuadrados y cerrados con dos sellos..... apuesto á que vienen dentro algunas letras protestadas.

— ¿ Ha llegado alguna carta para Jenny Caxon? preguntó la cortante; hace ya tres semanas que partió el teniente.

— El mártés hizo ocho dias que recibió una, respondió mistress Mailsetter.

— ¿ Que venia del estrangero?

— Ciertamente.

— Entónces era de él. No creia á la verdad que volviese la cabeza para mirarla.

— ¡ Oh! ¡ oh!..... aquí hay otra, exclamó mistress Mailsetter, una carta del estrangero con la marca de Sunderland.

Las dos comadres quisieron echarle el guante á un mismo tiempo.

— No, no, señoras, no quiero esponerme á otro chasco. ¿ Sabe vm., mistress Shortcake, que mi pobre marido ha recibido una severa reprobacion del secretario de la administracion

de Edimburgo, á la cual se habia quejado Aily Bisset á causa de una carta que vm. le abrió?

— ¡Yo! exclamó la esposa del primer panadero de Fairport, vm. sabe muy bien que ella misma se abrió en mis manos. ¿Que culpa tengo yo si no gasta mejor lacre?

— Es verdad, respondió mistress Mailsetter, administradora y mercera en una pieza, nosotros tenemos en la actualidad uno de toda confianza con que podríamos servir bien á los amigos, y si vm. conoce alguno que necesite... pero el caso es que perderíamos el empleo si alguno volviere á quejarse.

— Me río de eso, ¿no tiene vm. al alcalde de su parte?

— ¡De mi parte! Buenas piezas son tanto él como su segundo. Esto no impide sin embargo que yo pueda complacer á mis vecinas. Examinen ustedes cuanto les diere la gana el exterior. ¿Ven ustedes? una áncora en el sello. Apuesto á que ha sellado la carta con un boton de su casaca.

— ¡A ver, á ver! exclamaron á un mismo tiempo las dos comadres, y se echaron á la pretendida carta amorosa como las tres brujas de Macbeth al pulgar del piloto, con mucha curiosidad y no menos malicia. Mistress Heukbane, la cortanta, era una muger alta; cogióla la primera, y la puso entre sus ojos y la luz

de la ventana; mistress Shortcake, chiquita y casi redonda, alzabase de puntillas para tomar parte en el examen.

— Es de él, dijo la cortanta, no cabe la menor duda. He podido leer su firma, Ricardo Taffril, y todo el papel está lleno.

— Baje vm. un poco la carta, exclamó mistress Shortcake con tono mas alto de lo que permite la prudencia para las operaciones secretas; bajela vm. ¿Cree vm. ser la única que sabe leer las firmas?

— Silencio, señoras, silencio, dijo mistress Mailsetter, parece que hay alguien en la tienda. Y hablando entónces mas alto: — Baby, añadió, procura servir bien á mis parroquianos.

Baby respondió con voz desentonada: — No hay ninguno, señora, es Jenny Caxon que viene á ver si ha tenido carta.

La leal administradora hizo entónces una seña de inteligencia á sus dos amigas, y gritó á Baby: — Dile que vuelva mañana por la mañana á las diez, y lo sabrá. No hemos tenido tiempo todavía de arreglar las cartas. ¡Lleva siempre tanta prisa!.... cualquiera diria que sus cartas son mas interesantes que las del primer comerciante de la ciudad.

La pobre Jenny, muchacha de una modestia y de una hermosura poco comun, se en-

volvió con su manto para ocultar el suspiro que le arrancaba la pérdida de su esperanza, y volvióse á su casa para pasar otra noche en brazos del temor y de la inquietud.

— Veo, dijo mistress Shortcake, al nivel de cuyos ojos habia la cortanta bajado la carta, que se trata aquí de aguja y de muestra.

— ¿No es una vergüenza, dijo mistress Heukbane, despreciar así á una pobre muchacha crédula, despues de haberla galanteado tanto tiempo, y haber hecho de ella todo lo que ha querido, como yo no dudo?

— Como no se puede dudar, dijo la panadera. ¡Echarle en rostro que su padre no es mas que un barbero con muestra á la puerta, y ella misma una simple costurera!.... ¡Que bajeza! ¡que indignidad!

— No es eso, no es eso, ustedes se engañan, exclamó mistress Mailsetter; es un verso de una canción marina que le he oido cantar veinte veces. Dice que le será fiel como al polo la aguja de marear.

— Bueno, bueno, contestó la panadera, mucho lo deseo por ella; pero no está por esto mas decente á una muchacha seguir una correspondencia con un oficial de marina.

— No lo niego, dijo la administradora, pero todas esas epistolas amorosas aumentan mucho la renta del correo. ¡Ah! ¡ah! seis

cartas para sir Arthur Wardour, la mayor parte cerradas con oblea en lugar de lacre. Pronto habrá algun trastorno en esta familia, creanme ustedes.

— ¡Oh! dijo mistress Heukbane, no hay duda que estas son cartas de negocios. No vienen por cierto de sus nobles amigos, porque aquí no hay en los sellos ningun escudo de armas, segun ellos le llaman. Pronto veremos humillado su orgullo. Hace mas de un año que no ha ajustado cuentas con nosotros. Yo creo que es un pobre vanidoso.

— Nosotros no hemos visto un cuarto suyo seis meses hace, añadió mistress Shortcake, no hay duda que es un bajel que hace agua.

— He aquí, dijo la digna administradora, he aquí una carta que le escribe seguramente su hijo el capitán, pues el sello es semejante á las armas del coche de su padre. Acaso vuelve aquí para ver que es lo que podrá salvar del incendio.

Continuáron las señoras murmurando del caballero baronet, hasta que se les presentó otro objeto. — ¡Dos cartas para Monkbarns! serán de alguno de sus doctos amigos. Observen ustedes cuan metida está la letra, y escritas hasta el sello; todo esto es para no pagar una carta doble. Monkbarns hace lo propio; cuando franquea una carta, le da el peso de

una onza tan exactamente, que un granito de ante haria inclinar la balanza. ¡Pobre de mí, si no daba yo mejor peso á mis parroquianos cuando vienen á comprar pimienta, azúcar ó azufre!

— El laird de Monkbarne es un avaro con toda la fuerza del término, dijo mistress Heukbane; mueve tanto ruido para comprar una pierna de cordero por el mes de Agosto, como si se tratase de un muslo de buey. — Mistress Mailsetter, dénos vm. otro vaso de agua de canela. ¡Ah señoras! si hubiesen vms. conocido á su hermano como yo.... ¡cuantas veces vino á verme callandito con un buen par de patos silvestres debajo de la capa, cuando mi primer marido estaba en el mercado de Falkirk! ¡Ah! no hay espresiones para elogiarle como se merecía.

— Yo no puedo quejarme de Monkbarne, dijo mistress Shortcake, su hermano no me traia patos silvestres, pero este es un hombre de bien y honrado. Nosotros le suministramos el pan, y él nos paga exactamente todas las semanas. Solo se puso como una fiera, porque le enviámos la nota en un libro, en lugar de las marcas en un palo, porque dijo que así arreglaban las cuentas los antiguos con los panaderos, y tenia razon.

— ¡Ah, ah! señoras.... aquí hay un remedio

para curar todos los males de ojos del mundo. Fruta nueva. ¿Que me darian vms. para saber que es lo que contiene esta carta? aun no han visto vms. otra igual. — A William Lovel, *escudero*, en casa de mistress Hadoway, High-street en Fairport, por Edimburgo. Es la segunda carta que recibe desde que está aquí.

— ¡A ver, á ver! exclamaron á una las dos dignas hijas de nuestra madre Eva; por Dios, enseñenos vm. la carta. Se trata del jóven á quien nadie conoce en esta ciudad. ¡Bello mozo por cierto!.... ¡á ver, á ver!

— No, no, señoras, abajo las manos, retirense vms. No se trata aquí de una carta de cuatro sueldos, que podemos cargar á la administracion general en caso de algun accidente. El porte es de 25 chelines, y hay en el dorso una órden del secretario para enviar-sela al jóven por un espreso, caso de no hallarse en casa. No, señoras, les digo á vms., esta carta debe ser tocada y manejada con precaucion.

— Pero déjenos vm. ver al menos el exterior.

Este exterior solo pudo dar lugar á algunas observaciones sobre las diferentes propiedades que atribuyen los filósofos á la materia, como son longitud, latitud, espesor, pesadez. La envuelta era de papel muy doble, impenetrable á los ojos de la misma curiosidad, y

por consiguiente á los de nuestras tres comadres, por mas que los abriesen de modo que pareciese iban á saltarseles de su órbita. La nema era ancha, aplicada con mucho cuidado, y desafiaba todos los esfuerzos de la mayor habilidad para quitarla.

— ¡Dianche! señoras, dijo mistress Shortcake, haciendo saltar el pliego en su mano como para indagar su peso, y deseando probablemente que el lacre sólido se ablandase y derritiese, cualquiera cosa daria yo para saber lo que viene ahí dentro, pues ese Lovel es el hombre mas extraordinario que ha pisado las calles de Fairport. Nadie sabe quien es, de donde viene, ni lo que hace.

— Pues bien, amigas, dijo la administradora, murmuramos de él mientras tomamos el té. Baby, trae la tetera. Muchas gracias por los pastelillos que me ha enviado vm., mistress Shortcake. Luego cerraremos la tienda, procuraremos que Baby se acueste, haremos una partida mientras llega mi señor marido, y en seguida probaremos la molleja de ternera que ha tenido vm. la bondad de regalarme, mistress Heukbane.

— ¿Pero no enviará vm. inmediatamente la carta del señor Lovel? dijo mistress Heukbane.

— No sabria á quien enviar, aunque qui-

siese, hasta que mi marido vuelva, pues el viejo Caxon me ha dicho que el señor Lovel dormirá esta noche en Monkbarns. Cogió calentura ayer, pescando al laird y á sir Arthur.

— ¡Viejos locos! dijo la panadera; ¿que necesidad tenian de ir por los arenales como las gaviotas, en una noche como la de ayer?

— Se me ha querido suponer que quien los ha salvado ha sido el viejo Edie, dijo mistress Heukbane, Edie Ochiltrie, el de la capa azul, que vms. conocen. Este ha podido arrancarlos á los tres de un charco de agua salada, pues Monkbarns los habia hecho seguir siempre adelante para hacerles ver unas antiguas fábricas de los monges.

— No es eso, vecina mia, yo referiré á vms. el caso, conforme me lo ha contado el mismo Caxon. Es preciso que vms. sepan que sir Arthur, miss Wardour y el señor Lovel habian comido en Monkbarns....

— Pero, mistress Mailsetter, repitió la cortanta, ¿no le parece á vm. que convendria enviarle esta carta por un espreso? No seria por cierto la primera vez que nuestro caballo y nuestro mozo habrian desempeñado comisiones por la administracion de correos. El caballo no ha hecho mas que treinta millas hoy, y Jack estaba desocupado cuando yo he salido de casa.

— Mistress Heukbane, dijo la administradora haciendo una mueca negativa, es regular que vm. sepa que mi marido suele encargarse él mismo de semejantes comisiones. Ya vé vm. que si hay lindos peces, las gaviotas de casa deben ser las preferidas. Cada vez que monta la yegua, media guinea ganada. Esto no es malo, no tardará en llegar seguramente. Por otra parte, ¿que importa que el señor Lovel reciba la carta esta noche, ó mañana por la mañana temprano?

— Y el señor Lovel estará en Fairport ántes de que haya partido el espreso; pero estas no son cuentas mías.

— Pues bien, mistress Heukbane, respondió mistress Mailsetter, algo turbada y con buena dosis de mal humor, me precio de haber sido siempre buena vecina; me gusta comer y que todo el mundo coma; y pues que he sido bastante necia para enseñar á vm. la orden del secretario de la administracion general, no me queda mas recurso que ejecutarla; pero el mozo desde luego no le necesita, enviaré mi David con el caballo de vm., y habrá cabalitos cinco chelines y tres dineros para cada una.

— ¡David! ¡ay Dios mio! el pobre muchacho no tiene aun diez años, y para hablar francamente, el camino está muy malo, el ca-

ballo es algo reacio, y nadie puede hacer carrera con él sino Jack.

— Mucho lo siento, respondió gravemente la administradora, porque en este caso será preciso aguardar al señor Mailsetter. No quisiera que cayese sobre mí la responsabilidad confiando esta carta á un borrachon como Jack. Nuestro David, aunque muy jóven, pertenece en cierto modo á la casa de correos.

— Muy bien, muy bien, mistress Mailsetter, comprendo á vm. perfectamente; pero ya que no tiene vm. dificultad en esponer al niño, bien puedo yo esponer el animal.

— Diéronse las órdenes en consecuencia. Arrancóse el pobre caballo de su cama de paja, y que quieras, que no, se le puso de nuevo en actividad de servicio. David fué plantado en la silla, con las lágrimas en los ojos, un látigo en la mano, y una bolsa de cuero á las espaldas. Jack tuvo la bondad de acompañarle hasta fuera de la ciudad, y animando al corcel con la voz y escitandole con el látigo, le hizo tomar por fin el camino de Monkbarus.

Entretanto las tres comadres, al par de las sibilas, despues de haber consultado sus libros, arreglaron y combinaron las noticias que se habian procurado, y que se esparcieron el dia siguiente por mil conductos distintos y mil variaciones diversas por el orbe de Fair-

port. Voces tan extravagantes como contradictorias fuéron el resultado de sus conjeturas y bacherías. Unos decían que la casa de Tennant y compañía estaba para quebrar, que todas sus tratadas se les habían devuelto protestadas; otros aseguraban que habían hecho un contrato muy importante con el gobierno, y que los primeros comerciantes de Glasgow les escribían para tomar acciones, y aun les ofrecían un tanto de premio. Corrió la voz de una parte, que el teniente Taffril había escrito para revalidar un matrimonio secreto con Jenny Caxon; y de otra, que su carta no contenía más que insultos sobre la bajeza de su nacimiento y la profesión de su padre, y que se despedía de ella para siempre. Difundióse un susurro general que los negocios de sir Arthur estaban para hacer su crisis, y si alguien lo dudaba aun, era porque salió la noticia de la tienda de mistress Mailsetter, donde se fabricaban más mentiras que verdades; pero todo el mundo estaba conforme en que había llegado el día anterior de la secretaría de estado un pliego dirigido al señor Lovel, traído por un dragon procedente del cuartel general de Edimburgo, que había atravesado la ciudad á galope largo, sin detenerse más que para preguntar el camino de Monk-barns. Explicábase de diferentes modos el

motivo que había obligado al gobierno á despachar un extraordinario con tanta precipitación á un extranjero pacífico, que llevaba una vida la más retirada. Según unos, Lovel era un noble emigrado francés á quien rogaban que se pusiese á la cabeza de una insurrección que iba á estallar en la *Vendée*; según otros, era un espía, un oficial general que inspeccionaba secretamente las costas, un príncipe de la sangre, por fin, que viajaba encubierto.

Entretanto la carta que debía dar lugar el día siguiente á tantas conjeturas iba caminando á Monk-barns con el muchacho que la llevaba, pero no se hizo este viaje ni sin peligro ni sin interrupción. El joven David Mailsetter, que, como se deja presumir, no tenía analogía alguna con un dragon del ejército, avanzó con buen paso á Monk-barns, mientras el caballo que montaba conservó la memoria de las enérgicas exhortaciones de Jack, y del ruido del formidable látigo que agitó al darselas; pero notando pronto que David, cuyas piernecitas no podían mantenerle en equilibrio, iba dando saltos adelante y atrás, el noble corcel se desdendió de someterse por más tiempo. Empezó por dejar el trote para tomar el paso. Al gineté no le supo mal esta novedad, pues no le había desconcertado poco la primera andadura del animal, y aun se apro-

vechó de este momento de tranquilidad para comer un pedazo de torta que su madre le habia puesto en la mano, para escitar al jóven emisario de la oficina de correos á desempeñar mas alegremente la comision que le daba. El astuto caballo fué observando poco á poco que no eran tenidas las riendas por un ginete de esperiencia; sacudiendo pues la cabeza con alguna violencia, le fué muy fácil hacerselas soltar, y se entretuvo paciendo la yerba por los bordes del camino. Espantado de estos síntomas que indicaban en su cabalgadura un espíritu voluntarioso y rebelde, temiendo caer, y no hallandose muy seguro en la silla, el pobre David empezó á llorar y á gritar. El caballito, oyendo encima de él un ruido á que no estaba acostumbrado, creyó que lo mejor que podia hacer, tanto para él como para su ginete, era volverse al lugar de donde habia salido, y en consecuencia empezó una marcha retrógrada ácia Fairport. Pero, como toda retirada suele acabar por una derrota, asustado el corcel por los gritos del muchacho, incomodado por las riendas que le daban en las piernas delanteras, y vueltas las narices ácia su casa, se puso á andar con paso tan firme, que si David se hubiese podido sostener en la silla, cosa sumamente dudosa, hallarase muy pronto en la cuadra de Heuk-

bane. Por fortuna, á la primera vuelta del camino, encontró el muchacho un auxiliar que le recogió las riendas, y detuvo el caballo en su carrera: era el viejo Edie Ochiltrie.

— ¡Eh rapaz! exclamó, ¿por que galopas de este modo?

— Porque no puedo impedirlo: soy David, el del correo.

— ¿Y á donde vas?

— A Monkbarns.

— Tomas, por cierto, la via recta.

El niño se puso á llorar. El viejo mendigo era naturalmente compasivo, particularmente cuando se trataba de la infancia. — Yo no iba ahora por aquella parte, pensó Edie, pero una de las ventajas de mi género de vida es el serme indiferentes todos los caminos. Estoy seguro que no me negarán en Monkbarns un manojo de paja; voy á acompañar á este pobre muchacho, pues si no hay nadie para guiar el animal, estoy cierto que caerá de caballo, y se abrirá la cabeza. ¿Con que tienes que llevar una carta, amigo mio? ¿quieres enseñarmela?

— No puedo enseñarla á nadie, respondió David á fuer de buen aprendiz de postillon; es preciso que la entregue al señor Lovel en Monkbarns, y desempeñaria mi comision si este maldito caballo....

— Muy bien, amigo mio, muy bien, dijo Ochiltrie, haciendo dar media vuelta al caballo que no parecia muy dispuesto á emprender el camino de Monkbarns; entre los dos le harémos ir adelante, á menos que no sea un demonio encarnado.

El anticuario, despues de la comida, habia convidado á Lovel á dar un paseo por la altura de Kinprunes, y allá reconciliado con el campo de Agricola, que habian procurado desacreditarle, se aprovechó de todos los objetos que le ofrecian aquellas cercanías para hacer una descripcion animada del campo del general romano al apuntar el alba, cuando divisó al mendigo y á su jóven protegido. — ¡Que diablos es esto! exclamó; creo que allí viene el viejo Edie con armas y bagage.

El mendigo esplicó el motivo de su venida, pero David queria ejecutar al pié de la letra su comision yendo hasta Monkbarns, aunque faltase mas de una milla para llegar allá, y no costó poco trabajo decidirle á entregar la carta al mismo á quien iba dirigida.

— Pero mi madre me ha encargado, dijo David, cobrar veinte y cinco chelines por el porte de la carta, y diez chelines y medio por el envío de un espreso. Aquí está el papel.

— ¡A ver, á ver! dijo Oldbuck calandose las gafas, y examinando un ejemplar embelle-

cido con todos los adornos de la antigüedad, del reglamento de correos á que apelaba David. — Por un espreso, hombre y caballo, diez chelines y medio por jornada, lo mas. — ¡Por jornada! y no hay siquiera una hora de camino. ¡Hombre y caballo! yo no veo mas que un mico montado en un gato flaco.

— Mi padre hubiera venido en persona con su yegua roja, dijo David, pero hubieran vms. tenido que aguardar hasta mañana por la tarde.

— ¡Como!..... ¡un dia entero despues de la hora regular de la distribucion!..... ¡Serpiente-cita nacida del huevo de un gallo! ¡eres ya tan docto á tu edad en el arte de la impostura y de la falacia?

— Vamos, vamos, señor Monkbarns, dijo el mendigo, no apure usía su talento contra un mocoso. Piense usía que la cortanta ha espuesto su caballería y la administradora de correos á su propio hijo. Creo que los dos valen por lo menos los diez chelines y medio. No fué usía tan mezquino con John Hawie, cuando.....

Lovel que, sentado en el pretendido *Prætorium*, habia echado una ojeada á los papeles que acababa de recibir, puso fin al altercado pagando á David el dinero que pedia, y volviéndose al señor Oldbuck, le dijo con cierta

agitación: — Tendrá vm. que perdonarme si no vuelvo á Monkbarns esta tarde, es preciso que pase inmediatamente á Fairport, y que parta tal vez de un momento á otro. No olvidaré jamas, señor Oldbuck, la bondad que vm. ha tenido por mí.

— Espero que no ha recibido vm. malas noticias.

— Son de una clase mista; pero paselo vm. bien. Tanto en la prosperidad como en la desgracia, no me olvidaré de vm.

— ¡Un momento! ; un momento! exclamó el anticuario haciendo al parecer un esfuerzo sobre sí mismo; si se encuentra vm. en algun apuro pecuniario..... tengo..... cincuenta..... cien guineas que estan á disposicion de vm.... hasta.... hasta Pentecostes..... ó hasta cuando le convenga á vm. volvermelas.

— Lo agradezco, señor Oldbuck, pero no me falta dinero, gracias á Dios. Perdone vm., no puedo continuar por mas tiempo la conversacion, nos veremos ó le escribiré á vm. ántes de salir de Fairport. — Diciendo esto, apretó la mano al anticuario, y separandose de él, cogió precipitadamente el camino de la ciudad, determinado como estaba á no quedarse en Monkbarns.

— ¡Esto es muy estraño! exclamó Oldbuck; encuentro en ese jóven un misterio que

no puedo penetrar, y sin embargo me es imposible pensar mal de él. Es preciso que vuelva á Monkbarns, y que apague la lumbre de la cámara verde, pues ningun individuo de mi gente femenina se atreveria á entrar en ella al anochecer.

— ¿Y como me iré yo á estas horas? dijo el muchacho llorando.

— La noche es hermosa, dijo el mendigo levantando los ojos al cielo, y creo que haré muy bien en volver á la ciudad para atisbar de cerca á ese jóven misterioso.

— Sí, sí, Edie, dijo el anticuario; y despues de haber registrado por algun tiempo la faltriquera de su chupa, encontró por fin lo que deseaba. — He aquí, añadió entónces, una pieza de seis dineros para comprar tabaco.



CAPITULO XVI.

«La compañía de ese bribon me ha hechizado. El diablo me lleve si el pícaro no me ha dado algun filtro para que yo le amara. No hay duda, algun filtro he tomado yo.»

(SHAKSPEARE. *Enrique IV*, segunda parte.)

POR espacio de quince días el anticuario no dejó de preguntar al viejo Caxon si sabia algo de Lovel; y todo lo que pudo adquirir fué que habia recibido dos ó tres pliegos procedentes del sud, pero que no se le encontraba jamas por las calles de Fairport, y que nadie sabia lo que se hacia.

— Pero ¿como vive, Caxon?

— ¡Oh! mistress Hadoway le prepara un beef-steak, chuletas de carnero, un pollo asado, en fin lo que ella misma prefiere, y come en la salita roja junto á su cuarto de dormir. Le presenta todas las mañanas su té, y el señor Lovel paga exactamente todas las semanas.

— Pero ¿no sale nunca de casa?
 Ha renunciado enteramente al paseo. Pasa todo el santo dia sentado en su cuarto, leyendo ó escribiendo. No puedo decir á usía

cuantas cartas ha escrito, pero no las echa en el buzón de Fairport, por mas que mistress Hadoway le haya ofrecido llevarlas ella misma; las envia bajo cubierta al jerife, y mistress Mailsetter cree que este las manda echar al correo en Tannonburg por su criado. Yo pienso que sospecha que hay en Fairport curiosos que desean leer sus cartas, y acaso no lo yerra, porque mi pobre hija Jenny.....

— ¡Diablo!..... no vengas á incomodarme con tu gente femenina, Caxon. Hablemos de ese pobre jóven. ¿Con que no escribe mas que cartas?

— ¡Oh! no por cierto; llena tambien pliegos de papel de otras cosas, segun me ha dicho mistress Hadoway. La pobre muger ha hecho todos sus esfuerzos para que salga á tomar un poco el aire, porque le observa mal color, y cada dia va perdiendo el apetito; pero no, señor, no quiere absolutamente pasar del umbral de la puerta, cuando ántes salía á paseo tan á menudo.

— Hace mal. Ya me figuro en lo que se ocupa, pero nunca se debe trabajar con exceso. Iré á verle hoy. Sin duda no piensa mas que en la Caledoniada.

Tomada por Oldbuck esta magnánima resolución, se dispuso inmediatamente á ejecutarla. Calzóse los zapatos de doble suela, tomó

su baston con puño de oro, y salió repitiendo las palabras de Falstaff, que hemos puesto á la cabeza de este capítulo, pues él mismo estaba sorprendido del alto grado de adhesion y afecto que habia concebido por el extranjero.

Un viage á Fairport era una aventura extraordinaria para el señor Oldbuck, una empresa que no apechugaba con gran placer.

No podia sufrir que le detuviesen por las calles, y siempre encontraba en ellas algunos ociosos que le acometian, ya fuese para preguntarle que habia de nuevo, ó por alguna otra bobería semejante. Apenas entró en la ciudad, cuando le saludaron con la siguiente arenga: — Buenos dias, Monkbarns; ¿ha leído vm. el diario de hoy? Se dice que la grande empresa se verificará dentro de quince dias.

— ¡Ojalá que estuviese ya verificada y rematada, respondió Oldbuck prosiguiendo su camino, para no oír hablar mas de ello!

— No dudo, fué á decirle otro, que quedó usía contento de las flores que le procuré. Si desea usía cajillas de jacintos de Holanda, ó bien, añadió bajando la voz, uno ó dos bariles de nebrina de Hamburgo, uno de mis barcos llegó ayer.

— Muchas gracias, señor Crabtree, mu-

chas gracias, no lo necesito por ahora, respondió el anticuario sin detenerse.

— Señor Oldbuck, le dijo el secretario de la municipalidad, personage mas importante que le impidió el paso poniendosele delante de sopeton, el alcalde sabiendo que se halla vm. en la ciudad, le ruega con instancia que no se vaya sin haberle visto. Desea hablar con vm. relativamente al proyecto de traer á la ciudad el agua de Fairwell-Springs, porque es preciso que pase por parte de las tierras de vm.

— ¡Que diablo!.... ¿no puede hallar otras tierras que las mias para escavar y cortar? Respondale vm. de mi parte que nunca lo permitiré.

— Es que el alcalde y el ayuntamiento, continuó el secretario, estan de acuerdo para indemnizar á vm. con las antiguas estatuas de piedra de la capilla de Donagild, que saben deseaba vm. poseer.

— ¡Como! ¿como!..... ¡oh! esto es otra cosa. Pues bien, iré á ver al alcalde, y hablaremos del asunto.

— Cuidado no tarde vm., señor Monkbarns, si quiere que no le escapen las estatuas, pues el diácono Harlewalls piensa que serian muy á propósito para adornar las nuevas casas consistoriales, poniendo á los dos lados de la

puerta principal las dos estatuas de las piernas cruzadas, conocidas por Robin y Bobbin, y encima la otra llamada Ailie Dailie. El diácono dice que será esto de muy buen gusto, por el estilo gótico moderno.

— ¡Libreme el cielo de esta maldita generacion de Godos!.... ¡El monumento de un caballero templario á los lados de un pórtico griego, y una virgen encima de la puerta!.... ¡O tempora! Pues bien, diga vm. al alcalde que permito que pase el agua por mis tierras, pero que quiero absolutamente adquirir las estatuas. Gran dicha ha sido por cierto que yo haya venido hoy á Fairport.

Separáronse recíprocamente satisfechos; pero el astuto secretario tenia sobrado motivo para felicitarse de su ocurrencia. Tal era y muy ingeniosa la proposicion del cambio de un monumento que la municipalidad habia determinado destruir porque incomodaba el tránsito de la gente, por el derecho de hacer venir el agua á la ciudad por las tierras de Monkbarne.

Después de muchas otras semejantes interrupciones, llegó por fin Oldbuck á casa de mistress Hadoway. Esta buena muger era viuda de un ministro, y la prematura muerte de su marido la habia reducido á aquel estado inmediato á la indigencia, en que suelen ve-

getar las viudas de los individuos pertenecientes al clero de Escocia. Mistress Hadoway se ingeniaba alquilando un cuarto amoblado en la casa donde vivia; y como habia encontrado en Lovel un inquilino de buena conducta y mejores calidades, que pagaba puntualmente, y se conducia con la mayor honestidad y delicadeza en las relaciones que entre ellos debian necesariamente mediar, la pobre señora, que no estaba sin duda acostumbrada á encontrar todas estas prendas reunidas en los que alquilaban su cuarto, habia cobrado mucho afecto al señor Lovel, y le guardaba todas las atenciones que podian exigir las circunstancias. Preparar un plato con mayor esmero de lo acostumbrado para la comida del pobre jóven, emplear su crédito con aquellos que se acordaban todavía de su marido ó que manifestaban algun interes por ella, para procurarse legumbres tempranas ó alguna otra cosa que se imaginaba podria abrir el apetito al señor Lovel, eran otros tantos cuidados á que se dedicaba con mucho gusto, por mas que los ocultase con escrupulosidad al que era el objeto de ellos. No hacia misterios de su benevolencia, á fin de evitar las vayas é indirectas de los que hubieran podido suponer que un rostro oval, un par de ojos negros, una tez algo morena, pero de buen co-

lorido, aunque pertenecientes á una muger de 45 años, y medio ocultos bajo un tocado de viuda, no habian renunciado del todo á las amorosas conquistas; nada de eso, porque como esta sospecha ridícula no se habia presentado á su imaginacion, no pudiera figurarse que los otros la concibiesen. Si ocultaba á su huésped todo el interes que tomaba por él, era solamente por delicadeza, porque le creia mas generoso que rico, y temia que no le sirviese de pena dejar sus atenciones sin recompensa. *Mistress Hadoway* abrió la puerta al señor *Oldbuck*, y la sorpresa que experimentó al verle llenó sus ojos de algunas lágrimas que apenas pudo reprimir.

— ¡Cuanto celebro ver á vm., caballero, mas de lo que vm. puede figurarse! temo que mi pobre jóven no esté gravemente enfermo, y á pesar de esto no quiere recibir ni al médico, ni al ministro, ni al abogado. Considere vm. que desgracia si un hombre llegaba á morir en mi casa sin haberse puesto en contacto con las tres doctas facultades, como decia mi pobre *Hadoway*.

— Pues yo juzgo que esto es lo mejor que puede hacer, murmuró el cínico anticuario. Sepa vm. para su gobierno, *mistress Hadoway*, que el clero vive de nuestros pecados, la medicina de nuestras enfermedades, y la

justicia de nuestros disparates y de nuestras desgracias.

— ¡Quite vm., *Monkbarns*, es posible que le oiga hablar de este modo!.... pero vamos á subir, y le verá vm..... ¡Que lástima!.... ¡tan buen muchacho! cada día va perdiendo mas el apetito; si hace semblante de tomar un bocado, es solo para disimular.... Bien se le conoce en las mejillas, cada vez mas hondas y mas pálidas.... parece tan viejo como yo, que podria serle madre.... es decir no del todo, pero no le falta mucho.

— ¿Por que no hace ejercicio?

— Creo que por fin se lo habremos dado á entender, porque ha comprado un caballo á *Gibbie Colightly*, el chalan.... ¡Oh! entiende mucho en caballos, el mismo *Gibbie* lo ha dicho á nuestra criada. Le habia ofrecido una jaquita que creia suficiente para un hombre que tiene siempre un libro ó la pluma en la mano, pero el señor *Lovel* ni siquiera quiso mirarla, y compró otro digno del Maestro de *Morphie*. Lo tiene en la posada de las *Armas de Grames*, en la calle mayor; hizo una carrera ayer por la mañana, y otra hoy ántes de almorzar. Pero ¿no quiere vm. subir á su cuarto?

— Al momento. Dígame vm., ¿nadie le viene á ver?

— Ni una alma, señor Oldbuck. Como no quiso ver á nadie cuando estaba bueno y alegre, ahora que se halla enfermo, no tiene ni una sola visita.

— Es natural que asi suceda, y lo contrario me hubiera maravillado. Pues bien, guíeme vm., mistress Hadoway, no sea que equivoque el cuarto.

La buena huéspedada precedió al señor Oldbuck, subiendo por una escalera estrecha, avisandole cada vez que debía girar, y lastimandose á cada escalon de verse obligada á hacerle subir tan alto. Por fin llamó suavemente á la puerta. — Adelante, dijo Lovel; y entónces fué cuando el señor Oldbuck se presentó á su jóven amigo.

El aposento era pequeño, pero limpio y regularmente alhajado. Cubria las sillas una especie de tapicería, obra de mistress Hadoway; pero no corria el aire, era muy sufocado, y al señor Oldbuck le pareció mal sano para un jóven de salud delicada, observacion que le determinó á adoptar un plan que habia ya trazado relativamente á Lovel. Estaba el jóven sentado en un sofá, en bata y chinelas, tenia delante una mesa cubierta de libros y de papeles. El anticuario se afligió mucho por la mudanza que notaba en él; su estremada palidez hacia resaltar, con doloroso contraste,

una mancha de púrpura del centro de sus mejillas, muy diferente de aquel tinte encarnado, indicio poco ántes de la mas brillante salud. Oldbuck observó que llevaba pantalon y chaleco negros, y que habia en una silla una casaca del mismo color. Viendole entrar, Lovel se levantó para recibirle.

— He aquí una prueba de amistad, le dijo estrechandole la mano, una verdadera prueba de amistad que agradezco á vm. infinito. Me ha ganado vm. por la mano, pues contaba ir á hacerle cuanto ántes una visita. ¿Sabe vm. que tengo caballo?

— Ahora me lo decia mistress Hadoway. Deseo á vm. muy de veras que haya encontrado uno manso y sosogado, porque á mí me sucedió una vez que, habiendo perdido el entendimiento hasta el punto de comprar un caballo al mismo Gibbie Golightly, el maldito cuadrúpedo me llevó, á mi pesar, mas de dos millas detras de unos perros con quienes tenia tanto que ver como con la nieve del año pasado; y despues de haber contribuido, á lo que entiendo, á la diversion de todos los cazadores, tuvo la bondad de echarme en un foso sin agua. Espero que su caballo de vm. se portará de otro modo.

— Me lisonjeo por lo menos de que se mostrará mas dócil.

— Es decir que se considera vm. perfecto ginete.

— No tal, pero no concedería tampoco que no sé montar.

— ¡Oh! ya se vé. Los jóvenes del dia mas quisieran pasar por sastres que por malos caballeros. ¿Pero ya tiene vm. esperiencia en esta parte? *Experto crede*; un caballo desbocado no conoce á nadie.

— El año pasado.... cuando era edecan de sir.... en la batalla de.... ví á muchos oficiales desmontados, que se preciaban de ser mejores ginetes que yo.

— ¡Ah! ¡ah! ¿con que vm. ha visto facha á facha al formidable Dios de las batallas? ¿Conoce vm. las duras facciones de Marte *armipotens*? Bravo, no le falta á vm. requisito alguno para escribir una buena epopeya. Sin embargo tenga vm. presente que los Bretones combatian en carros. *Covinari*, es la espresion de que se sirve Tacito. Ya se acuerda vm. de la hermosa descripcion cuando se precipitáron sobre la infantería romana, por mas que diga aquel famoso historiador que el terreno escabroso no era muy propio para un combate de caballería. A mas de que ignoro que especie de carros hayan podido nunca hacerse transitar por la Escocia, á no ser por los caminos reales. — Ahora bien.... veamos;

¿las musas le han favorecido á vm.? ¿ha compuesto vm. algo?

— Mi tiempo ha tenido que emplearse menos agradablemente, respondió Lovel echando una mirada á su casaca negra.

— ¿La pérdida de un amigo, tal vez?

— Sí, señor Oldbuck, del solo amigo que acaso pudiese lisonjearme de poseer.

— ¿De veras?.... Pues bien, consuelese vm. La muerte, arrebatando á vm. un amigo mientras que el recíproco afecto duraba todavía, mientras que sus lágrimas de vm. podian verse sin estar llenas de amargura por algun recuerdo de frialdad, de desconfianza ó de perfidia, le ha libertado á vm. de un desengaño todavía mas penoso. Eche vm. una mirada en torno suyo: ¿á cuantos ha visto vm. conservar en su vejez el afecto de aquellos que en los años de la juventud les estaban unidos con los lazos de la mas estrecha amistad? Las fuentes de placer, comunes á todos los hombres, se van secando poco á poco á medida que se internan en el valle de los años, y entonces se procuran otros goces de que quedan excluidos los primeros compañeros de su peregrinacion. Los zelos, la rivalidad, la envidia, contienden á porfía para ver quien logrará privarnos primero de nuestros amigos; solo permanecen con nosotros los que estan acos-

tumbrados á ello mas pronto por habitud que por eleccion, y que unidos con nosotros con los vínculos de la saugre, mas que con los de la amistad, sirven y obsequian al anciano miéntras vive, para que no los olvide en su testamento.

Hæc data pena diu viventibus (1).

¡ Ah, señor Lovell!..... si el destino tiene resuelto que llegue vm. á la triste y fria estacion del invierno de la vida, solo considerará vm. las penas de su juventud como ligeras nubes que han interceptado un instante los rayos del sol naciente. Pero tal vez obligo á vm. á oír verdades que ofenden demasiado la sensibilidad de vm.

— Agradezco mucho sus buenas intenciones, señor Oldbuck, pero una herida reciente es siempre dolorosa, y la conviccion de que el resto de mi vida no me ofrece mas que una serie consecutiva de pesares, es, permitame vm. que se lo diga, un débil consuelo en la amargura que experimento. Disimule vm. tambien si añado que nadie á mi entender tiene menos motivo que vm. para considerar la vida del hombre bajo un punto de vista tan lúgubre y sombrío. Disfruta vm. de una

(1) Pena destinada á los que viven mucho.

fortuna regular, es vm. generalmente respetado, puede vm., por hablarle en su idioma, *vacare musis*, y entregarse á las doctas investigaciones de su pasion favorita; encuentra vm. agradables reuniones fuera de su casa, y posee vm. una deliciosa en el interior de la suya, en el seno de una familia amable que le estima y venera.

— ¡ Oh! no lo niego, mi gente femenina, gracias al buen órden que tengo establecido, es civil y tratable. No me distraen de mis estudios por la mañana, y cuando despues de comer ó de haber tomado el té me da la gana de descansar un poco, andan por el cuarto con la prudencia y la ligereza de un gato. Todo esto es muy bueno, pero me falta alguien con quien conversar, con quien poder hacer un cambio de ideas.

— ¿ Y por que no procura vm. que venga á habitar en su casa su sobrino el capitan MacIntyre, que todo el mundo cita como un jóven lleno de talento, y valiente como el que mas?

— ¡ Quien! ¿ mi sobrino Hector? el *Hostpur* (1) del norte. ¡ Dios me libre! preferiria arrojar á mi quinta un tizon encendido. Es un Almanzor, un Chamont (2); tiene una genea-

(1) Héroe exaltado de Shakspeare.

(2) Otro héroe baladron.

logía montañesa mas larga que su tizona, y á fé que creo que lo es mas que la calle mayor de Fairport. La última vez que vino aquí, ¿no me la quiso desenvainar contra el cirujano de la ciudad? Le aguardo de dia en dia, pero yo tendré buen cuidado de conservarle á una distancia respetuosa..... ¡El alojarse en mi casa! mis mesas y mis sillas temblarian de miedo al verle..... No, no, lejos de mí tal sugeto; pero escuche vm., señor Lovel, vm. es un jóven de buen genio y mejor carácter, amable y pacífico; ¿no seria mejor que sentase vm. sus reales por un mes ó dos en Monk-barns, puesto que al parecer no hace vm. ánimo de abandonarnos tan pronto? Mandaré abrir una puerta en el jardin; el gasto será una bagatela, porque ya la hubo antiguamente; todavía se conoce la señal. Por esta puerta podrá vm. bajar de la cámara verde al jardin sin incomodar á su buen amigo, y no hay peligro tampoco que él le incomode á vm. Por lo que hace á la comida, mistress Hadoway me ha dicho, por valermé de sus propias espresiones, que era vm. muy sobrio de la boca; así se contentará vm. con mi modesto ordinario. Se le lavará á vm. la ropa.....

—Caro señor Oldbuck, exclamó Lovel reprimiendo con trabajo una sonrisa que estaba por escaparsele, ántes que su hospitalidad de

vm. acabe de detallar todas las ventajas que encontraria en su casa, permitame vm. que le tribute el homenaje de mi gratitud por tan obsequioso ofrecimiento que me es imposible aceptar en esta ocasion. Es probable que dentro de poco abandonaré la Escocia; pero ántes espero que tendré la dicha de poder pasar algunos dias en su casa de vm.

El anticuario se sorprendió al oír esta respuesta. —Yo me lisonjéaba, le dijo, de poder arreglar la cosa de modo que conviniese á los dos. ¿Quien es capaz de saber lo que al fin y al cabo puede suceder? Tal vez no nos separaríamos mas. Yo soy dueño absoluto de mis bienes, gracias á mis antepasados que tuvieron mas juicio que orgullo; no existe ningun vínculo en mi casa, puedo dejar todo lo que poseo á quien me diere la gana. ¡Hay cosa mas ridícula que tener una serie de herederos designados, ensartados uno tras otro como los papeles de la cola de una milocha! Mi inclinacion puede volverse á derecha é izquierda sin obstáculo alguno, y el vuelo de mi predileccion es enteramente libre. Pero veo que nada es capaz de tentar á vm. en este momento; sin embargo, la Caledoniada sigue siempre adelante: ¿no es así?.....

—¡Oh! ciertamente, respondió Lovel, no seria justo abandonar un plan tan feliz.....

— Felicísimo sin disputa, replicó el anticuario alzando los ojos con gravedad; pues, por mas que fuese un juez bastante sensato é imparcial de los planes trazados por los demas, tenia naturalmente formada una opinion acaso demasiado favorable de los que él mismo proyectaba. — Es una de aquellas concepciones, continuó, capaces de borrar, si la ejecucion corresponde al argumento, el defecto de frivolidad que se vitupera en la literatura del siglo presente.

Llamaron en este instante á la puerta, y mistress Hadoway entregó una carta á Lovel, diciendole que un criado aguardaba la respuesta.

— Este billete interesa tanto á vm. como á mí, dijo Lovel al anticuario, entregandoselo despues de haberle leído por encima.

Era una carta de sir Arthur Wardour, concebida en los términos mas atentos. Lastimabase de que un ataque de gota le hubiese privado hasta entónces de ir él mismo en persona á dar las gracias al señor Lovel del servicio importante que le habia hecho pocos dias ántes; pero esperaba que le dispensaria de esta ceremonia, y que tendria la bondad de unirse á una pequeña comitiva que se proponia ir á visitar el dia siguiente las ruinas del priorato de San Ruth, comer en seguida en Knock-

winnock, y pasar allí la velada. Acababa por decir que habia convidado la familia de Monkbarns á aquella diversion, y designaba la reunion general en un punto situado casi á igual distancia de la habitacion de todos los que debian formar la comitiva.

— ¿Que harémos? preguntó Lovel al anticuario, por mas que estuviere seguro de la respuesta.

— Irémos, amigo mio, irémos. ¿Que dificultad ha de haber? Eso lo pagará una silla de posta. A ver, contiene tres puestos, uno para vm., otro para mí, y el tercero para Mariquita Mac-Intyre. Bravo; por la otra hembra de casa, la enviaremos á pasar el dia con el cura, y asi podrá vm. volver á Monkbarns en la silla, atendido que pienso tomarla por mañana y tarde.

— Creo que me será mejor echar mano de mi caballo.

— ¡Oh! ciertamente; ya no me acordaba del bucéfalo: sin embargo, creo que no acierta, y no valga por dicho, el que prefiere las piernas de otra criatura á las que le ha dado la naturaleza.

— Las del caballo tienen la ventaja de andar mucho mas aprisa, y de ser en número doble; he aquí el motivo por que yo me inclino....

— Basta, basta, haga vm. lo que mejor le

convenga. En este caso, me traeré á Grizzy ó al ministro, porque, cuando pago caballos de posta, me gusta sacar de ellos todo el partido posible. Asi pues nos hallaremos en la barrera de Tirlingen el viérnes próximo á mediodía en punto.

Arreglado así el negocio, separáronse los dos amigos.



CAPITULO XVII.

- » Aquí era do en otro tiempo
- » Con edificante voz
- » Los devotos solitarios
- » Loaban al Criador.
- » Aquí el odio y la venganza
- » Reprimian su furor,
- » Y esento de sus pesares
- » Respiraba el corazon.
- » Del fiero remordimiento
- » Templaba el martirio atroz
- » La piedad consoladora,
- » Hija de la religion.
- » Y el orgullo despojado
- » De su ficticio esplendor,
- » Al santo arrepentimiento
- » Algunas veces cedió.»

(CRABBE.)

LA mañana del viérnes fué tan hermosa como si no se hubiese proyectado ninguna salida al campo, lo que es un acontecimiento bastante raro tanto en la realidad como en las novelas. Lovel, que sentia la saludable influencia de la estación, y confiaba volver á ver cuanto ántes á miss Wardour, mostróse muy alegre y risueño, cosa que no sucedió mucho tiempo habia. La perspectiva del porvenir se le pre-

convenga. En este caso, me traeré á Grizzy ó al ministro, porque, cuando pago caballos de posta, me gusta sacar de ellos todo el partido posible. Asi pues nos hallaremos en la barrera de Tirlingen el viérnes próximo á mediodía en punto.

Arreglado así el negocio, separáronse los dos amigos.



CAPITULO XVII.

- » Aquí era do en otro tiempo
- » Con edificante voz
- » Los devotos solitarios
- » Loaban al Criador.
- » Aquí el odio y la venganza
- » Reprimian su furor,
- » Y esento de sus pesares
- » Respiraba el corazon.
- » Del fiero remordimiento
- » Templaba el martirio atroz
- » La piedad consoladora,
- » Hija de la religion.
- » Y el orgullo despojado
- » De su ficticio esplendor,
- » Al santo arrepentimiento
- » Algunas veces cedió.»

(CRABBE.)

LA mañana del viérnes fué tan hermosa como si no se hubiese proyectado ninguna salida al campo, lo que es un acontecimiento bastante raro tanto en la realidad como en las novelas. Lovel, que sentia la saludable influencia de la estación, y confiaba volver á ver cuanto ántes á miss Wardour, mostróse muy alegre y risueño, cosa que no sucedió mucho tiempo habia. La perspectiva del porvenir se le pre-

sentaba mas halagüeña; y la esperanza, aunque semejante aun al sol de la mañana cuyos rayos atraviesan con mucho trabajo las nubes y la niebla, echaba, para él á lo menos, bastantes destellos de luz en el sendero de la vida. Con tan bella disposicion, llegó el primero á la cita, como se deja presumir, y estaban tan fijas sus miradas en el camino de Knockwinnock, como todo el mundo se persuadirá tambien, que si reparó en la llegada de la division de Monkbarns, fué por los gritos de holá á un lado, que el postillon tuvo que repetir muchas veces.

La silla de posta que llegaba contenia por supuesto al digno y grave señor Oldbuck, en seguida al reverendo Blattergowl, personaje casi tan importante, ministro de Trotcosey, parroquia en que estaban situados los castillos de Monkbarns y de Knockwinnock. Oprimia su enorme peluca un sombrero en forma de triángulo equilátero, y era, como decia nuestro anticuario; el *parangon* de las tres pelucas que quedaban en la parroquia: la peluquita lisa muy ajustada á la frente de sir Arthur era el positivo, su propia peluca redonda el comparativo, y el *en folio* del reverendo el superlativo. El superintendente de estos tres antiguos peinados, creyendo ó aparentando creer que no podia ausentarse en

una ocasion en que se reunian los tres, venia sentado en zaga, á fin de hallarse pronto, segun decia, para dar una peinada á sus señorías, si lo deseaban ántes de comer. Entre las dos figuras magestuosas de Monkbarns y del ministro, se elevaba como una aguja el talle esbelto y delgado de Mariquita Mac-Intyre, habiendo preferido su tia hacer una visita á miss Beckie Blattergowl, y algunas horas de murmuracion con ella en la casa del cura, al placer de recorrer las ruinas del priorato de San Ruth.

En tanto que Lovely Oldbuck se saludaban recíprocamente, llegaba sir Arthur por el otro lado con su landó descubierto, cuyo brillante barniz, los escudos de armas que adornaban las portezuelas, los caballos bayos del tiro, y los dos volantes que le precedian, formaban singular contraste con la vieja silla de posta del anticuario, y los rocinantes que la arrastraban. Sir Arthur y su hija ocupaban las plazas de honor, es decir, las del fondo del coche. La primera mirada que miss Wardour echó á Lovel dió un nuevo colorido á las rosas de sus mejillas; pero estaba probablemente preparada á recibirle simplemente como amigo, pues respondió con tanta serenidad como cortesania al solícito saludo que él la dirigió. Sir Arthur mandó parar su coche,

apretó la mano á Lovel, y le espresó el placer que experimentaba aprovechando esta ocasion de manifestarle en persona su gratitud por lo mucho que le debía. Indicandole entónces un tercer personage sentado en el banco de delante, puesto reservado por lo comun á la gente de condicion inferior: — He aquí Dousterswivel, señor Lovel, le dijo.

Lovel hizo una ligera inclinacion con la cabeza al Aleman, y este se la volvió con un aire de humildad, ó mas pronto de bajeza, que no pudo menos de aumentar la idea desventajosa que nuestro héroe habia formado de él; y de las arqueadas cejas del anticuario se podia colegir que este nuevo compañero no le causaba mucha satisfaccion. Casi no hicieron mas que saludarse de lejos; los carruages anduviéron aun cosa de tres millas mas, hasta que por fin se detuviéron en la posada de las *Cuatro Herraduras*, muy inmediata al priorato, donde Caxon abrió humildemente la puerta del estribo de la silla de posta, en tanto que los dos volantes de sir Arthur ayudaban á bajar á sus amos.

Saludáronse entónces con mayor satisfaccion; las dos señoritas se diéron la mano; y Oldbuck, en su verdadero elemento, se puso á la cabeza de la reunion para representar el doble papel de guia y de charlatan, pues de

allí debian pasar á pié hasta el punto que excitaba su curiosidad. Tuvo buen cuidado de no separarse mucho de Lovel á quien consideraba como el oyente mas dócil, y volviase de cuando en cuando para enterar de todos los objetos que se les presentaban á su sobrina y á miss Wardour que los seguian. No decia una palabra ni al baronet ni al ministro, porque conocia que se figuraban saber mas que él en esta materia; y evitaba á Dousterswivel cuya presencia le ofendia, mirandole como un impostor y como la inmediata causa de la pérdida que temia de las cien libras aventuradas en la empresa de la mina de cobre. El ministro y el Aleman eran pues dos satélites que hacian su revolucion en torno de sir Arthur, que era por otra parte el personage mas importante de toda la reunion.

Frecuentemente en Escocia los puntos de vista mas pintorescos se hallan ocultos en algun sitio apartado, de suerte que se atravesara el pais en todos sentidos, sin que nadie sospeche que hay en las inmediaciones algun objeto curioso que merezca ser visitado. Esto es lo que sucede principalmente en las cercanías de Fairport, que no ofrecen generalmente mas que comarcas descubiertas y desnudas; pero por intervalos la corriente de un arroyo ó de un riachuelo conduce á valle-

citos, á *glens* y á *dens* (1), como los llaman en dialecto provincial, rodeados de altas rocas escarpadas encima de las cuales crecen con profusion de verdura árboles y arbustos de toda clase; vista tanto mas agradable cuanto mayor es el contraste que forma con la aridez general del pais. Esto es lo que experimentaron nuestros viajeros dirigiendose á las ruinas del priorato de San Ruth por un sendero que no parecia frecuentado mas que por el ganado, á lo largo de una montaña escarpada y desnuda. Sin embargo, á medida que avanzaban, y cuando hubieron dado vuelta á las rocas, empezaron á descubrir algunos árboles solitarios, viejos y raquíticos, en cuyos troncos habia pegados copos de lana, y cuyas gruesas raices descubiertas formaban grandes cavidades donde los carneros suelen descansar con gusto; espectáculo mas halagüeño para un admirador de lo pintoresco que para el aficionado á plantar árboles y á verlos crecer y prosperar. Poco á poco aquellos árboles formaron grupos mas espesos á causa de los

(1) *Glen* y *den* son casi sinónimos. *Den* significa por lo comun una gruta, una caverna. Aquí debe aplicarse esta palabra á aquellos valles en figura de embudo, rodeados casi por todas partes de rocas, como los *glens*.

espinares y los avellanos que llenaban el centro y ocupaban los bordes. Por fin, aquellos diversos grupos se reunieron, y por mas que de cuando en cuando se notasen algunos claros, y en algunos puntos un terreno cenagoso ó cubierto de matorrales negase el jugo necesario á los árboles, no por eso dejaba de ser el pais muy poblado de bosques. Pronto las colinas empezaron á aproximarse, oyóse el murmullo de un arroyuelo, y por entre los claros viósele pasear con rapidez sus cristalinas aguas bajo un dosel de follage.

Oldbuck desplegó entónces toda la autoridad de un práctico, y recomendó á todos sus compañeros que no se desviasen un solo paso del sendero que seguian, si deseaban admirar en todo su esplendor el espectáculo que habian venido á ver; y al mismo tiempo cabeceó y manoteó declamando los siguientes versos:

- » De este sitio las vueltas y revueltas
- » Conozco hasta la prenda mas chiquita,
- » Las costas y las rocas con sus ecos,
- » Las grutas, los arroyos, las colinas,
- » Los valles, los.... »

¡Diablo!.... las puas de esta maldita zarza han demolido todo el edificio de Caxon, y por poco no me echan la peluca en el arroyo.

He aquí lo que se gana en citar versos intempestivamente.

— Esto no debe inquietar á vm., caballero mio, respondió miss Wardour; ¿no tiene vm. aquí á su leal Caxon, cuya mano está siempre pronta á reparar semejantes desastres? Volverá vm. á presentarse con un esplendor igual á aquel con que brillaba vm. ántes de este accidente; y para que no falte la cita al canto, diré:

- » En el seno de Tetis apagando
- » Su fuego refulgente
- » Como privado del poder y mando,
- » ¿Ves cual se oculta Febo omnipotente?
- » Pero el día siguiente
- » Vuelto á todo su lustre y á su gloria,
- » Con llena, brillantísima victoria,
- » Su luz ostenta viva y renovada,
- » La frente coronada
- » De oro puro....»

— Basta, basta, exclamó Oldbuck, no debía por cierto esponerme á proporcionarme mismo la ventaja á mi hermosa enemiga; pero bien puede vm. hacer un alto en su carrera satírica por el objeto que va á presentarsele, pues sé que es vm. una admiradora de la naturaleza. En efecto, habia hecho pasar á sus compañeros por una brecha de una antigua muralla muy bajita y arruinada, y disfrutaron repentina-

mente de una escena tan inesperada como interesante.

Hallábanse en una altura que formaba una especie de anfiteatro, dominando un hermoso lago de algunos *acres* de estension. En torno de una playa unida al principio elevábanse bordes escarpados, con áridas rocas, en tanto que los árboles de corte que crecían irregularmente en los flancos interceptaban la uniformidad de la verdura. A los piés de nuestros paseantes desaguaba el lago en el rápido arroyo que habian seguido desde que entraron en aquel *glen*. En el sitio mismo en que el arroyo se desprendía del lago paternal, admirábanse las ruinas que venían á visitar; no ocupaban á la verdad una gran estension de terreno, pero la belleza singular del punto solitario en que estaban situadas les daba mas celebridad de la que se concede por lo comun á los restos de arquitectura de un carácter mas imponente, pero mas inmediatos á la morada de los hombres, privados por lo mismo de los accesorios noveleros que tenían á la vista. Las ventanas de la iglesia, del lado del oriente, existían aun, y las paredes sostenidas por ligeros arbotantes, casi desprendidas de ellos, adornadas de chapiteles y esculturas, daban al edificio cierto aire de variedad y de ligereza. El techo y la pared, de

la parte de occidente, estaban enteramente destruidos; pero la iglesia figuraba uno de los lados de un cuadrado, cuyos dos otros estaban formados por las ruinas del priorato, y el cuarto por el jardín. La parte de la fábrica de enfrente del arroyo tenia por base una roca escarpada; pues aquel convento habia servido algunas veces de fortaleza, y sido tomado por asalto durante las guerras de Montrose. En el terreno donde hubo antiguamente el jardín, se descubrian aun algunos árboles frutales. A cierta distancia se veían robles, olmos y castaños que crecian aisladamente, y cuyo tronco habia llegado á una magnitud enorme. El resto del espacio que separaba las ruinas de la montaña era un hermoso tapiz de fresco césped, donde hallaban los carneros su pasto ordinario, y suplían por la hoz del jardinero. Toda esta escena, sin ser monótona, respiraba una tranquilidad imponente. La profunda concavidad donde descansaban las aguas transparentes del lago, reflejando las elegantes flores del nenúfar y los árboles que acá y acullá avanzaban sus ramas, ofrecía una perfecta contraposición con el ruido del rápido arroyo que se escapaba del valle como un cautivo de su prisión, daba vuelta por el pié de la roca en que estaban situadas las ruinas, y cubria de espuma las piedras y las peñas que

se oponian á su pasage. El mismo contraste se notaba entre la alfombra de verde y menuda yerba donde yacian las ruinas sombreadas por algunos árboles frondosos, y la escarpadura de los bordes que se elevaban á alguna distancia, alternativamente decorados como de una ligera guirnalda de arbolillos, entapizados de rojos brezos, mas secos y desnudos empero en sus saledizos naturales de granito pardusco matizado por el liquen y otras plantas poco delicadas, cuyas raices encuentran suficiente jugo en las grietas de las mas áridas rocas.

— Este era uno de los asilos de la ciencia en los siglos de tinieblas, señor Lovel, dijo Oldbuck, en torno de quien toda la compañía se habia amontonado admirando aquel paisaje pintoresco que tan inopinadamente se ofreció á su vista. Aquí vivían en un docto descanso los sabios fatigados de las vanidades de la vida humana, que consagraban todos sus pensamientos á la eternidad que nos aguarda, ó al servicio de las generaciones futuras. Voy ahora á enseñar á vms. la biblioteca. ¿Ven vms. aquel resto de pared donde se notan unas ventanas cuadradas? pues allá existía, allá se hallaba, segun acredita un antiguo manuscrito que poseo, un tesoro de cinco mil tomos. Ahora sí que viene el caso de gemir y lamen-

tarse como el sabio Leland, que lastimandose de la destruccion de las bibliotecas de los claustros, esclama con el dolor de Raquel llorando por sus hijos, que si se hubiesen arrebatado para proveer las tiendas de los drogueros y herbolarios las leyes, los decretos, las decretales, las clementinas de papas, y otros trastos semejantes, y aun los sofismas de Heytesburg, los universales de Porfiro, la lógica de Aristóteles, la teología de Dunse, y otros andrajos piojosos, perdone vm. del término, miss Wardour, pudiéramos consolarnos fácilmente. ¡Pero haber empleado á usos tan bajos y despreciables nuestras antiguas crónicas, nuestras interesantes historias, nuestros doctos comentarios, nuestros documentos naturales, ha sido degradar nuestra nacion, y deshonorarnos á los ojos de la posteridad hasta el fin de los siglos! ¡O negligencia la mas fatal á nuestro pais!

— ¡O John Knox! (1) dijo el baronet con tono algo irónico; ¡John Knox, bajo cuyos auspicios y por cuyo influjo se desempeñó tan patriótica empresa!

El anticuario, hallandose á corta diferencia

(1) El reformador de la Escocia, que representó el papel de un Erostrate protestante.

en la misma situacion de un cazador cogido en el lazo que acaba de tender, volvió la cabeza y se puso á toser para ocultar un ligero color encarnado que le sacó al rostro la vergüenza, mientras meditaba una respuesta adecuada. — En cuanto al apóstol de la reforma en Escocia....

Miss Wardour se dió prisa en interrumpir una conversacion que podia tener peligrosos resultados. — Digame vm., señor Oldbuck, ¿como se llama el autor que acaba vm. de nombrar?

— El sabio Leland, miss Wardour, que se volvió loco al ver la destruccion de las bibliotecas de los monasterios de Inglaterra.

— Acaso este infortunio ha conservado el juicio á algunos anticuarios modernos que se hubieran infaliblemente anegado en aquel vasto mar de ciencia, á no haberse disminuido su estension con algunos desecamientos.

— Pues bien, á Dios gracias, ya no hay peligro; todo lo mas que se nos ha dejado ha sido una pequeña taza para cometer este suicidio.

Diciendo esto, los hizo bajar de la montaña por una cuesta algo recta, pero no peligrosa, que los condujo al hermoso prado donde estaban las ruinas. — He aquí donde vivian, continuó, sin mas ocupacion que aclarar al-

gunos puntos dudosos de antigüedades, copiar manuscritos, y componer obras nuevas para la instruccion de la posteridad.

— Observando al mismo tiempo, añadió el baronet, los ritos de la religion con una pompa y un ceremonial dignos de su augusto ministerio.

— E si foecelencia querer permitirlo, dijo el Aleman inclinándose hasta el suelo, los cenopitas poder hacer entónces muy coriosas esperiencias en sus laporatorios, tanto en química como en *magia naturalis*.

— Pareceme, dijo el ministro, que tendrian bastante que hacer en recoger los diezmos de tres parroquias.

— Y todo esto, añadió miss Wardour mirando malignamente al anticuario, sin ser interrumpidos por ninguna clase de gente femenina.

— Ciertamente, mi hermosa enemiga, respondió Oldbuck, este era un paraíso donde no se admitia ninguna Eva; y por esto es mas extraño que los buenos padres pudiesen perderle.

Haciendo estas críticas observaciones relativas á los que habian antiguamente ocupado aquel augusto edificio, se paseáron algun tiempo en medio de las ruinas cubiertas de musgo, siempre dirigidos por Oldbuck, que

les detalló muy especiosamente el plan general de todo el convento, y les leyó y esplicó diversas inscripciones casi enteramente borradas, que apénas se distinguian en las losas sepulcrales, ó debajo de los nichos que habian contenido en otro tiempo estatuas de santos.

— No dejo de estrañar, dijo por fin miss Wardour al anticuario, que la tradicion nos haya transmitido tan pocas cosas relativamente á estos edificios magestuosos que tanto dinero han costado, que con tanto gusto se han construido, y cuyos propietarios eran en su tiempo personajes de la primera importancia, y gozaban de un poder y autoridad sumamente estensos, al paso que el mas humilde castillo de un baron vagamundo, del mas oscuro hidalgo espadachin, se encuentra con todos sus pelos y señales detallado en alguna leyenda, y el mas humilde pastor le referirá á vm. con exactitud los nombres y las hazañas de los que le habitáron por línea de sucesion. Pero haga vm. á un aldeano la mas sencilla pregunta sobre estas ruinas magnificas, sobre los restos de estas torres, de estas paredes, de estos claustros, de estas capillas, y todo lo que sacará vm. en limpio, será que los monjes lo mandáron edificar en otro tiempo.

Esta pregunta no dejaba de ser de difícil

respuesta. Sir Arthur alzó los ojos al cielo como si aguardase una inspiracion para contestar á ella. Oldbuck echó atras un poco su peluca, para rascarse la frente. El ministro pensó que sus feligreses estaban demasiado convencidos de las verdades de la doctrina presbiteriana para conservar ningun recuerdo de los papistas que habian en otro tiempo infestado el pais, y que no eran mas que unos vástagos del grande árbol de iniquidad, cuyas raices penetran hasta las entrañas de los siete montes de abominacion.

Loveley creyó que el mejor medio de resolver la cuestion era examinar cuales son los acontecimientos que causan mas impresion en el ánimo del pueblo. — No son, dijo, los que se parecen á los progresos sucesivos de un río fertilizando las tierras que riega; son mas pronto los que participan del furor impetuoso de un torrente salido de madre. He aquí por que suelen datarse las épocas de una tempestad furiosa, de un terremoto, ó de una guerra civil. Ahora bien, si tales son los hechos que mas fácilmente se perpetuan en la memoria del pueblo, ¿debemos admirarnos de que tenga mas presente al guerrero feroz, y que deje sepultado en el olvido al pacífico sacerdote?

— Con fostro permiso, damas y capalleros, dijo Dousterswivel, é pidiendo homildemente

perdon á sir Arthur, á miss Wardour, á ese digno eclesiástico, á mon pon amigo Oldbuck, que ser mi compatriota, é á ese prafo jófen señor Lofel, mi creer que todo ser defido á la mano de gloria.

— ¿A la mano de que? exclamó el anticuario.

— A la mano de gloria, mein herr Oldbuck, que ser moy grande é moy terriple secreto, de que los monges se serfir antigoa-mente por ocoltar los tesoros, cuando ellos ser arrojados de los claustros por lo que fos otros llamar la reforma.

— ¡Holá! dijo Oldbuck, cuentenos vm. esto: tales secretos merecen ser conocidos.

— Fos querer reiros de mí, mein herr Oldbuck; ma la mano de gloria ser pastante conocida en el pais donde hafer fido fostros dignos antepasados. Ser la mano cortada del cadafer de on hompre que hafer sido colgado por asesino, é pen delicatamente secada al homo de madera de enepro; é si meter on poco de lo que fos otros llamar tejo, faler mocho mas, es decir, no faler peor. En seguida fos tomar on poco de grasa de oso, de zorra, de japali, é de un mochacho que non hafer sido pautizado, esto ser moy esencial, é de todo hacer una fela é meterla en la mano de gloria en tal hora é tal minoto, é con las ceremonias

confenientes; entónces quien poscar los tesoros, non poder hallarlos.

— Tambien lo juraria yo, dijo el anticuario. ¿Y en Westfalia, señor Dousterswivel, suelen valerse de ese elegante candelabro?

— Siempre, mon pon señor, cuando fos querer que nadie hable de lo que fos hacer, é ser lo que los monges hafer siempre hecho cuando ellos ocoltar la plata de la iglesia, los calices, los anillos é las piedras preciosas.

— Sin embargo, ustedes los caballeros rosacruces tenian sin duda medios de romper el hechizo, y de descubrir lo que los pobres monges ocultaban con tanto trabajo.

— ¡Ah! mein herr Oldenbuck, respondió el Aleman cabeceando con aire misterioso, fos tener malas tragaderas; ma si fos hafer fisto las pellas piezas de plata macizas, sir Arthur; tan pen trapajadas, miss Wardour; é la cruz de plata, fostra referencia, que nosotros hafer hallado Schroæpfer é yo, por mein herr Freygraff, paron Von Blunderhaus, mi creer firmemente que fos ser menos incrédolo.

— Ello es cierto que la vista es el primer elemento de la conviccion; pero ¿como lo hizo vm? ¿de que medios se valió?

— ¡Ah! mon pon señor, esto ser mi secreto, mi propiedad. Fos me perdonar si non querer decirlo; solo poder asegurar que hafer medios

diversos. Por ejemplo, on soño que hacer tres ó cuatro veces seguidas ser on medio excelente.

— Me alegro infinito, dijo Oldbuckechando una mirada á hurtadillas á Lovel; pues yo tengo un amigo muy favorecido en esta parte por Morfeo.

— Loego hafer simpatías é antipatías, las propiedades estrañas, las firtudes natorales de difersas plantas, é la farilla adifinatoria.

— Yo quisiera ver alguna de estas maravillas, en vez de oir hablar de ellas, dijo miss Wardour.

— ¡Ah moy honoraple siñorita! non hafer aquí el tiempo ni los medios de descofrir los tesoros ocoltos de la iglesia; ma para complacerfos lo propio que á sir Arthur mi patrono, al referendo eclesiástico, al pon señor Oldenbuck, é al siñor Lofel que ser on prafo é cortés capallero, mi hacer fer que ser posiple, mocho posiple de descofrir ona fonte, ona pequeña fonte ocolta en tierra, sin pala, sin azadon, é sin afrir el soelo.

— ¡Oiga! dijo el anticuario, he oido hablar varias veces de esta suerte de juego de manos. A otro perro con ese hueso; aconsejo á vm. que se vaya con esas habilidades á España ó á Portugal, donde sin duda sacará mejor partido que aquí.

— ¡Oh! non, mon pon señor Oldenbuck, hafer allí l'Inquisicion é los autos de fé; mi non querer ser quemado como brojo, cuando no ser mas que filósofo.

— Si le quemaban en calidad de tal, dijo Oldbuck á Lovel en voz baja, seria gastar leña inútilmente; pero si le sacaban á la vergüenza, como al mas descarado bribon que haya gozado del don de la palabra, seria el castigo proporcionadísimo á su mérito. Pero vamos á ver, creo que va á hacernos alguna de las suyas.

Efectivamente el Aleman habia entrado en un bosquecillo poco distante de las ruinas, y estaba muy ocupado al parecer buscando una varilla que pudiese servir para la celebracion de sus misterios. Despues de haber cortado, examinado y desechado muchas, tomó por fin una de avellano que remataba en horquilla, la cual, segun dijo, poseia la virtud necesaria para la esperiencia que iba á hacer. Teniendo con las dos manos, entre un dedo y el pulgar, el cabo partido de la varilla, la mantuvo derecha, y recorrió con ella las ruinas, seguido del resto de la compañía.

— Estar por creer que non hafer agoa aquí, dijo despues de haber pasado por varias fábricas destruidas, sin observar ninguna señal de las que suponía aguardar; mi creer que

esos monges de Escocia hafer encontrado el agoa moy fria por el clima, é preferido el pon fino del Rin. ¡Ah, ah! fed ahora. — Y los espectadores viéron que la varilla daba vueltas entre sus dedos, aunque él aparentaba tenerla muy apretada. — Pen seguro, hafer agoa por estas inmediaciones. — Y volviendose á uno y á otro lado, segun parecia indicarle el movimiento de la varilla, llegó por fin en medio de lo que podia llamarse un aposento, pues se veia aun figurado por los restos de las paredes: era antiguamente la cocina del priorato. Allá la varilla se enroscó y torció de modo que parecia querer inclinarse casi directamente al suelo. — Ser aquí el lugar, dijo el Aleman, si fosotros non encontrar agoa aquí, mi dar á todos el permiso de llamarme empostero é pripon.

— Yo me lo tomaré, tanto si se halla agua como si no, dijo el anticuario á Lovel.

Un criado, que habia seguido á nuestros curiosos llevando un ceston con bebidas y refrescos, fué enviado inmediatamente á casa de un leñador que vivia á corta distancia, para procurarse algunos trabajadores con palas y azadones. El mismo leñador se presentó con sus dos hijos; y cuando hubiéron despejado cosa de dos piés de yesones y cascajos, se descubrió el agua con suma satisfaccion del filó-

sofo, grande sorpresa de las dos señoritas, del ministro, de sir Arthur y de Lovel, é imponderable confusion del anticuario. Este sin embargo no dejó de hacer al oido de su jóven amigo una protesta contra este milagro. — Todo esto no es mas que impostura, dijo; el bribon de un modo ú otro sabia ya la existencia de este antiguo pozo, y con tal certitud nos ha salido con esta especie de charlataneria mística. Oiga vm. ahora lo que va á decir; pues, ó yo me engaño mucho, ó esto no es mas que el prelude de algun engaño mas serio. Vea vm. que aire de importancia se da el bribon, cuan ufano se muestra por el buen éxito de su juego, y como el pobre sir Arthur se deja embaucar por el ridículo guirigay con que el charlatan sienta necedades como principios de ciencias ocultas.

— Ya fer, mon pon patrono, lo propio que fosotras mis pellas damas, é fos, digno doctor Plattergowl, é fosotros mismos señores Lofel é Oldenbuck, que el arte non tiene mas enemigo que la ignorancia. Al fer esta farilla de avelano, todos confenir en non ser pona para nada, solo por azotar á on mochacho.

— Si se tratase de tí, dijo entre dientes el anticuario, yo te prometo que preferiria un mango de escoba, item mas nueve correas de resistencia.

— ¡ Ma si ponerla en manos de un filósofo, paf!.... hacer loego el grande descoprimiento; ma todo esto non ser nada, sir Arthur: nada apsolotamente, mis amaples damas; nada, doctor Plattergowl; nada, señor Lofel; é nada, mein herr Oldenbuck, en comparacion de lo que el arte poder hacer. ¡ Ah! si yo encontrar on honfre de falor é resolucion, mi hacerle fer cosas pen mejores que el agoa; mi hacerle fer....

— Pero ¿ por todas estas lindas cosas necesitaria vm. dinero sin duda?

— ¡ Oh! ona pagatela, on nada, que non faler la pena de haplar.

— Ya me lo figuraba, replicó Oldbuck: en cuanto á mí, entretanto, sin varilla adivinatoria, haré ver á vms. un escelente pastel de venado y una botella del mejor Madera. Creo que toda la ciencia del señor Dousterswivel no podria ofrecer una cosa mejor.

Las provisiones fuéron sacadas á la vista *fronde super viridi*, como dijo el anticuario, debajo de las frondosas ramas de un roble antiguo, conocido por el *roble del prior*; y habiendose sentado todos en corro, honraron lindamente la comida campestre.

CAPITULO XVIII.

- » Cual suele el grifo con su rauda vuelo
- » Perseguir á su pérfido contrario,
- » Que con astucia arrebatarle supo
- » El oro que tenia á su cuidado,
- » Así el rey del Averno....

(MILTON, *Paraiso perdido*.)

AL terminarse la merienda, sir Arthur hizo caer otra vez la conversacion sobre los misterios de la varilla adivinatoria, punto de que ya habia hablado muchas veces con Dousterswivel. — Seguramente que mi amigo Oldbuck escucharía ahora con mayor respeto la historia de los descubrimientos que vm. y sus colegas, señor Dousterswivel, han hecho en Alemania.

— ¡Ah! sir Arthur, no ser esto de referir delante de estos señores. La incredulidad, la falta de fé, desparatar las grandes empresas.

— A lo menos mi hija puede leer la relacion que ha compuesto de la historia de Martin Waldeck.

— ¡Ah! ser una historia ferdadera; ma miss Wardour está tan llena de talento é de malicia, que hafer hecho de ella una nofela,

tan pien como Goethe é Wieland; poder creerme sobre la mia honoraple palapra.

— Para hablar con franqueza, señor Dousterswivel, dijo miss Wardour, lo novelero aventajaba tanto á lo probable en esta leyenda, que era imposible que una mano amiga de lo maravilloso llegase á ella sin dejarla perfecta en su clase. Finalmente aquí está; y si ustedes no llevasen idea de abandonar esta apacible sombra ántes de haber pasado el calor mas rigoroso del dia, y se dignasen ustedes dispensar alguna indulgencia á mi obra, sir Arthur ó el señor Oldbuck acaso tendrian la bondad de leerla.

— Yo no seré, porque estoy muy ronco, dijo sir Arthur.

— Ni yo, añadió Oldbuck, porque he olvidado mis antiparras; pero aquí está el señor Lovel, que tiene buenos ojos y buena voz. En cuanto al señor Blattergowl, sé que no lee nunca, para que no se crea que aprende de memoria los sermones de otros.

Dióse pues esta comision á Lovel, que recibió con algun temblor, cuando Isabel se lo entregó con cierta confusion, el manuscrito trazado por aquella hermosa mano cuya posesion le parecia la mayor dicha á que pudiese aspirar en la tierra; pero conoció que debia ocultar su agitacion, por lo que hojeando un

poco el cuaderno, como para acostumbrarse á la letra, cobró bastante serenidad para leer lo siguiente.

LAS AVENTURAS

DE MARTIN WALDECK.

Los puntos solitarios de la selva de Hartz en Alemania, y especialmente las montañas llamadas Blockberg, ó mejor Brockenberg, son la escena privilegiada de los cuentos donde figuran brujas, demonio sy apariciones. Como la mayor parte de los habitantes de aquel canton son leñadores ó minadores, su género de vida los hace mas accesibles á las supersticiones vulgares, y atribuyen muchas veces al poder de la magia, ó á la intervencion de los espíritus, los fenómenos naturales que se ofrecen á su vista en la soledad de sus bosques ó en la profundidad de las minas. Entre las diferentes fábulas que corren en aquel pais inculto, la mas admitida es la que supone que la selva de Hartz está habitada por un demonio que se representa en figura de un hombre de estatura agigantada, llevando una corona y una faja de hojas de roble, y por palo un pino arrancado de la

tierra con raices y todo. Lo cierto es que un gran número de personas pretende haberle visto desde el fondo de un valle pasearse de este modo por la cuesta de una montaña; y el hecho de esta aparicion está tan generalmente admitido, que la incredulidad moderna, para negar su asenso, no halla mas medio que atribuirlo á una ilusion de óptica.

Antiguamente aquel demonio tenia trato mas frecuente con los habitantes del pais; y segun sus tradiciones, solia intervenir en los negocios de los mortales con el capricho bastante comun en aquella clase de seres, es decir tan pronto para perjudicarlos como para serles útil. Pero notabase que con el tiempo sus mismos dones pasaban á ser funestos á sus favorecidos. Los curas, en sus sermones para la instruccion de sus ovejas, tomaban varias veces por testo la importancia de no tener relacion alguna directa ni indirecta con el demonio de Hartz; y cuando los viejos veian que sus hijos se burlaban de algun peligro que les parecia imaginario, les contaban las aventuras de Martin Waldeck.

Un misionero capuchino se habia apoderado del púlpito de la iglesia, cubierta de rastrojo, de una aldehuela llamada Morgenbrodt, situada en la selva de Hartz. Desde allá declamaba terriblemente contra la depravacion de

los habitantes y las comunicaciones que tenían con las brujas, los espíritus, las encantadoras, y especialmente con el detestable demonio de Hartz. La doctrina de Lutero habia ya empezado á estenderse por los pueblos, pues colocan esta aventura bajo el reinado de Carlos V; de suerte que los aldeanos no hicieron mas que burlarse del celo que desplegaba el reverendo padre. Pero su vehemencia aumentaba á proporcion del desprecio de sus oyentes, y el desprecio á proporcion de la vehemencia. A los habitantes no les gustaba que se confundiese un demonio pacífico á que estaban habituados, y que de muchos siglos residia en el Brockenberg, con Belfegor, Astaroth ni aun con Belzebuth, ni que se le condenase sin misericordia á ser precipitado en el abismo de los abismos. El temor de que el demonio no se vengase con ellos del anatema fulminado por el capuchino en su presencia de un modo tan poco liberal, se agregó al interes que tomaban por él desde tiempos muy remotos. — Un misionero, decian, que hoy se halla aquí, y que mañana estará en otra parte, puede decir lo que le dé la gana; pero nosotros los antiguos habitantes del pais que permanecemos fijos aquí, la pagaremos por él. — Estas reflexiones exaltaron sus ánimos; ya no se limitaron á espresiones injuriosas,

sino que cogiendo piedras las tiraron á la cabeza del capuchino, echandole del pais, y diciendole que se fuese á predicar en otra parte contra los demonios.

Tres jóvenes que habian sido espectadores y actores en aquella escena, volvianse á su choza, donde se ocupaban en hacer carbon. Por el camino no hablaron mas, como se deja suponer, que del demonio de Hartz y del sermón del capuchino. Max y Jorge Waldeck, los dos hermanos mayores, al paso que convenian en que el misionero habia sido indiscreto y reprehensible pronunciandose contra la naturaleza y el carácter del demonio de Hartz, sostuviéron sin embargo que era peligroso en sumo grado aceptar sus dones y tener comunicacion con él, de cualquier género que fuese. Confesaban que era poderoso, pero al mismo tiempo caprichoso y antojadizo, añadiendo que casi todos los que habian tenido trato con él morian desgraciadamente. ¿No fué el demonio de Hartz quien dió al buen caballero Ecberto de Rabenwad aquel soberbio corcel negro, por cuyo medio venció á todos sus rivales en el gran torneo de Brema? Pues bien, aquel mismo corcel se precipitó con su amo en un abismo tan profundo, que nunca mas se tuvieron noticias del caballo ni del caballero. ¿No habia dado tam-

bien una receta para cuajar la manteca á la señora Gertrudis Trodden? Pues fué quemada como bruja por órden del gran juez criminal del electorado, sin mas delito que haber hecho uso de aquel secreto. Pero estos ejemplos, ni muchos otros que citáron de los funestos beneficios del demonio de Hartz, no hicieron impresion alguna en el ánimo de Martin Waldeck, el mas jóven de los tres hermanos.

Martin era un mozo temerario, impetuoso, sobresaliente en todos los ejercicios propios de los montañeses, y de un valor á toda prueba, porque se había familiarizado con los peligros que corren continuamente trepando por las rocas. Burlóse por consiguiente de la timidez y cobardía de sus hermanos.— No me conteis semejantes absurdos, les dijo; este demonio es un demonio de bien, vive en medio de nosotros como cualquier simple aldeano; anda por las rocas, corre por las montañas como si cazase ó guardase cabras; y puesto que tanto le place la selva y sus puntos solitarios, no puede mostrarse indiferente á la suerte de los que habitan en ella. Pero, aun cuando fuese tan malvado como le pintáis, ¿que daño puede causar á los que no hacen mas que servirse de sus dones sin contraer ningun empeño con él? Cuando llevais

el carbon á la fundicion, ¿el dinero que recibis del superintendente, ese viejo Blas que no hace mas que blasfemar, no es tan bueno como el que os entrega el mismo cura? No son, pues, los dones del demonio los que pueden perjudicaros, pero sí el mal uso que tal vez hagais de ellos. En cuanto á mí, si se me apareciese ahora mismo, y me indicase una mina de oro ó de plata, me pondria á cavar ántes de que volviese las espaldas; y mientras hiciese buen uso de las riquezas que me habria procurado, me creeria bajo la proteccion de un ser mucho mas poderoso que él.

El hermano mayor le respondió que rara vez se hacia buen uso de un bien mal adquirido, y Martin replicó presuntuosamente que la posesion de todos los tesoros de la selva de Hartz no ocasionaria la menor mudanza en sus habitudes, ni en sus costumbres, ni en su carácter.

Max le aconsejó que hablase con mayor reserva de semejante asunto; y para desviar la conversacion, lo que no dejó de costarle bastante trabajo, le recordó una cacería de osos que tenian proyectada. Este nuevo objeto les entretuvo hasta que llegaron á su morada, miserable cabaña situada en la cuesta de una colina, al entrar en un valle angosto, y en el corazon de las montañas de Brockenberg. Al

llegar, releváron á su hermana que se había encargado, durante su ausencia, de la fabricacion del carbon, operacion que exige una vigilancia continua, y se dividiéron el trabajo durante la noche segun acostumbraban, durmiendo dos de ellos miéntras el otro velaba.

Max Waldeck, el mayor, encargado de velar las dos horas primeras, se asustó terriblemente viendo, en una colina de enfrente de su cabaña, una gran hoguera en torno de la cual danzaban al parecer varias personas haciendo gestos extravagantes. Estuvo al principio por llamar á sus hermanos; pero considerando el genio emprendedor del mas jóven, temiendo no poder despertar á Jorge sin perturbar el sueño á Martin, y creyendo, por otra parte, que todo aquello podia ser una ilusion del demonio, producida acaso por las bravatas inconsideradas que había echado su hermano menor el dia antecedente, pensó que lo mejor que podia hacer era ponerse á rezar, y aguardar con inquietud y terror el fin de aquella espantosa y extraordinaria vision. La hoguera, despues de haber brillado por algun tiempo, fué apagandose poco á poco, y al vivo resplandor sucedió la mas completa oscuridad. En todo el resto de tiempo de vela no fué interrumpido mas que por el recuerdo de lo que acababa de ver.

Jorge reemplazó entónces á Max que se fué á acostar. Ofrecióse tambien á su vista como á la de su hermano el fenómeno de una grande hoguera encendida en la colina de enfrente. En torno de la llama notó tambien figuras que colocadas alternativamente entre la cabaña y el fuego podian fácilmente distinguirse, gesticulando como si celebrasen alguna ceremonia mística. Aunque tan prudente como su hermano mayor, Jorge era algo mas atrevido. Resolvió, pues, examinar mas de cerca aquella maravilla; y habiendo atravesado un arroyuelo que corria por el valle, acercóse al fuego á la distancia de un tiro de flecha, y le vió aun brillar con el mismo vigor.

Los seres que le rodeaban se parecian á aquellas fantasmas que á veces nos presentan los sueños, y su vista le confirmó en la primera idea que tuvo de que pertenecian á otro mundo. Entre aquellas estrañas figuras distinguió á un gigante peludo que llevaba en la mano un pino arrancado con sus raices, de que se servia al parecer de cuando en cuando para atizar el fuego, y sin mas vestido que una corona y una faja de hojas de roble. A Jorge le dió un vuelco el corazon, reconociendo en aquel gigante al demonio de la selva de Hartz, tal como le pintaban los pastores y cazadores que le habían visto antiguamente atravesar

las montañas. Volvió atrás inmediatamente para emprender la fuga; pero reflexionandolo mejor, se acusó de cobarde, y recitando con voz baja el salmo: « Que todos los pueblos bendigan al Señor, » volvió á tomar el camino de la colina donde habia visto la hoguera; pero con suma sorpresa suya, ya no existia de ella el menor vestigio.

Los pálidos rayos de la luna iluminaban el valle; y cuando Jorge, cubierta la frente de un sudor frio, y erizados los cabellos, hubo llegado al punto donde brillaba el fuego, notable por un alto roble que parecia estar en medio de las llamas, no encontró el mas ligero rastro de todo lo que habia creído ver. El musgo, el césped, las flores silvestres, todo estaba intacto, y las hojas del alto roble humedecidas por el rocío.

Volvió á la choza temblando, y racionando como su hermano mayor, resolvió no hablar una palabra de cuanto habia visto, temiendo despertar en su hermano Martin una curiosidad emprendedora, que casi miraba como una impiedad.

Tocaba entónces la vela á Martin. El gallo de su corralillo habia ya anunciado que no tardaria en rayar el alba. Examinó la fragua donde estaba preparada la leña para ser convertida en carbon, y se sorprendió al ver que

no se habia conservado bien el fuego. La excursion y el espectáculo maravilloso de que fué testigo, hicieron olvidar á su hermano Jorge lo que debia ser su primera atencion. Estuvo tentado pues de llamar á sus hermanos; pero viendo que dormian profundamente, respetó su descanso, y sin auxilio de nadie echó nuevo pábulo al fuego y procuró dejarle corriente. Pero la leña que tomó era probablemente verde ó húmeda, pues, lejos de avivarse el fuego, dió muestras de amortiguarse mas. Corrió inmediatamente á buscar leña seca que guardaban para estos casos; pero cuando volvió, ya estaba el fuego enteramente apagado: este era un caso muy serio, cuyas consecuencias podian ser la pérdida de un dia de trabajo. Muy incomodado de esto, sacó el pedernal y puso á encender lumbre; pero la yesca era tambien húmeda, y todos sus esfuerzos fuéron inútiles. En este apuro iba á llamar á sus hermanos, cuando un súbito resplandor se introdujo en la cabaña por la ventana y las rendijas de las paredes; abrió entónces la puerta, y vió el mismo fenómeno que habia asustado á Max y á Jorge.

La primera idea que se le ofreció fué que los Muhlerhaussers con quienes habian tenido frecuentes disputas, hijas de la rivalidad del oficio, habian traspasado sus límites para robar

en aquella parte del bosque. Juzgó que seria bueno despertar á sus hermanos para escarmentar á sus audaces vecinos; pero considerando los gestos de los que andaban al rededor de la hoguera, mudó de opinion, y aunque algo incrédulo en estas materias, tuvo que convenir en que aquello era un fenómeno sobrenatural.

— Hombres ó almas, dijo el intrépido jóven, y sea cual fuere la tarea en que los veo ocupados, iré á pedirles lumbre para encender la fragua; y una vez tomada esta resolucio, no juzgó necesario despertar á sus hermanos. Creiase generalmente que era menester ser solo para salir bien librado de las aventuras como la que iba á emprender; temia tambien que la escrupulosa timidez de sus hermanos no se opusiese á la ejecucion de su proyecto. Tomó pues una larga estaca que tenian colgada en la pared para alejar los osos, y partió solo, resuelto á examinar que venia á ser aquello.

Del mismo modo que su hermano Jorge, pero con ánimo mas decidido, Martin atravesó el arroyo, subió á la colina, y se acercó tanto á aquella extraordinaria asamblea, que reconoció al instante en su presidente todos los atributos del demonio de Hartz. Estremecióse por la primera vez de su vida, pero tuvo presente que habia deseado con frecuencia la

ocasion que se le ofrecia. Esta idea reanimó su valor, y su amor propio sostuvo la resolucio de que ya empezaba á desistir. Avanzó pues ácia la hoguera con bastante firmeza, notando que á medida que se acercaba los seres que habia en torno tomaban una figura mas estraña, fantástica y sobrenatural. Recibiéronle con grandes carcajadas, cuyos sonidos agudos y desentonados causáron mas impresion en sus oidos que la combinacion de todos los acentos mas fúnebres y melancólicos que pudiera imaginarse.

— ¿Quien eres tú? le preguntó el gigante, procurando imprimir en sus asquerosas facciones cierta gravedad forzada que desconcertaba frecuentemente, como á pesar suyo, una accesion de risa sardónica.

— Martin Waldeck, el carbonero, respondió el atrevido jóven. Y vos, ¿quien sois?

— El dueño de las montañas y de las minas. ¿Y como has osado venir aquí á perturbar mis misterios?

— Vengo solamente á buscar lumbre para encender mi fragua.... Y preguntóle á su vez con osadía: — ¿Y cuales son los misterios que celebras aquí?

— Celebramos, respondió el demonio complaciente, la boda de Hermes con el dragon negro. Pero toma la lumbre que vienes á bus-

car, y vete. Ningun mortal puede vernos mucho tiempo sin perder la vida.

Martin clavó la punta de su estaca en un tizon bien encendido, y habiendole levantado no con poco trabajo, tomó el camino de su cabaña en medio de las carcajadas que se oyéron tres veces y cada una con mayor violencia, de modo que resonaron por todo el valle. Luego que llegó, su primera diligencia, á pesar de tener muy ocupado su entendimiento con lo que acababa de ver, fué colocar el tizon encendido en medio de la leña seca que tenia en su fragua; pero sin embargo de todos sus esfuerzos, y á pesar de un excelente fuelle de herrero, el tizon se apagó sin haber encendido ni una sola pajueta. Volvióse, y vió que la hoguera brillaba todavía en la colina, sin embargo de haberla abandonado al parecer las figuras que bailaban en torno. Imaginando entónces que el demonio habia querido jugarle aquella treta, entregóse á su audacia natural; y decidido á seguir el hilo de aquella aventura, volvió á la colina, y tomó otro tizon encendido, sin experimentar resistencia alguna, pero no fué mas feliz que la primera vez para encender la fragua. La impunidad aumentando en él la osadía, resolvió hacer tercera tentativa, y logró aun llegar á la colina á tiempo de tomar otro tronco encendido;

pero cuando se iba, oyó la misma voz que le habia hablado ya pronunciando las siguientes palabras: — ¡Ay de tí! si vuelves la cuarta vez.

Habiendo sido inútiles todos los esfuerzos que nuevamente hizo para encender la fragua, desistió de su empresa, y echandose en su cama de hojas, resolvió aguardar el dia para referir á sus hermanos cuanto le habia sucedido. La fatiga del cuerpo y la agitacion del espíritu contribuyéron á que se durmiese pronto, y solo le despertaron unos gritos extraordinarios de alegría y de sorpresa. Sus hermanos, al levantarse, admirados de encontrar apagado el fuego, sacaron la leña de la fragua para arreglarla mejor y encenderla mas fácilmente; pero ¡cual fué su admiracion al encontrar en medio tres enormes barras de metal! Como todos los habitantes de aquel canton son muy prácticos en mineralogía, conociéron al momento que era oro el mas puro.

Calmáronse un poco sus transportes cuando Martin les hubo enterado del modo como poseian aquel tesoro, pues lo que ellos mismos habian visto no les permitia dudar de la verdad de aquella aventura; pero no pudieron resistir á la tentacion de tomar parte en la buena fortuna de su hermano. Consideran-

dose entónces gefe de la familia, Martin Waldeck compró tierras y bosques, mandó edificar un castillo, obtuvo títulos de nobleza, y fué revestido de los mismos privilegios de que disfrutaban los mas nobles barones de las inmediaciones, con sumo disgusto de estos. Su valor, tanto en la guerra como en las contiendas particulares que tuvo que sostener, le puso á cubierto de los tiros de la envidia á que le espusieron su repentina elevacion y sus arrogantes pretensiones. Pero Martin Waldeck ofreció prontamente un nuevo ejemplo para probar cuan lejos estan los hombres de poder prever la influencia que ejercerá en ellos una inesperada prosperidad. Sus malas inclinaciones constreñidas por su pobreza se desarrollaron; la tentacion y los medios de ceder á ella las condujéron por el camino de la perdicion. Una pasion despertó á otra, la furia de la avaricia escitó la del orgullo, y esta llamó en su auxilio la opresion y la crueldad.

El genio de Martin Waldeck, siempre audaz y emprendedor, pero hecho mas duro é insolente por la prosperidad, no tardó mucho en atraerse el odio, no solo de la nobleza, sino tambien de las clases inferiores, que miraban con doble indignacion ejercidos sin remordimientos y con todo rigor por un hombre salido del polvo de la tierra, los derechos mas

opresivos del feudalismo. Su aventura, que procuraba con mucho cuidado no dejar traslucir, empezaba ya á ser conocida; y el clero trataba ya de brujo y de cómplice de los demonios al miserable que, habiendo obtenido un tesoro casi inagotable por tan extraordinarios medios, no habia consagrado una parte á la Iglesia para santificar el resto. Rodeado de enemigos públicos y privados, en contiendas continuas con todos sus vecinos, y amenazado de escomunion, Martin, ó por mejor decir el baron Von Waldeck, como le llamaban entónces, hubiera preferido mas de una vez los trabajos y los placeres de una pobreza que no despertaba la envidia. Pero el valor no le abandonó jamas, ántes al contrario se lo aumentaban al parecer los peligros mismos que se acumulaban en torno suyo. Un incidente imprevisto aceleró su caida.

El duque reinante de Brunswick publicó una proclama para convidar á un gran torneo á todos los nobles Alemanes de distinguida cuna. Martin Waldeck, cubierto de armas magníficas, acompañado de sus dos hermanos y seguido de una numerosa comitiva soberbiamente equipada, tuvo la insolencia de presentarse entre los caballeros reunidos, y de pedir entrar en lid. Mil voces gritáron al oír esto, que no debía tolerarse que un antiguo revol-

vedor de cenizas tomase parte en los juegos de la caballería. Irritado y furioso, Martin sacó la espada é hirió con ella al heraldo que, atendida la reclamacion universal, se oponia á que entrase en el palenque. Cien espadas se desenvaináron á un mismo tiempo para castigar una violencia que se consideraba en aquel tiempo como un crimen tan execrable como el sacrilegio ó el regicidio. Waldeck, despues de haberse defendido como un leon, fué presentado por fin ante los mariscales del torneo, juzgado en el mismo sitio, y condenado, en reparacion del atentado que habia cometido alterando la tranquilidad pública y ultrajando de hecho la sagrada persona de un heraldo, á perder la mano derecha, á ser degradado de los títulos de nobleza de que se le declaraba indigno, y á ser arrojado ignominiosamente de la ciudad. Cuando, despojado de sus armas, hubo sufrido la severa sentencia, fué abandonado al populacho, que siguió á aquella desgraciada víctima de la ambicion con grande griteria, llamandole mágico y opresor, y que, despues de haberle insultado con todo género de injurias, acabó por maltratarle por todos estilos. Su comitiva se habia dispersado huyendo. Sin embargo, sus dos hermanos lograron arrancarle de las manos de la canalla que se gozaba en atormentarle,

cuando despues de saciada la sed de la venganza, le vió sucumbir á los golpes y malos tratos, y caer desmayado por la pérdida de la sangre. La crueldad de sus enemigos fué á pesar de esto bastante ingeniosa para no permitir que le transportasen sino en un carro de carbon semejante al que guiaba él mismo en otro tiempo. Sus hermanos le colocáron en él sobre algunos manojos de paja, desconfiando de poder conducirle á algun lugar seguro ántes de que la muerte pusiese término á sus males.

Cuando los Waldecks viajando tan miserablemente llegóron á las inmediaciones de su pais natal, descubrióron de lejos, en un desfiladero situado entre dos montañas, alguna persona que avanzaba ácia ellos, y á quien tomáron al principio por un viejo. Pero á medida que se acercaba el desconocido, crecia su estatura, desaparecia la capa de sus hombros, y se convertia su bordon de peregrino en un pino arrancado con sus raices; el demonio agigantado de la selva de Hartz ofrecióse entónces á su vista y los llenó de terror. Cuando pasó por delante del carro donde se hallaba el desgraciado Waldeck, notóse en sus facciones la espresion del mas alto desprecio y de una malignidad satisfecha, y preguntó á Martin: — ¡Eh amigo! ¿como encuentras el fuego que han encendido mis ti-

ziones?..... La presencia de aquel ser horrendo dejó á los dos hermanos inmóviles de miedo, y reanimó por el contrario las fuerzas del moribundo. Incorporóse un poco, cerró la mano que le quedaba, y maldijo con ella al espíritu maligno. El demonio soltó, segun solia hacerlo, una carcajada sardónica, y desapareció, dejando á Waldeck postradísimo por aquel último esfuerzo de la naturaleza desfallecida.

Los hermanos sobresaltados en extremo se dirigieron entónces ácia las torres de un convento que se elevaban en un bosque de pinos que hallaron por el camino. Fuéron caritativamente recibidos por un capuchino descalzo y barbudo; Martin no vivió mas que el tiempo necesario para confesar sus pecados, lo que no habia hecho desde que dió principio su repentina prosperidad, y recibió la absolucion de aquel mismo sacerdote á quien habia contribuido á echar á pedradas de la aldea de Morgenbrodt, tres años atras día por día. Creyóse que aquellos tres años de una felicidad precaria tenian una relacion misteriosa con el número de caminos que Martin habia hecho á la colina donde brillaba la hoguera sobrenatural.

El cadáver de Martin Waldeck fué enterado en el convento donde espiró, y donde

sus hermanos, despues de haber tomado el hábito de aquella órden, viviéron y muriéron ocupados en obras de caridad. Sus tierras que nadie reclamó permaneciéron incultas, hasta que el emperador tomó posesion de ellas como de un feudo perteneciente á la corona; y las ruinas del castillo á que habia dado su nombre son temidas todavía por los minadores y leñadores que no se atreven á acercarse á ellas, por suponer que sirven de refugio á los espíritus malignos. Asi, pues, Martin Waldeck ofrece en su persona un ejemplo de los males inseparables de una riqueza mal adquirida, y de que se hace mal uso.



CAPITULO XIX.

- « Mi primito el capitan,
 » Imprudente y temerario,
 » Recibió muy malamente
 » A nuestro jóven soldado.
 » ¿ Y por que ha sido sabeis
 » Todo ese grande altercado?
 » Por nada, una boheria,
 » Como es un nombre y un grado.

(LA CONTIENDA.)

LOS circunstantes escucháron la leyenda con atencion, y diéron las gracias y el parabien á miss Wardour, como lo exigia la urbanidad. Solamente Oldbuck meneó la cabeza, y dijo que la ciencia de miss Wardour podia compararse á la de los alquimistas, pues habia sabido estraer una sana moral de un cuento ridiculo y absurdo. — Ya sé que es moda en el dia celebrar estas ficciones estravagantes, añadió; en cuanto á mí, tengo el corazon de un Inglés.

- « Asi puedo calcular
 » Que, aunque Pero Botero
 » Se escape de su caldero,
 » No me llegará á espantar.»

— Con fostro permiso, mon pon siñor

Oldenbuck, dijo el Aleman, miss Wardour afer pien ciertamente sacado pon oro de esta historia como de todo lo que toca. Ma la historia del demonio de Hartz con un gran arpol por paston, llefando una corona é una faja de hojas de rople, ser ferdadera, tan ferdadera como yo hompre de pien.

— ¡ Oh! con semejante garantía es preciso creerlo, dijo secamente el anticuario. Pero en este momento la llegada de un extranjero interrumpió la conversacion.

El extranjero era un lindo mozo de cosa de veinte y cinco años, en pequeño uniforme, elegante y marcial en su aire y su figura. Casi todos los presentes le conociéron al instante.

— Querido Hector, exclamó miss Mac-Intyre levantandose y presentandole la mano.

— Hector, hijo de Priamo, gritó el anticuario, ¿ de donde vienes ahora, sobrino mio?

— Del condado de Fife, tio, respondió el mozo. Y despues de haber saludado muy atentamente á toda la reunion, y particularmente á sir Arthur y á su hija: — Dirigiendome á Monkbarns para ver á vm., añadió, he sabido por un criado que le encontraria á vm. aquí con sir Arthur, y me he dado prisa en venir para tener el gusto de saludar al mismo tiempo á nuestros antiguos amigos.

— Y para conocer á uno nuevo, mi valiente

Troyano, dijo Oldbuck. Señor Lovel, he aquí mi sobrino el capitán Mac-Intyre. Hector, aquí te presento á mi amigo el señor Lovel, que espero lo será también tuyo.

El joven militar fijó sus penetrantes ojos en Lovel, y le saludó con mas reserva que franqueza. Lovel notandole cierta frialdad que degeneraba en desprecio, le correspondió al saludo con tanta indiferencia como orgullo. Así, pues, desde el primer instante que se vieron, cada uno formó del otro un concepto desventajoso.

Lo que Lovel observó durante el tiempo que duró todavía aquel paseo, no contribuyó por cierto á que celebrara mas la llegada del nuevo compañero. Mac-Intyre se dedicó á obsequiar á miss Wardour con toda la galantería propia de su edad y de su profesion, aprovechando todas las ocasiones posibles de tener por ella aquellas pequeñas atenciones que Lovel hubiera dado todo lo que tenia para prodigarle, lo que no se atrevia á hacer por temor de ser importuno. No pudo dejar de experimentar, por consiguiente, sentimientos tan pronto de desesperacion como de despecho, al ver que el joven y lindo capitán tomaba posesion de todos los privilegios de cortejo. Presentó á miss Wardour sus guantes, ayudó á ponerle el chal, y no se apartó un mo-

mento de ella en todo el paseo, separando del sendero todos los obstáculos que estorbaban el pasage, y ofreciendole el brazo cuando el camino era escarpado ó peligroso: hablaba únicamente con ella, y algunas veces tan bajo que no era fácil oír lo que decían. No ignoraba Lovel que todo aquel obsequio podía ser acaso el resultado de cierta galantería inspirada por el egoismo, que impele á los jóvenes del día á llamar la atención de la dama mas hermosa de una reunion, como si los demas no fuesen dignos siquiera de sus miradas; pero creia distinguir en los agasajos del capitán Mac-Intyre un cierto no sé que, que indicaba una predileccion particular, capaz de escitar los celos de un amante apasionado. Miss Wardour aceptaba sus obsequios, y aunque Lovel fuese bastante justo para conceder que no podia rehusarlos sin afectacion, sin embargo, el verse los admitir no dejaba de ser una herida cruel para su corazón.

El mal humor que le causaban estas reflexiones no era muy propio para hacerle tolerar el fastidio de las discusiones del anticuario que no le dejaba un instante, y escuchó con movimientos de impaciencia, que apenas podia disimular, una larga disertacion sobre todos los géneros de arquitectura claustral desde el tan macizo sajón hasta el gótico ele-

gante, y desde el gótico propiamente dicho hasta aquel estilo de arquitectura mista, adoptado bajo el reinado de Jacobo I, en cuya época, dijo el señor Oldbuck, todas las órdenes fuéron confundidas: eleváronse entónces columnas paralelas de toda especie, ó fuéron amontonadas unas sobre otras, como si se hubiese olvidado toda idea de simetría y perdido los verdaderos principios del arte en una nueva confusión de todas las reglas. — ¡Hay cosa mas cruel, exclamó con entusiasmo, que el espectáculo de los males de que uno ha de ser testigo por fuerza, sin tener facultad ni poder de remediarlos! — Lovel respondió á esta exclamacion con un suspiro involuntario. — Ya veo, mi jóven y querido amigo, continuó el anticuario, que su corazon de vm. siente lo propio que el mio, y que la vista de semejantes absurdos le hace sufrir tanto como á mí. ¿Los ha presenciado vm. alguna vez sin desear acelerar el fin de tan deshonoroso procedimiento?

— ¡Deshonoroso! repitió Lovel absorto enteramente en la idea que le ocupaba; ¿y en que?

— Quiero decir vergonzoso para sus autores, y para aquellos que deben presenciarlo.

— ¿Donde? ¿como?

— Por ejemplo en Oxford, donde un arquitecto ignorante y bárbaro tomó empeño en

reunir con un gasto terrible las cinco órdenes de arquitectura en la fachada del mismo edificio.

De este modo Oldbuck, sin sospechar que estaba atormentando á Lovel, le obligaba á concederle alguna atencion, del modo que un hábil pescador sujeta por medio de la caña los mas desesperados movimientos de su espirante víctima.

Volvian entónces al punto donde habian dejado los carruages, y no seria fácil decir cuantas veces, durante este corto tránsito, Lovel, incomodado de la infatigable charla de su digno compañero, dió interiormente al diablo de buena gana, ó á quien hubiese querido librarle del fastidio de oírle hablar mas, todos los órdenes ó los desórdenes de la arquitectura, inventados y combinados desde la construccion del templo de Salomon hasta nuestros dias. Sin embargo, un ligero accidente le hizo tomar un poco de paciencia, y calmó un tanto su disgusto.

Miss Wardour y el jóven militar que se habia constituido su chichisveo, precedian de algunos pasos á los demas de la compañía por el estrecho sendero que seguian entónces. Isabel, deseando probablemente reunirse con los demas, y acaso no andar por mas tiempo mano á mano con el capitán, hizo alto, y

aguardó que llegase el señor Oldbuck. — Quisiera preguntar á vm., le dijo, de que época datan estas interesantes ruinas.

Hicierase agravio al criterio y discernimiento de miss Wardour, suponiendo que ignoraba que semejante pregunta debía producir una respuesta un poco larga.

El anticuario en brasas, como un fogoso caballo de guerra al oír el sonido del clarín, se echó repentinamente en medio de los argumentos en favor y en contra de la fecha de 1272, que una obra reciente sobre las antigüedades arquitectónicas de Escocia designaba por la de la construcción del priorato de San Ruth. Espetóle el nombre de toda la cáfila de priores que sucesivamente dirigieron aquel establecimiento religioso, el de los nobles que le habían enriquecido con sus donativos, el de los reyes que recibieron los fúnebres honores en aquella iglesia destruida y arruinada en el día. Como una pajuela que se enciende no deja de comunicar el fuego á la que tiene al lado, el baronet, oyendo que Oldbuck pronunciaba el nombre de uno de sus ascendientes, entró de rondon en el detalle de las guerras que había sostenido, de las victorias que había ganado, de los laureles de que se había cubierto, en tanto que el doctor Blattergowl, tratándose de una concesion

de tierras, *cum decimis inclusis tam vicariis quàm garbalibus et nunquàm antea separatis*, emprendió una larga esplicacion acerca de la interpretacion dada á esta cláusula por el tribunal de diezmos en un pleito que siguió poco tiempo ántes para aumentar la renta de su curato. Los tres contrincantes, parecidos á caballos corredores, se esforzaban para llegar cada uno al término que se proponia, sin mirar si impedía ó no el paso á sus competidores. El señor Oldbuck arengaba, sir Arthur declamaba, el ministro predicaba, y el todo ofrecia una estravagante mezcla del bárbaro latin de las concesiones feudales con la gerigonza del arte heráldico, y el lenguaje todavía mas arlequinado de que usaba el tribunal de diezmos de Escocia (1).

— Era, exclamó Oldbuck hablando del prior Adhemar, un prelado verdaderamente ejemplar, y segun la rigidez de sus costumbres, la severidad de las penitencias que se imponia, la caridad de que daba continuas prue-

(1) *The tiends court*. El tribunal de diezmos, aunque formado de jueces del de sesiones, ha ejercido siempre una jurisdiccion distinta. Se reúne dos veces al mes; sus atribuciones son determinar la aplicacion de los diezmos, la renta de los ministros, la division de una parroquia en dos, la construcción de las iglesias, etc.

bas, las enfermedades propias de su edad avanzada y de su vida ascética.....

Un ataque de tos que le interrumpió en aquel momento, permitió oír mas distintamente lo que decia sir Arthur de sus antepasados. — Llamabanle por sobrenombre el *Infierno armado*; su escudo era fondo gules, atravesado por una banda negra que nosotros hemos quitado mucho tiempo hace; pereció en la batalla de Verneuil en Francia, despues de haber muerto seis Ingleses con su propia mano.

— Dado el decreto de certificacion, dijo el ministro con tono lento, solemne y sostenido, que, aunque sufocado al principio por los gritos de los oradores mas vehementes, prometiale por mas adelante una ventaja sobre ellos: dado el decreto de certificacion, consideradas las partes como convictas por sus propias confesiones, parecia ser la prueba sumamente clara, cuando el abogado de la parte contraria pidió que se oyesen testigos para probar que los campos en que solia llevarse á pacer el ganado estaban libres de diezmos, lo que no era mas que un efugio; pues....

Pero aquí habiendo ya pasado á Oldbuck su ataque de tos, y cobrado aliento el baronet, empezáron á hablar juntos; y los tres hilos de la conversacion, para valernos del idioma de

los tejedores, se mezcláron de modo que ya no pudiéron distinguirse.

Sin embargo, por poco interesante que fuese aquella algarabía, era evidente que miss Wardour la preferia á tener que ofrecer al capitán Mac-Intyre ocasion de entablar con ella una nueva conversacion particular. El capitán, despues de haber aguardado algun tiempo con un descontento que su orgullo no le permitia ocultar enteramente, la dejó entregarse libremente á su mal gusto, y tomando á su hermana por el brazo, dejó pasar á los otros, y se quedó un poco atras con ella.

— Encuentro, Mariquita, que vuestro trato, desde que os dejé, no es mas animado ni menos docto.

— Necesitábamos tu paciencia y tu cordura, Hector, para instruirnos.

— Gracias, hermana; pero me parece que la persona que habeis agregado á vuestra compañía le ha hecho ganar sino mas vivacidad, á lo menos mas cordura de la que habia perdido con la ausencia de tu indigno hermano. ¿ Quien es ese jóven Lovel, tan favorecido y obsequiado de nuestro tío, y que recibe sin embargo con tanta seriedad y afectacion á los estrangeros? ®

— El señor Lovel, hermano mio, es un jóven como debe ser.

— Sin duda, es decir que saluda al entrar en un salon, y que no lleva la casaca rota.

— Sus modales y sus razonamientos prueban que ha tenido escelente educacion, y que pertenece á una clase distinguida en la sociedad.

— Pero yo deseo saber cual es su oficio ó su empleo, de quien es hijo, cuales son sus derechos para presentarse en compañía de las personas que le honran y obsequian.

— Si quieres saber por que viene á Monk-barns, preguntaselo á mi tio que te responderá seguramente que es dueño de convidar á quien le da la gana; y si te diriges á sir Arthur, sabrás que ese jóven ha hecho tanto á él como á su hija el mas señalado servicio.

— ¡ Como! ¿ con que es cierta esta novela que me han contado? Pero dime, hermana, ¿ el valiente caballero aspira, como es estilo en semejantes casos, á la mano de la hermosa de quien ha sido el libertador? Esto es muy natural en las novelas, y tal vez por este motivo he encontrado tan fria y seca la conversacion de miss Wardour miéntras la acompañaba, y he notado que volvia la cabeza de cuando en cuando, temiendo sin duda incomodar á su galan caballero.

— Querido Hector, si das pábulo todavía á tu amorosa pasion por miss Wardour.....

— ¡ Si doy pábulo, Mariquita! ¿ y por que este condicional?

— Confieso que miro como inútil tu perseverancia.

— ¿ Por que motivo? Miss Wardour, hermana mia, en la situacion en que se encuentran los asuntos de su padre, no puede aspirar á un gran matrimonio; y en cuanto á la familia, me vanaglorio de que la de Mac-Intyre no es inferior á la suya.

— Pero piensa, Hector, que sir Arthur nos considera como de la familia de Monk-barns.

— Sir Arthur puede pensar lo que le dé la gana; pero todo el que tenga una pizca de discernimiento convendrá en que la clase de la muger se arregla por la del marido, y que mi genealogía paterna, que cuenta quince grados sin el menor borron, debe de haber ennoblecido á mi madre, aun cuando no corriese por sus venas mas que tinta y negro de imprenta.

— Por amor de Dios, Hector, cuidado con lo que dices; una espresion semejante referida á mi tio por algun indiscreto ó por alguna persona interesada en perjudicarte, te haria perder su gracia, quitandote toda esperanza de la herencia de sus bienes.

— ¡ Y que me importa eso? Ejerzo una

profesion de que el mundo no se puede pasar, y que le será aun mas necesaria que nunca durante medio siglo. Mi buen tio puede, pues, si bien le parece, atar su dominio y su nombre plebeyo con las cintas de tu delantal, y tú casarte si quieres con su nuevo favorito, llevando juntos una vida pacífica, tranquila y regular en gracia de Dios. En cuanto á mí, mi partido está tomado, jamas haré la corte á nadie para obtener una herencia que debe pertenecerme por derecho de nacimiento.

Miss Mac-Intyre apoyó la mano en el brazo de su hermano, y le rogó que hablase con menos vehemencia. — ¿Quien te perjudica, quien pretende perjudicarte, le dijo, sino tu propio genio impetuoso? ¿Que peligros tienes que arrostrar, sino los mismos que tú amontonas sobre tu cabeza? Nuestro tio se ha portado hasta aquí con nosotros con una bondad verdaderamente paternal; ¿por que suponer que obrará diferentemente de lo que ha hecho desde que la pérdida de nuestros padres nos puso bajo su proteccion y amparo?

— Es un excelente viejo, lo confieso, respondió Mac-Intyre, y me incomodo conmigo mismo si alguna vez llevo á ofenderle; pero sus eternas arengas sobre puntos que no valen un grano de anís, y sus interminables

disertaciones sobre vasos y cazuelas rotas, me sacan frecuentemente de mis casillas. Debo confesarlo, siento en mí alguna cosa del carácter de Hostpur.

— Demasiado, hermano mio, demasiado. ¡Cuantos riesgos no te ha hecho correr ya ese genio violento que tienes, y alguna vez, permite que te lo diga, en lances que no te hacen mucho honor! Procura que tales sombras no vengan á encapotar el tiempo que tienes que pasar con nosotros, y muéstrate á nuestro bienhechor tal como eres, bueno, generoso, vivo, pero no fogoso ni testarudo.

— ¡Bravo! primera leccion. Buenos modales, esta será mi consigna; y para empezar, trataré con civilidad á tu nuevo amigo. Voy á decir algo á ese señor Lovel.

Con esta resolucion, sincera en aquel momento, se reunió con el resto de la compañía. La triple disertacion habia dado fin, y sir Arthur hablaba de noticias estrangeras y de la situacion política y militar del país, sobre cuyos puntos todo el mundo se cree en estado de meter su cucharada. Habiendose sacado en campaña una batalla del año anterior, Lovel tomando parte en la conversacion dió algunos detalles cuya exactitud pareció dudosa al capitan Mac-Intyre, que se lo observó aunque con atencion.

— En esta parte debes confesar que no tienes razon, Hector, dijo el señor Oldbuck, por mas que no conozca á nadie á quien sea mas difícil arrancar semejante confesion. Tú te hallabas entónces en Inglaterra, y el señor Lovel estaba probablemente en el lugar de la escena.

— Segun eso, ¿estoy hablando con un militar? dijo Mac-Intyre; ¿puedo saber á que regimiento pertenecia el señor Lovel?

— Lovel le indicó el número del regimiento.

— Es muy estraño que no nos hayamos encontrado nunca, señor Lovel. Conozco perfectamente su regimiento de vm., pues era de la misma division que el mio.

El rostro de Lovel se cubrió de encarnado por un instante. — Hace algun tiempo que no he estado en mi regimiento, respondió, he servido en la última campaña, en el estado mayor del general sir....

— Pues mas estraño es esto todavía. Yo no he servido bajo las órdenes del general sir.... pero he conocido todos los nombres de los oficiales de su estado mayor, y no tengo presente haber visto entre ellos el de Lovel.

Esta observacion sonrojó de nuevo á Lovel; pero esta vez el encarnado de sus mejillas fué bastante marcado y duradero para llamar la atencion de toda la compañía, en tanto que

una sonrisa de desprecio parecia indicar el triunfo del capitan Mac-Intyre.

— Algun misterio hay en esto, dijo Oldbuck para sí, pero no abandonaré tan fácilmente al fenix de los compañeros de diligencia. Sus acciones, sus discursos, sus modales, todo anuncia en él un hombre bien nacido.

Entretanto Lovel, abriendo su cartera, tomó una carta que sacó de su envuelta, y presentandola á Mac-Intyre: — Vm. conocerá probablemente, le dijo, la letra del general.... acaso no debiera enseñar á nadie las exageradas espresiones de su estimacion y de su amistad por mí. — Aquella carta contenia la accion de gracias y repetidos elogios por un servicio militar recientemente ejecutado. El capitan, despues de haberla examinado, no pudo negar que fuese la letra del general.

— Pero, añadió con sequedad al volversela, no hay aquí el nombre de la persona á quien va dirigida.

— Esta persona, capitan, respondió Lovel con el mismo tono, la conocerá vm. cuando tenga la bondad de preguntarmelo á solas.

— Lo que por cierto no dejaré de hacer, replicó Mac-Intyre.

— ¡Holá! ¡holá! exclamó Oldbuck, ¿que significa esto? ¿ya anda el diablo en cantillana? No queremos aquí bravatas ni bala-

dronadas. ¿Vuelves acaso de hacer la guerra al extranjero para introducir la discordia en nuestro país pacífico? ¿Eres acaso como los jóvenes mastines que, cuando se ha arrancado el pobre toro de su furor, se embisten unos á otros, y muerden las piernas á la gente que pasa?

Sir Arthur dijo que se prometía que aquellos señores no llegarían al extremo de incomodarse por una friolera tal como era la dirección de una carta.

Ambos aseguraron que estaban muy distantes de ello, y juraron, encendido el rostro y los ojos echando chispas, que en toda su vida no habían estado mas tranquilos. Sin embargo, una espesa nube pareció envolver á toda la compañía, y todos hablaron con demasiada seriedad para que fuese alegre y jovial la conversacion. Lovel, por las miradas que le echaban á hurtadillas, y por la frialdad con que le respondían, conoció que se había hecho sospechoso á parte de la reunion; y persuadido de que sus respuestas á las preguntas del capitán le habrían colocado en un punto de vista poco favorable, tomó la heroica resolución de sacrificar el placer que había pensado disfrutar pasando el día en Knockwinnock.

Aparentó pues dolerse de un violento dolor

de cabeza ocasionado por el calor del sol, despues de tanto tiempo como tuvo que estar en casa á causa de su indisposicion, y rogó á sir Arthur que se sirviese disimular si le era imposible cumplir su ofrecimiento. El baronet, mas sospechoso que agradecido, no insistió sino hasta donde exigía la urbanidad. Cuando se hubo despedido de las señoras, Lovel notó en miss Wardour mayor agitacion de la que había mostrado hasta entónces. Indicó con una mirada que echó al capitán, y que solo observó Lovel, cual era la causa de su inquietud, y dijo á este último bastante conmovida, que no presumía que fuese otro empeño menos agradable el que la privase del placer de su compañía. Lovel respondió que no había contraído ningun empeño, y que solo la repetición del mal de que adolecía le obligaba á retirarse.

— El mejor remedio en semejantes casos es la prudencia, y yo.... como todos los amigos del señor Lovel, debemos esperar que no la perderá de vista.

Lovel la saludó sonroseandose, y miss Wardour, como si hubiese conocido que se adelantó demasiado, volvió las espaldas y subió al coche. Ya no le quedaba á Lovel mas que despedirse del anticuario á quien Caxon durante este corto intervalo había compuesto un

poco la peluca desordenada, y cepillado la cascaca que no respetó el polvo en medio de las ruinas. — ¡ Como! exclamó Oldbuck, apuesto á que va vm. á dejarnos á causa de la curiosidad indiscreta y de la violencia de ese loco de Hector. Es un imprudente, un malcriado; estaba todavía en brazos de su ama de leche, cuando me echó su chupador á la cabeza, porque no quise darle un pedazo de azúcar. Vm. tiene demasiado juicio para hacer caso de lo que diga ese cabeza de chorlito. Acuértese vm. de nuestro amigo Horacio: *æquam servare mentem* (1). Yo me encargo de echar una buena peluca á Hector, y de llamarle al órden.

Persistiendo Lovel en su designio de volver á Fairport, el anticuario tomó un tono mas grave. — ¡ O jóven! le dijo, cuidado en abandonarse á la fogosidad del momento; recibimos la vida de la Providencia por un objeto útil y laudable, y vm. debe conservarla para honor de la literatura de su patria, cuando no sea vm. llamado á esponerla para su defensa ó la del oprimido. La guerra de hombre á hombre era una práctica desconocida en los antiguos pueblos civilizados, y es de todos los absurdos introducidos por las tribus gó-

(1) Conservar la igualdad de ánimo.

licas el mas grosero, el mas bárbaro, el mas impío. No piense vm. mas en esta contienda ridícula; yo le enseñaré á vm. el tratado que componia sobre el desafío, cuando el alcalde y el escribano de la ciudad, queriendo darse tono y pasar por caballeros, se desafiaron. Mi designio era imprimir aquel ensayo que firmé *Pacificator*; pero fué inútil, porque el ayuntamiento tomó á su cargo arreglar la cosa.

— Yo le aseguro á vm., caballero mio, que nada ha pasado entre el capitán Mac-Intyre y yo que necesite de tan respetable intervencion....

— Lo celebro infinito, porque de otro modo yo les serviria de padrino á los dos.

Diciendo esto, el anticuario subió á la silla de posta, cerca de la cual miss Mac-Intyre detenia á su hermano, semejante al amo de un perro arisco, que le sujeta con la cuerda para que no atropelle á nadie. Pero Hector se burló bien de esta prudente providencia. Como iba á caballo, se quedó detras de los coches, hasta que llegaron á un recodo que hacia el camino para dirigirse á Knockwinnock; y entónces dando vuelta y picando la espuela, tomó á galope largo el camino de Fairport.

Pocos minutos le bastaron para alcanzar á Lovel, que previendo acaso la idea del capitán

marchaba muy despacito. El ruido de un caballo que venia á todo escape, le anunció la llegada de Mac-Intyre. Este jóven militar, naturalmente fogoso y acalorado por la rapidez de su carrera, paróse de un modo brusco al lado de Lovel, y tocandole ligeramente el sombrero con la mano, le preguntó con orgullo:

— ¿Cual era la intencion de vm., caballero, al decirme que conoceria la persona de la carta cuando se lo preguntase á solas?

— Unicamente, caballero, la de hacerle saber que me llamo Lovel, y que habito en la actualidad en Fairport, segun indica esta tarjeta.

— ¿Y estos son todos los informes que tiene vm. que darme?

— No sé que derecho asiste á vm. para pedirme otra esplicacion.

— Habiendole hallado en compañía de mi hermana, caballero, tengo derecho de saber quien es vm.

— Este derecho yo me tomo la libertad de disputarselo. Me ha hallado vm. en compañía de personas que se han contentado de lo que yo he tenido por conveniente decirles sobre mis negocios, y un hombre recién llegado, que considero como un estrangero, no puede ni debe preguntarme otra cosa.

— Señor Lovel, si ha servido vm., como dice.....

— ¡Si he servido, como digo!....

— Sí, señor, tal es mi espresion. Si ha servido vm. como dice, no ignorará vm. que me debe una satisfaccion de un modo ú otro.

— Si piensa vm. así, capitán, estoy muy pronto á darsela del modo que suelen hacerlo los hombres de honor.

— Muy bien, caballero, estamos entendidos, dijo Hector; y dando media vuelta á la derecha, se fué corriendo á reunirse con los demas.

Su ausencia se habia ya notado, llenando á todos de sobresalto. Su hermana mandó parar la silla de posta, y miraba por la portezuela para ver si le descubria en alguna parte.

— ¿Que viene á ser esto? preguntó el anticuario al capitán. ¿Por que galopar de este modo á derecha é izquierda, como si se tratase de una apuesta?... ¿Por que se ha separado vm. de los coches?

— Habia olvidado un guante, tío, respondió Hector.

— ¡Olvidado! mas pronto me temo que no hayas ido á tirarle; pero yo te atisbaré de cerca, ¡cabeza destornillada! y te obligaré á volver conmigo esta noche á Monkbarns. Diciendo esto, dió orden al postillon de pasar adelante.

CAPITULO XX.

- « Si sois un hombre de honor,
 » A las armas renunciad ;
 » Sobre todo abandonad
 » Tan intempestivo amor.
 » Así el laurel siempre verde,
 » Del trueno al ronco estallido,
 » Vé por el suelo esparcido
 » Su follage..... »

(LA CONTIENDA.)

LA mañana siguiente muy temprano se presentó un militar en casa del señor Lovel, que estaba ya levantado, y le mandó entrar inmediatamente. Era un amigo de Mac-Intyre, un oficial encargado de reclutar en Fairport, algo conocido de Lovel.

— Me figuro, caballero, le dijo el capitán Lesley, que adivina vm. el motivo de una visita que me obliga á incomodar á vm. tan de mañana.

— Algun mensaje del capitán Mac-Intyre, sin duda.

— Eso mismo. Dicese ofendido de la negativa de vm. en responder ayer á ciertas pre-

guntas que creía tener el derecho de hacer á un hombre admitido en el seno de su familia.

— Hableme vm. con franqueza, señor Lesley, ¿ estaría vm. dispuesto á responder á un interrogatorio á que se le sujetase con tan pocas ceremonias y un tono tan orgulloso?

— Puede que no; y este es el motivo por que conociendo el carácter de mi amigo Mac-Intyre en tales ocasiones, deseo de veras desempeñar el papel de pacificador. Atendidos los distinguidos modales del señor Lovel, todos le suplicamos que se digne disipar las dudas calumniosas inseparables del individuo cuya representacion no es bastantemente conocida en el mundo. Si gusta vm. por via de conciliacion ponerme en estado de poder participar al capitán Mac-Intyre su verdadero nombre, pues todos estamos persuadidos de que el de Lovel es supuesto....

— Perdone vm., caballero, no puedo admitir esta suposicion.

— O á lo menos, continuó Lesley, que no es el mismo por el cual ha sido conocido siempre el señor Lovel. Si quiere tener la bondad de esplicar esta circunstancia, lo que debe hacer, á mi modo de pensar, por atencion á sí mismo, estoy cierto de que este desagradable asunto se arreglará amistosamente.

— Es decir, señor Lesley, que si yo me

sujeto á responder á las preguntas que nadie tiene derecho de hacerme, y á las cuales se me fuerza á responder bajo pena de quedar espuesto á todo el furor del capitan Mac-Intyre, este digno militar tendrá la bondad de darse por satisfecho. Señor Lesley, voy á contestar á vm. muy laconicamente sobre este punto. No dudo que mi secreto, si acaso tuviese alguno, podria ser confiado al honor de vm. sin ningun peligro, pero no me siento dispuesto á satisfacer la curiosidad de nadie. El capitan me ha encontrado en una reunion que debia bastar para desterrar del ánimo de todos y especialmente del suyo cualquier género de duda sobre mi honradez. A mi entender, no le asiste ningun derecho de preguntar cual es la clase, el estado y la nobleza de un estrangero que, sin pretender tener ninguna relacion con él, se encuentra por casualidad convidado á comer con su tio, ó se pasea en compañía de su hermana.

— En este caso, señor Lovel, el capitan Mac-Intyre pide que suspenda vm. toda visita á Monkbarns y toda relacion con su hermana, porque la presencia de vm. en el seno de su familia le es sumamente desagradable.

— En cuanto á esto, señor Lesley, iré á ver al señor Oldbuck siempre que me parecerá bien, sin hacer caso de las amenazas de su sobrino,

ni de cuanto pueda decir ó pensar. Por lo que hace á miss Mac-Intyre, por pocas é insignificantes que sean mis relaciones con ella, la respeto demasiado para permitir que su nombre se encuentre mezclado en esta contienda.

— Siendo tal la respuesta de vm., el capitan Mac-Intyre exige del señor Lovel, si no quiere pasar por un hombre de reputacion incierta, que asista esta tarde á las siete al vallecito que se encuentra cerca de las ruinas de San Ruth, en el punto donde se halla una ojicanta.

— No dejaré de asistir, solo encuentro una dificultad. Como es preciso que vaya acompañado de un amigo, no sabré donde encontrarle en tan poco tiempo, puesto que no conozco á nadie en Fairport; pero, sea lo que fuere, puede vm. asegurar al capitan que no faltaré á la cita.

Lesley habia tomado su sombrero y se hallaba ya á la puerta del aposento, cuando haciendole impresion la dificultad que alegó Lovel, volvió atras repentinamente.

— Señor Lovel, le dijo, encuentro en todo esto cierta rareza tan extraordinaria, que no puedo menos de hacerle aun algunas observaciones. Vm. mismo debe conocer los inconvenientes que resultan en este momento del

incógnito que quiere vm. guardar, para lo cual estoy persuadido de que no existe razon alguna que pueda ruborizar á vm. Este arcano aumenta, sin embargo, la dificultad que experimentaré vm. en hallar á un amigo en tan delicada crisis. Permitame vm. añadir que aun mucha gente tendrá á Mac-Intyre por un Quijote, y le reprochará haber empeñado una contienda con un jóven cuyo nombre y calidad se hallan envueltos en las sombras del misterio.

— Comprendo á vm., señor Lesley; su observacion es severa, pero no me ofendo de ella porque conozco ha sido dictada por una buena intencion; con todo, permitame vm. responderle que á mi entender se tiene derecho á todos los privilegios de un hombre de honor y bien nacido, cuando en todo el tiempo que se ha frecuentado una casa no se ha merecido la mas ligera reconvencion. En cuanto al padrino que necesito, me lisonjeo de que hallaré alguno que quiera aceptar este encargo; y si no tiene tanta esperiencia como yo podria desear, estoy persuadido de que no me perjudicará esta circunstancia, puesto que será vm. el padrino de mi adversario.

— Asi lo espero, señor Lovel; pero yo debo desear por mí mismo dividir el peso de mi responsabilidad con un hombre inteligente en

esta clase de negocios. Permitame vm. insinuarle que el bergantin del teniente Taffril está en la rada, y que para él mismo en casa del viejo Caxon, donde le hallará vm. Creo que vm. le conoce á corta diferencia como nos conocemos nosotros; y asi como yo no hubiera puesto la menor dificultad en servir á vm. de padrino, si me lo hubiese pedido, y á no tener que serlo por su antagonista, estoy persuadido de que él no se negará á acompañarle.

— Pues bien, señor Lesley, hasta esta tarde á las siete, en el vallecito de San Ruth. Pienso que las armas serán un par de pistolas.

— Como vm. guste. Mac-Intyre ha escogido la hora en que le será mas fácil escaparse de Monkbarns. Ha venido á mi casa esta mañana á las cinco, á fin de poder estar de regreso cuando se levantara su tio. Páselo vm. bien, señor Lovel.... Y Lesley se retiró.

Lovel era tan valiente como el primero; pero nadie puede ver sin alguna inquietud acercarse el momento de semejante lance. Dentro de pocas horas podria pasar á otro mundo, donde tendria que dar cuenta de una accion calificada de criminal por su misma religion, ó bien verse obligado á errar en este como Cain, teñida la mano con sangre de su hermano. Con una sola palabra hubiera podido librarse de tan dura alternativa; pero el

orgullo le representaba que pronunciar esta palabra en aquel momento, era dar lugar á sospechas mas humillantes que las que produjera su silencio.

— Todos entónces, decia para sí, inclusa miss Wardour, me tendrian por un cobarde que hubiera concedido al temor de un desafío lo que negara á las insinuaciones pacíficas y corteses de Lesley. El modo insolente con que Mac-Intyre se ha portado conmigo, la injusticia, la arrogancia, la incivilidad que ha mostrado sujetando á un interrogatorio á un hombre á quien no conocia, el tono de pretendiente de que hacia alarde con miss Wardour, todo me priva de responder á unas preguntas hechas con tanta grosería.... Tomó, pues, la resolucíon que debia esperarse de un jóven, es decir, cerrar los oidos á los consejos de la razon, y seguir los del orgullo ofendido. Con esta idea se dirigió á la morada del teniente Taffril.

El teniente le recibió con la urbanidad de un hombre de mundo y la franqueza de un marino, y escuchó con alguna sorpresa el detalle que precedió la súplica que le hizo Lovel de que fuese su padrino en el duelo que iba á tener con el capitan Mac-Intyre. Levantóse entónces, y paseóse dos ó tres veces arriba y abajo del aposento.

— Es cosa muy singular, dijo, y realmente....

— Ya sé, señor Taffril, que tal vez soy imprudente en hacer á vm. semejante demanda; pero la urgencia es tal que no tengo otra alternativa.

— Permitame vm. que le haga una pregunta. Entre los motivos que determinan á vm. á ocultar su nombre, ¿hay alguno de que deba ruborizarse?

— No, señor; y me lisonjeo de que dentro de poco este misterio dejará de serlo.

— Juzgo que no lo producirá la falsa vergüenza que podria ocasionar á vm. un nacimiento humilde y oscuro.

— No, por mi honor.

— Es que no tendria yo mucha indulgencia por una debilidad de que me siento despojado enteramente; pues, si se trata de mi familia, puedo decir que he nacido bajo el mástil de un navío, y cuento dentro de poco, á despecho del que dirán, casarme con una muchacha de nacimiento oscuro, pero tan amable como virtuosa, á la que me aficioné cuando vivíamos pared enmedio, en un tiempo en que estaba muy lejos de pensar en el dichoso lance que me valió el grado que ahora tengo.

— Yo le aseguro á vm., señor Taffril, que cualquiera que fuese la condicion de mis pa-

dres, jamas la negaria por un falso orgullo; pero me hallo en este momento en circunstancias tales que me impiden entrar en detalle alguno acerca de mi familia.

— Esto basta, dijo el honrado marino. Déme vm. la mano, yo le apadrinaré á vm. en este negocio lo mejor que sepa, por mas que en el fondo no sea muy agradable; pero ¿que importa? despues de la patria, nuestro honor es lo primero. Es vm. un guapo muchacho, y confieso que á Hector Mac-Intyre, con toda su genealogía y su orgullo de familia, le tengo por un insolente. Su padre era un soldado de fortuna, como yo en mi clase. El mismo no está mucho mas adelantado, sin embargo de lo que su tio le protege; y á mí me parece que hacer carrera por tierra ó por mar, todo viene á ser lo mismo.

— ¿Quien lo duda?

— Pues bien, comerémos juntos, y luego irémos á la cita. Pienso que entenderá vm. el manejo de la pistola....

— No puedo vanagloriarme de ser muy diestro.

— Mucho lo siento: se dice que Mac-Intyre es uno de los mejores tiradores.

— Mucho lo siento tambien, tanto por él como por mí mismo; pero como me veré obligado á defenderme, apuntarélo mejor que sepa.

— Me traeré conmigo al cirujano de mi bergantin, jóven de todas prendas. Nadie sabe tapar mejor un ojal, por ancho que sea. Diré á Lesley, que es un buen muchacho por un oficial de tierra, que le traigo para socorrer á cualquiera de los dos que lo necesite. ¿Hay algo que pueda hacer por vm. en caso de siniestro?

— No le ocuparé á vm. mucho, respondió Lovel; este papel contiene la llave de mi cartera. Allí encontrará vm. mi secreto, y una carta, añadió sofocando un suspiro, que se servirá vm. poner en manos de la persona á quien va dirigida.

— Bueno, dijo el marino, pero no hay que ruborizarse por esto. Un tierno sentimiento puede humedecer un instante los ojos cuando se prepara el buque para un combate; á mas de que, cuente vm. conmigo, Taffril se arreglará á las instrucciones de vm. como si fuesen la última súplica de un hermano moribundo; pero estas son bagatelas que no valen la pena de entretenerse tanto en ellas. Para prepararnos á la lid, vendrá vm. á comer con mi cirujano y conmigo á las *Armas de Græme*, á las cuatro en punto; estan al otro lado de la calle.

— Acordes, dijo Lovel.

— Acordes, repitió Taffril; y la cosa quedó arreglada de este modo.

Hacia una hermosa tarde de verano, y la sombra de la ojicanta solitaria empezaba á ocupar mayor espacio en el verde tapiz del vallecito rodeado del bosque en cuyo centro se hallan las ruinas de San Ruth.

Lovel, el teniente Taffril y el jóven cirujano llegaban á este punto con un designio que no guardaba gran armonía con el aspecto pacífico y grato de la naturaleza. Los carneros que durante el calor del dia se habian retirado á las cavidades de las rocas y á los huecos formados por las raices de los árboles, empezaban á derramarse por la montaña, y notabase en sus balidos continuados aquel sonido monótono y melancólico que, en vez de animar un paisaje, hace por el contrario resaltar su soledad. Taffril y Lovel hablaban andando con alguna exaltacion, y habian mandado al criado del teniente que se volviese con los caballos á la ciudad, por temor de ser descubiertos. Mac-Intyre y su padrino no habian llegado aun; pero al acercarse al sitio señalado, viéron sentados en las raices de un viejo roble á un hombre de una vejez tan verde como la del árbol cuyas ramas le servian de abrigo; era Edie Ochiltree.

— ¡Que incomodidad! dijo Lovel: ¿como libertarnos ahora de ese viejo mendigo?

— Padre Edie, le dijo Taffril que le conocia

mucho tiempo habia, aquí va media corona para vos; pero es preciso que vayais inmediatamente á las *Cuatro Herraduras*, la pequeña posada que se halla en el camino: ¿la conocéis, supongo? Preguntaréis por un criado de librea amarilla y azul; y, si no está, le aguardaréis. Cuando llegue, le diréis que con su amo estaremos allí dentro de una hora; pero de todos modos permaneced hasta que nosotros lleguemos, acaso podríamos necesitaros para otra cosa. Despachad, amigo, levantad el ánora.

— Dios le pague á vm. su limosna, señor Taffril, respondió Edie metiendose la pieza de plata en la faltriquera; pero perdone vm. si no desempeño inmediatamente su comision.

— ¿Y por que? ¿quien os lo impide?

— Debo decir una palabra á solas al señor Lovel.

— ¡A mí!.... ¿que se os ofrece? vamos, sed lacónico.

El mendigo le llamó aparte separandole algunos pasos. — Digame vm., ¿debe vm. algo al laird de Monkbarns?

— ¡Yo! no; pero ¿á que viene esta pregunta?

— Sabrá vm. que he estado hoy en casa del jerife, pues, gracias á Dios, se me halla en

todas partes como una alma en pena; y ¿á quien dirá vm. que he visto llegar allá con grande aparato en una silla de posta muy acalorado? nada menos que al mismo laird de Monkbarns. ¿Y cree vm. que por nada toma su señoría una silla de posta dos días consecutivos?

— Pero bien, ¿que tengo yo que ver en esto?

— Un instante de paciencia, y va vm. á saberlo. Monkbarns se encerró con el jerife en su gabinete, por mas que hubiese otras personas llegadas ántes que él; pero vm. sabe que á los pobres les toca siempre aguardar, y que la gente de importancia son muy cortesés entre sí.

— Por amor de Dios, mi buen amigo....

— ¿Por que no me manda vm. al diablo sin cumplimientos, señor Lovel? esto valdria mas que hablar de Dios con tono impaciente.

— Pero tengo un negocio urgente que tratar con el señor Taffril.

— Pues bien, cada cosa en su tiempo y lugar. Ya puedo tomarme un poco de libertad con el teniente. Me acuerdo de haberle hecho mas de un trompo y un arco, cuando trabajaba el cobre y la madera.

— O vos habeis perdido la cabeza, Edie, ó quereis que yo me vuelva loco.

— Ni uno, ni otro, respondió Ochiltrie

dejando el acento lento y prolongado de un mendigo para tomar un tono vivo y decidido. El jerife ha mandado venir á su secretario, y como este es algo largo de lengua, he sabido por él que habia estendido una órden para ponerle á vm. preso. He pensado desde luego que se trataba de alguna deuda, porque todo el mundo sabe que el laird de Monkbarns es algo apretado de puños; pero conozco que he hecho un juicio temerario, porque veo llegar á ese tronera de Mac-Intyre y al señor Lesley, y pienso que Monkbarns llevaba buenas intenciones, al paso que las que traen á vms. aquí necesitarian mucho de abono.

Los antagonistas se saludaron con aquella fría civilidad propia de la ocasion.

— ¿Que hace aquí ese viejo bribon? dijo Mac-Intyre echando una mirada á Ochiltrie.

— Soy un viejo bribon, respondió Edie, pero soy tambien un viejo soldado, pues he servido bajo las órdenes de su padre de vm. en el regimiento n° 42.

— Servid donde os diere la gana, continuó Mac-Intyre, pero retiraos al momento, ó bien.... Y diciendo esto, levantó su látigo para intimidarle, pues no llevaba intencion de pegar al anciano; pero la sola amenaza fué suficiente para reanimar el antiguo valor de Ochiltrie.

— Cuidado, jóven, exclamó; bien puedo disimular alguna cosa al hijo de un padre como el de vm., pero repito que soy un soldado viejo, y nunca látigo alguno me tocará impunemente mientras que yo lleve mi baston herrado.

— Bien, bien, he obrado mal, lo confieso, con este arrebatado genio que tengo; pero tomad esta corona, y retiraos..... ¿Como es esto! ¿todavía permanecéis aquí?

El anciano poniendose tieso desplegó ventajosamente su alta talla, y á pesar de su vestido, que sin embargo se parecia mas al de un peregrino que al de un mendigo ordinario, su estatura, sus modales, su tono y sus gestos le habrian hecho tomar mas pronto por un viejo ermitaño, santo consejero de los jóvenes que le rodeaban, que por el objeto de su caridad. Sus razonamientos eran tan sencillos como su vestido; pero notabase tanta osadía y franqueza en sus palabras, como dignidad en su ademan y postura.

— ¿Que venis á hacer aquí, jóvenes insensatos? gritó dirigiendose á sus oyentes admirados. ¿Habeis venido en medio de las mas hermosas obras de Dios, para contravenir á sus leyes? ¿Habeis abandonado las obras de los hombres, las casas y las ciudades, que no son mas que barro y polvo como aquellos que

las han construido, para venir á estas pacíficas montañas, cerca de estas aguas tranquilas que durarán tanto como la tierra, á atacar recíprocamente vuestra vida á la cual ha fijado la naturaleza tan corta duracion, y de la cual al terminarla tendréis que dar una estrecha cuenta? ¿Careceis acaso de hermanas ó hermanos? ¿No teneis un padre que os ha educado, una madre que os ha llevado en su seno, amigos que os aprecian como si formáseis parte de su propio corazon? ¿De este modo quereis privarlos de un hermano, de un hijo, de un amigo? Mal combate aquel en que el vencedor es mas digno de compasion que el vencido. Reflexionadlo bien, hijos míos, soy un infeliz, pero soy viejo; mis canas y mi corazon honrado deben dar á mis consejos veinte veces mas peso del que podria quitarles mi pobreza. Idos de aquí, volved á vuestra casa como jóvenes prudentes; los Franceses pueden llegar uno de estos dias, entónces se os ofrecerá una bella ocasion para batiros, y el mendigo se mezclará tambien con vosotros, si acaso puede encontrar alguna tronera para apoyar su fusil; y tal vez vivirá bastante para deciros qual de los dos se bate mejor por una buena causa.

Su tono de independencia, la osadía con que se espresaba, su elocuencia fuerte y natu-

ral, sus ojos encendidos, hicieron alguna impresion en los que le escuchaban, y especialmente en los dos padrinos, cuyo amor propio no estaba interesado en que se ensangrentase el negocio, por el contrario deseaban sinceramente conducirlos á una reconciliacion.

— Por mi fé, señor Lesley, dijo Taffril, el viejo Edie habla como un oráculo. Nuestros dos amigos estaban ayer muy irritados, eran por consiguiente dos locos. Hoy deben de estar mas serenos, ó á lo menos nosotros debemos estarlo por ellos. Creo que la consigna deberá ser por ámbas partes *olvido y perdon*. Es preciso, pues, que se den la mano, que descarguen al aire esas pistolas, y que vayamos á cenar juntos á las *Armas de Græme*.

— Yo pienso enteramente como vm., respondió Lesley, pues, á pesar del calor y de la irritacion que noto en ámbas partes, confieso que me es imposible encontrar aquí un motivo razonable de disputa.

— Señores, dijo Mac-Intyre con la mayor cachaza, todo esto hubiera estado muy bien un poco ántes. Despues de lo que ha pasado, y hallandonos donde nos hallamos, pararnos aquí, é ir á cenar alegremente á las *Armas de Græme*, es querer levantarse el dia siguiente con una reputacion tan andrajosa como el vestido de nuestro viejo amigo, que acaba de pe-

rorar tan inútilmente. Hablo por mí, señores, y me veo obligado á suplicar á vms. que se pongan en estado de despachar sin mas retardo el negocio que nos ha traído.

— Y como yo no he deseado la menor dilacion, dijo Lovel, me complacerán vms., caballeros, dignandose arreglar los preliminares lo mas pronto posible.

— Hijos míos, exclamó Ochiltrie observando que ya no le prestaban atencion: ¡insensatos! debería decir, continuó, ¡caiga la sangre que se derrame sobre vuestra cabeza! Diciendo esto, alejóse del terreno que los padrinos empezaban á medir; pero detuvose á poca distancia, murmurando con cierta indignacion, y mostrando una inquietud penosa, mezclada con un poco de curiosidad. Sin atender mas á su presencia que á sus reconvençiones, Lesley y Taffril dispusieron lo necesario para el combate, y conviniéron en que los dos adversarios tirarian á un mismo tiempo cuando Lesley dejaria caer su pañuelo.

Hizose la seña convenida, y se dispararon á una las dos pistolas. La bala del capitan atravesó la casaca de su adversario, tocandole superficialmente el costado, pero sin sacarle ni una gota de sangre. El golpe de Lovel fué mas acertado, pues vióse á Mac-Intyre perder

el equilibrio y caer por fin en tierra. Procuró levantarse gritando: — Esto no es nada, vengan otras pistolas; pero las fuerzas le faltaron, y añadió con voz mas débil: — Creo sin embargo que no necesito mas, y lo peor es que lo tengo bien merecido. Señor Lovel, ó sea cual fuere su nombre de vm., huya vm., pongase vm. en salvo. Caballeros, los tomo á todos por testigos de que yo he sido el agresor. — Apoyandose entónces en el codo: — Lovel, continuó, déme vm. la mano, le creo un hombre de honor, perdone vm. mi grosería como yo le perdono mi muerte.... ¡Pobre hermana mia!....

Adelantóse el cirujano para representar su papel en esta tragedia, y Lovel, como absorto y fuera de sí, contemplaba el mal de que habia sido la causa casi involuntaria. El mendigo le sacó de aquella especie de estupor cogiéndole por el brazo: — ¿Por que permanece vm. aquí contemplando su obra? Lo hecho, hecho. Ponga vm. los piés en polvorosa, si quiere evitar un afrentoso suplicio. Ya veo allá bajo la gente que le busca. Llegan demasiado tarde para separar á los combatientes, pero bastante á tiempo para llevarle á vm. á la cárcel.

— Tiene razon, exclamó Taffril, no debe vm. esponerse por el camino real. Gane vm. el bosque, y no salga de él hasta la noche. Mi

bergantin dará entónces la vela, y á las tres de la mañana, favorecidos por la marea, enviaré á vm. una lancha en Mussel-Craig.

— Sí, salvese vm., repitió el herido con una voz ahogada por las convulsiones.

— Sigame vm., dijo el mendigo, el plan del teniente es el mejor. Yo le conduciré á vm. á un sitio donde podrá permanecer todo el tiempo que quiera oculto, sin temor de que le descubran los mas finos galgos del mundo. — Y diciendo esto, procuraba llevarsele consigo.

— Pero vayase vm., replicó Taffril; permanecer por mas tiempo aquí, seria una verdadera locura.

— Mayor ha sido la de venir al duelo, respondió Lovel estrechandole la mano; pero á dios.... Y entró entónces en el bosque con Ochiltrie.



CAPITULO XXI.

- « Mágicamente bajó,
 » Yo creo que hasta el abismo
 » En donde al demonio mismo
 » Sin duda que le robó.
 » Lo cierto es que en la abadía
 » Luego que esto hubo pasado,
 » Iba el dinero sobrado,
 » Lo que ántes no sucedía.
 » No era cosa de admirar,
 » Y aun el oro que llevó
 » Me consta que le enterró....
 » Yo tan solo sé el lugar. »

(*La Maravilla de un reino.*)

LOVEL seguía casi maquinalmente al mendigo, que le guiaba con paso firme y rápido por entre matorrales y espinos, evitando los caminos trillados, y volviéndose frecuentemente para escuchar si algún ruido indicaba que los persiguiesen. Tan pronto bajaban al seco cauce de un torrente, como seguían un sendero estrecho y peligroso, abierto en el borde de un precipicio por el ganado que se dejaba vagar por los bosques de corte, con una negligencia casi general en Escocia. De

cuando en cuando Lovel podía entrever el camino por donde había pasado el día anterior con sir Arthur, el anticuario y el resto de la compañía. Triste, dudoso, devorado por mil inquietudes, ¿que no hubiera dado para poseer aquella conciencia tranquila que de nada se acusa, y que basta por sí sola para indemnizar de mil infortunios? Y sin embargo, decíase á sí mismo en medio de las reflexiones que veloz y casi involuntariamente hacia, aun entónces mi inocencia y la estimacion que me concedían cuantos me rodeaban no eran suficientes para dejar de creerme infeliz. ¿Que soy ahora que tengo teñidas las manos con la sangre de ese jóven? El miserable amor propio, que me hizo aceptar el desafío, no me ciega. Ha desaparecido como se dice que desaparece el espíritu maligno á los ojos de aquellos á quienes ha impelido al crimen.

Hasta el cariño que profesaba á miss Wardour enmudecía á la voz del remordimiento que le devoraba, y llegaba á pensar que hubiera accedido á sufrir todos los tormentos de un afecto despreciado, con tal que se hallase como en la mañana, es decir con la conciencia pura, y sin tener que acusarse de la muerte de un semejante suyo.

Su guía no interrumpió conversando el curso de sus penosas reflexiones. Ochiltre le

precedia en el bosque, tan pronto separando las ramas que les estorbaban el paso, como rogándole que anduviese mas aprisa, ó ya tambien hablando consigo mismo entre dientes, segun costumbre de los viejos aislados y desatendidos, algunas palabras que Lovel no hubiera podido entender, aun cuando las hubiese escuchado, porque no le ofrecieran en este caso ningun sentido, tan cortadas eran y tan faltas de ilacion y de consecuencia; habitud que se puede notar solamente en los hombres de la edad y de la profesion de Edie Ochiltrie.

Por fin, cuando Lovel, débil todavia á causa de su indisposicion, rendido á las dolorosas sensaciones que le agitaban, y fatigado por los continuos esfuerzos que hacia para seguir á su conductor por senderos escabrosos y resbaladizos, empezaba á quedarse algunos pasos atras, llegaron enfrente de una roca escarpada cubierta de zarzas y malezas. En sus flancos habia una caverna cuya entrada, tan estrecha como la madriguera de una zorra, no era indicada mas que por una grieta. Esta grieta misma la ocultaban las ramas de un roble viejo que, asegurado por sus raices entrelazadas en la parte superior de la abertura, dejaba caer su espeso follage en toda la estension de la roca. Hubiera podido escapar á la

atencion misma del que se hallase junto á la entrada, tan lejos se estaba de sospechar su proximidad. El mendigo entró en ella, y Lovel le siguió. En su interior era la caverna elevada y espaciosa, y se dividia en dos brazos que, cruzandose por ángulos rectos, representaban una cruz, lo que probaba que habia servido antiguamente de morada á un anacoreta. Muchas grutas semejantes se encuentran en diversos puntos de la Escocia; me limitaré á citar la de Gordon cerca de Roslin, bien conocida de los admiradores de los paisajes pintorescos y noveleros.

Una débil luz favorecia el paso en la entrada de la caverna; mas lejos reinaba en ella la mas completa oscuridad. — Poca gente conoce este sitio, dijo Ochiltrie, y aun me persuado de que, escepto yo, no hay mas que dos personas que sepan que esta caverna existe, Jingling Jock y Lang Linker. Muchas veces he pensado que cuando seria viejo y me hallaria enfermo, sin poder disfrutar por mas tiempo del aire benéfico del cielo, podria vegetar aquí con un poco de harina de cebada, y.... vé vm., hay en este lado una fuentecilla que nunca se seca ni en verano ni en invierno. Entónces me tenderé aquí para aguardar mi muerte, al par de un perro viejo que va rastroando su cuerpo hasta los matorrales, para

que la vista de su inútil y asqueroso cadáver no sirva de incomodidad á los transeuntes. Sucederá tambien que cuando ladrarán los perros en el corral de alguna alquería solitaria, gritará la criada: — Chito, bribones, es seguramente el viejo Edie que llega; y los muchachuelos de la casa pondrán sus piernecitas en movimiento para salir al encuentro del viejo de la capa azul que remienda sus juguetes; pero ¡ah! Edie no existirá.

Condujo entónces á Lovel que le seguía sin resistencia á una de las divisiones interiores de la caverna. — Aquí, dijo, hay una escalerilla de ojo por donde se sube á la antigua iglesia de arriba. Hay varios que pretenden que esta caverna fué labrada por los monges para ocultar en ella sus tesoros, y se dice tambien que por ella introducian de noche á la abadía cierto género de contrabando que se guardaran bien de hacer entrar de dia por la puerta principal. Cuentase tambien que uno de ellos fué santo, ó por lo menos quisieron darle á entender; que se estableció en este sitio que llamaron la gruta de San Ruth, y que esta escalerilla fué construida por él para poder subir á la iglesia durante el oficio divino. Si el laird de Monkbarns conociera este sitio, ¡cuantas patrañas no dejaria de contar, como hace por cosas menos importantes!

Pero ¿esta caverna fué labrada para el servicio de Dios ó para el de los hombres? esto es lo que yo no puedo asegurar. Lo cierto es que he visto cometer aquí mas de un pecado de nuestros dias, y yo mismo he cometido varios.... ¡demasiado! aquí, debajo de esta oscura bóveda. ¡Cuantas veces no se ha admirado la grangera de que su gallo no le anunciase la proximidad del alba!.... ¿Sabe vm. por qué? porque el pobre animal se estaba asando á fuego lento en este ángulo sombrío.... ¡Oh! ¡pluguiese al cielo que no hubiese pasado otra cosa peor!.... Y cuando se oia el alboroto que movíamos aquí en las entrañas de la tierra; cuando Saunders Aikwood que era entónces guardabosque, el padre de Ringan que lo es ahora, corriendo por estas inmediaciones para vigilar la caza de su amo, veia salir de la grieta que sirve de entrada á la caverna una luz roja que daba en los avellanos de enfrente, ¡cuantos absurdos no ensartaba sobre las brujas y las almas que frecuentaban de noche el bosque, sobre el fuego que habia descubierto, los gritos que habia oido, miéntras que todos descansaban? Y cuando nos lo referia á mí y á mis camaradas por las tardes calentandonos á la lumbre de la chimenea, yo me guardaba bien de reir, al contrario fomentaba su error inventando cuentos

y casos los mas estravagantes, por mas que me constase lo que era aquello. ¡Cuanto nos divertíamos!.... Pero al cabo, todo se reducía á vanidad y pecado, y es justo que aquellos que en su juventud han llevado una vida ociosa y guardado una conducta inconsiderada, abusando de la caridad del prójimo, se hallen en la vejez faltos de todo auxilio y socorro.

Mientras que Ochiltrie contaba así sus antiguas hazañas y travesuras de jóven con un tono en que traslucian alternativamente la jovialidad y los remordimientos, Lovel se habia sentado en un banco abierto en la misma roca, que probablemente habia servido de silla al ermitaño, abandonandose á aquella lasitud de cuerpo y de espíritu que se experimenta por lo comun despues de una grande agitacion. Su enfermedad, todavía reciente, habia debilitado sus fuerzas, y contribuía muchísimo á aquel abatimiento letárgico. — Si el pobre muchacho se duerme en ese agujero húmedo, pensó Edie, acaso no se levantará, ó á lo menos cogerá algun mal. No se halla en el mismo caso que nosotros, que podemos dormir en todas partes, como nos tengamos la barriga llena. Vamos, señor Lovel, ánimo. ¡Quién sabe si el capitan escapará de esta?... y aun, cuando muriese, no sería vm. el primero á quien hubiese sucedido semejante desgracia.

Yo mismo he visto matar á muchos hombres, he contribuido á matar á mas de uno, sin embargo de no haber habido entre nosotros la menor contienda; y si es permitido enviar al otro mundo la gente que no está enemistada con nosotros, solamente porque lleva una escarapela distinta de la nuestra y habla diferente idioma, no sé por que no ha de haber escusa para el que mata á uno que viene á atacarle con las armas en la mano. No quiero suponer que esto sea bien hecho, no lo permita Dios, ni encuentro justo quitar á un hombre lo que no podemos volverle, es decir la facultad de respirar; pero sostengo que es un delito perdonable cuando uno se arrepiente de él. ¿No somos todos hijos del pecado? Pero si quiere vm. creer á un pecador viejo, arrepentido de su mala vida, se encuentran en los dos Testamentos promesas capaces de salvar al menos digno, como tenga fé.

De esta suerte el mendigo, empleando alternativamente todos sus conocimientos en moral y teología para consolar á Lovel, le obligó á que le prestase alguna atencion, hasta que el crepúsculo de la entrada de la caverna hubo sido reemplazado por las sombras mas densas. — Ahora, dijo Ochiltrie, voy á conducir á vm. á un sitio mas cómodo. ¡Cuántas veces no me he sentado en él para escuchar

los gritos del buho subido á lo mas alto de los tejos, y para ver los rayos de la luna introducirse por las antiguas vidrieras de las ruinas de la iglesia! No hay peligro que nadie venga á estas horas, y si esos bribones de comisarios y oficiales del jerife han hecho algun registro en las inmediaciones, tiempo hace que se han alejado. ¡Ah! ¡ah! con todas sus órdenes de arresto y todas las llaves de sus cárceles, no son mas valientes que los demas, y me acuerdo de haberles jugado en mi tiempo buenas morisquetas cuando se me acercaban demasiado. Pero gracias á Dios, ya nada tienen que ver conmigo, porque soy viejo y pido limosna; mi capa azul es una salvaguardia, y luego miss Wardour seria si conviniese un escudo para mí, como sabe vm. — Lovel suspiró. — Vamos, vamos, no hay que perder la esperanza, la rueda de la fortuna puede dar aun una vuelta favorable. Las muchachas no suelen decidirse fácilmente, es preciso concederles tiempo para reflexionar. Miss Isabel es la flor del pais, y siempre me ha protegido; gracias á ella, paso por delante de la casa de correccion, con la cabeza tan erguida como cuando entro en la iglesia el día de fiesta. A ver como nadie se atreve ahora á tocar un pelo de la ropa al viejo Edie. Si voy á la ciudad, no ando tampoco cabizhajo, y me rozo con el

juez y el alcalde, sin mas ceremonia de lo que hago con el asnero y el ganapan.

Miéntras decia esto, se ocupaba en separar algunas piedras que impedian la entrada de la escalera practicable que habia en uno de los ángulos de la caverna. Edie pasó adelante, y Lovel le siguió sin desplegar los labios.

— El aire no falta aquí, dijo el viejo, los monges no olvidaron este punto; no les gustaba hallar obstáculos para respirar, y supieron encontrar el medio de que este sitio fuese claro y ventilado, sin que nadie lo sospechase.

Lovel encontró efectivamente la escalera como el viejo decia. Era estrecha, pero en buen estado, y algo baja. Entraron en seguida en una pequeña galería practicable, que habia junto á la pared contigua al coro de la iglesia, del cual recibia el aire y la luz por medio de unas aberturas ocultas con mucha habilidad entre los adornos de la arquitectura gótica.

— Este pasage ó corredor secreto, dijo el mendigo, daba vuelta antiguamente por casi todo el edificio, y comunicaba con el salon que el señor Monkbarns llama el refractorio (Edie probablemente queria decir el refectorio), desde donde pasaba á la celda del prior. Por este medio el prior podia escuchar lo que decian los monges durante la comida, saber si cantaban con gusto los salmos, y cuando es-

taba cierto de que todo iba bien, bajar á la gruta para conversar un rato con alguna mozueta, pues esos monges eran el diablo para las mugeres, si es verdad todo lo que se cuenta; pero nuestra gente, mucho tiempo hace, se dió prisa en cortar el pasage de un lado y destruir el otro, por miedo de que algun mal intencionado no lo descubriese y bajase á la caverna, lo que nos hubiera incomodado mucho, porque se trataba nada menos que de nuestro pellejo.

Llegáron entónces á un punto en que la galería formaba un círculo dejando bastante espacio para contener un banco de piedra. Un nicho que se habia hecho practicable se estendia hasta el coro; y como los lados estaban cubiertos de adornos calados, podiase ver desde allá toda aquella parte del edificio, lo que, segun Edie, habia sido probablemente imaginado para facilitar al prior los medios de vigilar la conducta de sus súbditos, sin ser visto, y de asegurarse por sí mismo de que desempeñaban lo que prevenian sus estatutos en punto á devocion, de lo que él estaba esento por su dignidad. Aquel nicho era exactamente igual en su exterior á todos los demas que se notaban al rededor del coro, de suerte que desde abajo era imposible descubrir al que se hallaba en aquel punto de observacion; y es-

taba tanto mas encubierto cuanto figuraba en la parte anterior del nicho un enorme San Miguel de piedra, aterrando el dragon. El corredor, volviendose en seguida á estrechar, conducia mucho mas lejos; pero los vagamundos, cuyo punto de reunion era siempre la caverna de San Ruth, habian tenido la precaucion de tapiarle con gruesas piedras que tomaron de las ruinas.

Sentóse Edie en el banco de piedra, habiendo ántes estendido en él su capa, é hizo señá á Lovel de que se colocase á su lado. — Estarémos mejor aquí que abajo, le dijo; el aire es mas suave y mas sano, y el olor de las flores y arbolillos que crecen en las ruinas vale mas que la humedad de la gruta. Estas flores son al parecer mas aromáticas durante la noche, y en ninguna parte se vé tanta profusion de ellas como en las inmediaciones de los edificios arruinados. Digame vm., señor Lovel, ¿alguno de los sabios del dia podria explicarme esto?

— No puedo responder acertadamente sobre este punto, dijo Lovel.

— Yo creo, replicó el mendigo, que sucede como en aquellos dones que parecen mas agradables al que los recibe en la adversidad, ó es acaso una parábola para enseñarnos á no despreciar á los que han caido en las tribu-

laciones ó en las tinieblas del pecado, pues que Dios envia perfumes para alegrar la hora mas sombría del dia, y cubre de flores y de arbolillos las ruinas de los edificios. Ahora bien, yo quisiera que algun sabio pudiese decirme si el cielo mismo se aplaude del espectáculo que tenemos á la vista, de esas largas bandas de luz que depone la luna en el enlosado de la iglesia, ó que, introduciendose repentinamente por entre esos altos pilares y esas esculturas de las ventanas, brillan en ella como en las hojas de la yedra opaca, cuando el viento las agita; quedaria bien engañado si este hermoso espectáculo no fuese mas del agrado de Dios, que el que ofrecia este recinto cuando estaba iluminado con lámparas y cirios, cuando se quemaba la mirra y el incienso de que hablan las sagradas Letras, y cuando resonaban por estas bóvedas la voz de los hombres y de las mugeres, el sonido de los órganos, de las trompetas, de los salterios, y de todos los instrumentos de música, pompa que es á mi entender la que designa la Escritura por abominacion. — Yo pienso, señor Lovel, que si dos corazones contritos como el mio y el de vm. pueden elevar una humilde súplica...

— ¡Silencio! exclamó Lovel apretando vivamente el brazo del mendigo, alguien ha hablado por aquí.

— Tengo el oido algo duro, respondió el mendigo á media voz, pero aquí no corremos ningun peligro. ¿ De donde venia el ruido?

Lovel le indicó la puerta del coro cargada de una multitud de adornos, situada en uno de los extremos del edificio por la parte del oeste, encima de la cual habia una ventana que daba libre paso á los rayos de la luna.

Es imposible que sea ninguno de los nuestros, dijo Edie hablando con precaucion; porque no hay mas que dos que conocen este punto, como le decia á vm., y se encuentran bien lejos de aquí, si no se ha terminado su peregrinacion en esta vida. Jamas creeré que los agentes de policia vengan aquí á tales horas, ni doy asenso á las patrañas de duendes y almas en pena, por mas que sea este el momento propicio para verlos si acaso existen; eso es bueno para los tontos y las viejas.... Pero, que sean habitantes de este ó del otro mundo, lo cierto es que llegan dos hombres con una luz.

Y en efecto, en tanto que el mendigo hablaba asi, la sombra de dos hombres formada por los rayos de la luna precedió su entrada en el coro, y el pequeño farol que uno de ellos llevaba á la mano despedia un pálido resplandor, comparado con la plateada brillantez del astro de la noche, asi como el véspero ó

la estrella de la tarde se distingue apenas en medio de los débiles rayos del sol, cuando se precipita en el Océano. La idea mas verosímil, á pesar de las seguridades de Ochiltrie, era que dos oficiales de justicia venian en busca de Lovel registrando las ruinas; sin embargo, ninguna circunstancia parecia justificar esta sospecha. El mendigo, dando un golpecito en el brazo de su compañero, le dijo á media voz que lo mejor que tenian que hacer era permanecer en el lugar en que se hallaban, sin mover el menor ruido, y sin perder de vista ninguno de los movimientos de aquellos dos individuos; que si por lo que viesan tenian por conveniente retirarse, siempre podrian bajar á la caverna por la escalerilla secreta, y de allá ocultarse en el bosque, donde la oscuridad impediria su persecucion. Permanecieron pues inmóviles observando con inquietud y curiosidad á los dos estrangeros.

Estos, despues de haber hablado bajito por algunos instantes cerca de la puerta, avanzaron ácia el centro del coro; y una voz, que por su acento Lovel conoció al instante por la de Dousterswivel, pronunció distintamente las siguientes palabras:

— En ferdad, mon pon señor, non poder hallar mas pon tiempo, momento mas favorable para nostra grande empresa. Fostra mer-

eed fer moy pronto que quanto hafer dicho mein herr Oldenbuck no ser mas que necesidades é poperías. On mochacho de teta non diria mas disparates. El esperar folferse rico come on judío por sus pofres miserables cien libras, de que yo hacer tanto caso como de cien marafedises; ma, á fostra merced, mon monificante é respetable patrono, mi querer mostrar todos los secretos de mon arte, sí, hasta el secreto del grande Pymander.

— Segun toda apariencia, dijo Edie á media voz, esa otra figura será sir Arthur Wardour; no conozco á otro capaz de venir aquí á estas horas con ese bribon de Aleman. Yo creo que ese pícaro le ha hechizado, y que le haria tragar cal por queso. Pero á ver lo que vienen á hacer aquí.

Esta interrupcion impidió á Lovel de atender á la respuesta del baronet, y no pudo oír mas que las últimas palabras que fueron pronunciadas con mucho énfasis, — un terrible gasto.

— ¡Un terrible gasto! repitió Dousterswivel, sin doda esto ser indispensable. Fostra merced non poder coger sin hafer sembrado: el gasto ser la semilla; el oro, la plata, las joyas, los tesoros ser la cosecha, moy pona cosecha, por mi fé. Ahora pen, sir Arthur, fostra merced hafer sembrado esta noche diez

guíneas, poca semilla, un polfo de tapaco; ma si non recoger una grande cosecha, grande á proporcion de la pequeña pizca de semilla, pues ya safer que la una ser consecuencia de la otra, mi dar permiso de non tener á Herman Dousterswivel por hompre de pen. Ahora, mon pon patrono, mi rogaros de mirar este platillo de plata, pues no tener ningon secreto por fostra merced. Fos safer que la luna atrafesar todo el zodiaco en feinte é ocho dias; hasta los niños safer esto: ¡eh pen! mi tomar un plato de plata cuando ella estar en su décima quinta casa, la cual casa ser la palanza, é grafar en un lado en lengua gótica *sched-harschemoth schartachan*, que significa la inteligencia de la inteligencia de la luna; en seguida dipojar una serpiente con una capeza de pafó; moy pen. Logo del otro lado grafar una tapla lonaria, on cuadrado de noefe multiplicado por sí mismo, con ochenta é on números de cada lado é noefe de diámetro. Fos tra merced fer que todo estar moy propiamente ejecutado: cada vez que la luna mudar de cuarto, mi poder serfirme de esto para encontrar tesoros á proporcion de mis gastos de fomigaciones, tan cierto como noefe ser la raiz coadrada del número mas alto de la tapla.

— Pero, Dousterswivel, dijo el crédulo baronet, ¿no se parece esto á la magia? Yo

soy, aunque indigno, un verdadero hijo de la iglesia episcopal, y no quiero tener relacion alguna con el maligno espíritu.

— ¡Bah, bah! non hafer en esto ningona cosa de magia, ser todo fondado en la influencia planetaria, en la simpatía é la fuerza de los números. Mi hacer fer á fostra merced en lo socesifo moy pellas cosas. Sin empargo, non negar que todo operarse por medio de on espíritu, á causa de la fomigacion, el cual si non tener miedo ir á presentarse ahora mismo á fostra fista.

— No, no; no tengo ninguna curiosidad de verle, dijo el baronet, que segun el sonido de su voz parecia tener una accesion de calentura.

— ¡Pona lástima por cierto! Mi desear mocho que fostra merced conozca el espíritu costodio de los tesoros, como on perro figilante. Pen safer como entenderme con él, ma si fostra merced non querer ferle....

— No se me da nada, respondió el baronet con cierta indiferencia, pero es tiempo de pensar en lo principal....

— Todavía non, mon pon patrono, non ser aun media noche, é media noche ser nostra hora planetaria, entónces mi poder mostrar el espíritu. Para esto trazar un pentagono en on círculo, que non ser difícil; en seguida hacer

ona fomigacion en el centro; nosotros estar aquí como en on castillo pen fortificado; fostra merced tener la espada en la mano; mi pronunciar las palapras, é entónces fostra merced fer que se apre la pared como la porta de ona ciudad, é logo.... on momento.... sí, fer primero on cierfo perseguido por tres grandes perros negros, como en las cacerías de nostro elector..... entónces fenir on negrito, atrapar el cierfo, é paf..... todo desaparecer. En seguida oir on solo de corneta que resonar por todas las roinas....; pon rato de música! tan pono como el mejor que hafer oido de Fischer por el opoé. ¡Prafo! viene despos el heraldo que nosotros llamar Ehrenhold, tocando la corneta, seguido del grande Peolphán ó cazador del norte á capallo.... ma fostra merced non prestar atencion á todo esto.

— Cosa de miedo puedo decir que no es.... pero se asegura que en semejantes casos suelen suceder algunos desastres.

— ¡Desastres!.... non, non: solamente si el círculo non estar pen trazado, ó si aquel que hafer la espada en la mano tener miedo ó non conserfarla pen horizontalmente, el gran cazador ganar fentaja, entrar en el círculo, é matar los exorcistas.... Esto hafer sucedido farias feces.

— Pues bien, Dousterswivel, sin dudar de

mi valor ni de vuestra ciencia, dispensemonos de la aparicion, y procedamos á lo principal.

— De pona gana; todo serme igual, ma he aquí el momento. Fostra merced sacar la espada, miéntras que yo encender lo que fos otros llamar acepilladuras.

Diciendo esto, arregló una hoguerita de virutas de madera que trajo consigo, y que habia untado de una materia bituminosa para dar mayor actividad á la llama. Cuando estuvo bien viva, cubriendo de una luz rojiza las paredes que la rodeaban, echó en ella un puñado de no sé que polvos de un olor muy fuerte, y como entraba en ellos mucha parte de azufre, no solo hizo estornudar al exorcista y á su discípulo, sino que derramandose el vapor por todo el coro, subiósse á las narices de Lovel y del mendigo, en quienes produjo el mismo efecto.

— ¿Es esto un eco? dijo el baronet sorprendido de haber oido la repeticion del estornudo. — Y acercandose mas á Dousterswivel, añadió: — ¿O seria tal vez el espíritu de que me hablabais, que se burla de nuestra tentativa para apoderarnos del tesoro confiado á su custodia?

— Non, non, respondió balbuciendo el Aleman que empezaba á participar del terror de su Mecenas, mi creer lo contrario.

Sonó en este instante un estornudo sonoro que Ochiltrie no pudo contener, lo propio que el ruido de una tos sufocada, que era imposible considerar como un eco. Nuestros dos buscadores de tesoros empezaron á temblar como azogados.

— ¡Tenga el cielo compasion de nosotros! dijo el baronet.

— *¡Alle guten geistern loben den herrn!* gritó asustado el Aleman: mon pon sir Arthur, continuó, mi creer que lo mejor que poder hacer en este caso es retirarse é folfer mañana de dia.

— ¡Miserable charlatan! gritó el baronet, en quien esta proposicion despertó sospechas que fuéron en él mas poderosas que el miedo, desesperado como estaba por el convencimiento del pésimo estado de sus negocios: ¡insolente embustero! esta es una treta preparada por tí para escusarte de cumplir tu ofrecimiento, como ha sucedido tantas otras veces. Pero, vive Dios, que he de saber esta noche quien eres tú, y de quien me he fiado cuando he permitido que causases mi ruina. Cumple tu obligacion; vengan espíritus ó demonios, es preciso ó que me enseñes el tesoro, ó que confieses que eres un pícaro y un impostor: de lo contrario, vive Dios, que aruinado y desesperado como estoy, te envío

al otro mundo donde verás mas espíritus de lo que desees.

El Aleman, entre el terror que le inspiraban los seres sobrenaturales de que se suponía rodeado, y las amenazas del furioso baronet, no pudo menos de decirle con humilde tono: — Mon pon patrono, fostra merced non ser confenientemente prodente; defer considerar que los espíritus.....

En este instante, Edie que empezaba á divertirse con la escena que estaba presenciando, arrojó una especie de gemido extraordinario, que no era mas que la prolongacion del tono lamentable de que se valia pidiendo limosna. Dousterswivel se puso entónces de rodillas.

— Mon pon sir Arthur, ser preciso partir, mi á lo menos defer partir.

— No, bribonazo, dijo sir Arthur desenvainando la espada que habia traído para las ceremonias del exorcismo, este ardid no ha de valerte. Mucho tiempo hace que Monbaras me tiene prevenido que viva alerta contigo. No hay remedio, ó he de ver este tesoro ántes de que salgas de aquí, ó confesarás que eres un impostor, ó bien voy á traspasarte con mi espada, á despecho de todos los espíritus y de todas las almas del mundo.

— Por amor de Dios, mon honorable patrono, on poco de paciencia. Fostra merced

tener pronto todo el tesoro que mi conocer; fos tenerlo pronto en ferdad, ma non haplar de los espíritos, porque ponerlos foriosos.

Ochiltre se preparaba á arrojar un segundo gemido, pero se lo impidió Lovel que ya tomaba un verdadero interes en este negocio, viendo tan decidido y casi desesperado á sir Arthur. Dousterswivel, temblando por el doble susto que le inspiraban los espíritus de un lado y el baronet de otro, desempeñó muy mal el papel de brujo, no atreviendose á tomar el grado de seguridad necesaria para alucinar á sir Arthur, temiendo escitar con esto la cólera de los seres invisibles que tanto le imponian. Sin embargo, despues de haber echado una mirada en torno suyo con sumo sobresalto, y pronunciado algunas palabras alemanas haciendo contorsiones que podian considerarse mas como espresion del miedo que por efecto de impostura, avanzó por fin ácia un ángulo del edificio en que la tierra estaba cubierta de una enorme losa en la cual habia grabada en bajo relieve la efigie de un guerrero armado de piés á cabeza, y dijo á sir Arthur á media voz: — Aquí, mon digno patrono, querer Dios protegernos.

El baronet, que despues de sufocados sus temores supersticiosos, parecia haberse armado de toda resolucion para llevar á término la

aventura, ayudó á Dousterswivel á levantar aquella piedra por medio de una palanca de que se habian provisto, y sus fuerzas reunidas no pudiéron lograrlo sino con mucho trabajo. No brilló repentiamente ninguna luz sobrenatural para indicar el tesoro subterráneo, ni se hizo visible ningun espíritu terrestre ó infernal. Dousterswivel, temblando, dió precipitadamente algunos golpes de azadon, pues se habian traído consigo todos los instrumentos necesarios. Retiró luego con una pala la tierra que acababa de remover, y sir Arthur oyó un ruido semejante al que produce la caida de un pedazo de metal. Dousterswivel recogió prontamente el objeto que lo habia producido.

— Mon pon patrono, exclamó, á fé de hombre honrado, ser esto todo coanto poder hallar esta noche.

Y al mismo tiempo miraba por todas partes con suma inquietud, temiendo que compareciese algun espíritu para confundir su impostura.

— A ver, dijo sir Arthur; á ver, repitió con tono mas firme, quiero satisfacerme, quiero juzgar por mis propios ojos. — Tomando entónces de las manos de Dousterswivel una caja ó arquita, cuya forma Lovel no pudo distinguir, y examinandola á la luz de la lin-

terna, hizo una exclamacion que dió á entender á los dos testigos que estaba llena de dinero. — Concedo, dijo el baronet, no es malo el hallazgo; y si se puede obtener un lucro proporcionado arriesgando mas, no importa, se arriesgará. Estas seiscientas libras de Goldieworth, á mas de tantas otras demandas que se me hacen, hubieran causado mi ruina. — Si creéis que podemos lograr tan buen éxito segunda vez al próximo cuarto de la luna, supongo haciendo los adelantos necesarios, cueste lo que cueste, yo los haré.

— Mon respetable patrono, no ser este el momento propicio para haplar de esto. Tened la piedad de ayudarme á colocar la piedra en so lugar, é marchar pen pronto. — Y luego que estuvo colocada la losa, se llevó á sir Arthur, que le habia vuelto toda su confianza, lejos de un sitio que su conciencia y sus temores supersticiosos representaban al Aleman como lleno de espiritus vengadores que, ocultos detras de alguna coluna, acechaban el momento de castigar su impostura.

— ¡Habrás visto cosa semejante! exclamó Edie luego que hubieron desaparecido como dos sombras. Pero ¿que diablos podremos hacer para desengañar á ese hombre preocupado? Acaba de probar, sin embargo, que no es orchata lo que corre por sus venas. No

me aguardaba yo tanto en verdad, y aun he creido un momento que haria sentir á ese vagamundo el frio de la hoja de su espada. No tenia tanto valor el otro dia en el Delantal de Bessy; pero entónces no estaba encolerizado, y el asunto era muy distinto. He conocido á muchos que en medio de su furor hubieran chafado á un hombre como una mosca, y tampoco les diera mucho gusto estrellarse en el *Cuerno de la Vaca*; pero ¿que podemos hacer por él?

— ¡Presumo, dijo Lovel, que el bribon ha recobrado toda su confianza por medio de esa treta que sin duda habia preparado de antemano.

— ¡Que!.... ¿el dinero?... Sí, sí, fiese vm. en ello.... ya sabe él lo que se hace.... esto se llama dar una sardina para sacar una ballena. Su intencion es chuparle hasta la última guinea, y luego afufarselas á su pais, como un verdadero desertor. Yo hubiera querido hallarme bastante cerca para hacerle sentir mi baston herrado; tal vez lo tomara por una bendicion que le daba alguno de los abades enterrados aquí; pero conviene moderacion y prudencia. No es siempre el mejor sable el que hace las mas profundas heridas, todo consiste en el modo de manejarle. Yo me entenderé con él algun dia.

— Si vos informábais al señor Oldbuck de lo que acaba de pasar.

— ¿Que quiere vm. que le diga? Monkbarns y sir Arthur se parecen sin parecerse. Unas veces el baronet escucha á Monkbarns, y otras hace tanto caso de él como de mí. Monkbarns es tan bobo como él en varias cosas. Cualquiera le hará creer que un dinero viejo es una medalla romana, segun él dice, y un foso abierto pocos años hace un campo antiguo; no se trata mas que de saber mentir: yo mismo, Dios me perdone, le he contado mas de una patraña, y á pesar de esto no tiene mucha indulgencia para los demas, echandoles en cara todas sus locuras, como si él no hiciese ninguna. Le escuchará á vm. todo el día con la boca abierta, si le habla vm. de Wallace (1), del ciego Harry y David Lindsay (2); pero no vaya vm. á hablarle de espíritus, brujas, almas en pena, ni cosa que se le parezca. Una vez por poco no echa al viejo Caxon por la ventana, porque sostenia haber visto una alma en el Humlock-Knowe. Ahora bien, segun como tomase el asunto, no haria mas que preparar las botas al bribonazo, y todo iria de mal en peor, como ha sucedido

(1) Antiguo trovador escocés.

(2) Autor ya citado.

dos ó tres veces por la empresa de las minas. Podia decirse que sir Arthur se internaba mas y mas en el cenagal, solo porque Monkbarns le aconsejaba lo contrario.

— ¿Pero que inconveniente encontraríais en insinuar algo á miss Wardour?

— ¡Pobre muchacha! ¿como pudiera ella impedir que hiciese su padre una calaverada? Por otra parte, ¿que ganaríamos con esto? Corre la voz que un acreedor de sir Arthur le exige en este momento el pago de seiscientas libras esterlinas, y que un galgo de justicia de Edimburgo le cuenta ya las pisadas para obligarle. Si no paga, será preciso que vaya á la cárcel ó que abandone su patria. Le considero como un hombre que se anega, que se agarra á todo lo que puede para salir del peligro. Asi pues, ¿por que llenar de sentimiento á la pobre muchacha por lo que no puede remediar? Por otra parte, para hablar con franqueza, no me gustaria que se descubriese el secreto de este punto. Ya ha visto vm. por esperiencia cuan cómodo es tener un escondrijo como este, y aunque no me halle yo en el caso de necesitarlo, y me prometa, con el favor de Dios, llevar hasta la muerte una vida prudente y honrada, no sabemos, sin embargo, á que tentacion podemos vernos expuestos.... y en una palabra.... no puedo re-

signarme á descubrir á nadie este lugar. — «Guarda siete años una prenda, dice un proverbio, y dia vendrá que te sirva.» ¿Quién sabe si la caverna podrá ser todavía de algun provecho á mí ó á alguno de mis amigos?

Ochiltrie espresaba estas palabras con un calor que, á pesar de los arrapiezos de moral y de piedad cristiana con que los envolvía, no dejaba de traslucirse en ellas el interes personal, tal vez á causa de la conducta que habia guardado en su juventud; y Lovel no debia por cierto refutarlas en un momento en que se aprovechaba del secreto de que parecia estar tan zeloso el viejo.

Este accidente fué sin embargo muy útil á nuestro héroe, porque contribuyó á separar de su ánimo el doloroso recuerdo de la desgracia que habia terminado el desafio, reanimando su energía que parecia haberle estinguído. Pensó que una herida peligrosa no era siempre mortal; que habia partido ántes de que el cirujano diese su opinion sobre el estado del capitán Mac-Intyre; y que llevando las cosas á lo peor, le quedaban que cumplir en la tierra deberes, que si no podian restablecer la paz en su corazon y sufocar el grito de sus remordimientos, le ofrecerian á lo menos motivos para soportar su existencia, y aligerarle la pena por medio de buenas acciones.

Tales eran los sentimientos de Lovel cuando llegó el momento en que segun el cálculo de Edie, que por un método que se habia inventado sin el auxilio de la astronomía, conocia con la sola inspeccion de los astros todas las horas de la noche, debian abandonar su tranquila morada para pasar á la orilla del mar, donde el teniente Taffril habia prometido enviarles una lancha.

Retiráronse por la misma galería que los condujo hasta el observatorio secreto del prior; y cuando al salir de la caverna se encontráron en el bosque, los pajarillos con sus trinos y gorgeos anunciaban la próxima llegada de la aurora; unas ligeras nubes de color de ámbar, que descubriéron por la parte del oriente al estender la vista por el horizonte, confirmáron este presagio. La mañana es, segun se dice, la amiga de las musas: la impresion que causa en el cuerpo y en la imaginacion de los hombres es lo que le ha valido probablemente este epíteto. Aquellos mismos que como Lovel han pasado la noche en medio de la fatiga y de la agitacion, conocen que el aire fresco de la mañana vuelve la fuerza y la vivacidad al cuerpo y al espíritu. Asi pues, con nuevo aliento y confianza siguió Lovel los pasos del mendigo que le servia de guia, atravesando las dunas cubiertas de rocío que se-

paraban la orilla del mar del bosque de San Ruth, segun llámaban á la parte de la selva que rodeaba las ruinas.

El primer rayo del sol, al asomar por el Océano su disco de oro, cayó sobre el bergantin anclado en la rada. La lancha se hallaba en el sitio indicado, y Taffril, envuelto en su capa, estaba sentado en la popa. Luego que vió á Lovel que se acercaba, saltó en tierra, y dándole la mano, le dijo que se alentase. — La herida de Mac-Intyre es peligrosa, añadió, pero no cierra enteramente la puerta á la esperanza..... Taffril habia tenido la atencion de hacer llevar secretamente á bordo del bergantin el equipage de Lovel, y se lisonjaba de que si queria permanecer en su buque, la mortificacion de un corto crucero seria todo el resultado desagradable del desafio. En cuanto á él, aseguró que era dueño de su tiempo y de sus movimientos, escepto la obligacion indispensable del servicio que hacia.

— Hablaremos á bordo de lo que tengamos que hacer, le respondió Lovel; y volviendose á Edie, hizo cuanto pudo para ponerle en la mano algunos billetes de banco.

— Creo, dijo el mendigo dando dos pasos atras, que todo el mundo se ha vuelto loco, ó que se han conjurado para arruinar mi oficio, lo propio que la mucha abundancia de agua

arruina, segun dicen, al molinero. De dos ó tres semanas á esta parte me han ofrecido mas dinero del que habia yo visto en toda mi vida. Guarde vm. esto, buen jóven, á vm. puede hacerle falta, creame vm., y á mí me serviria de estorbo. Mi vestido no me ocasiona gran gasto, y todos los años me dan una capa azul y tantos groats de plata (1) como años tiene el rey: ¡ Dios nos lo conserve! Vm. y yo, capitán Taffril, servimos al mismo amo, como vm. sabe; ya vé vm. pues que soy un buque viejo con todos los aparejos. En cuanto á mi sustento, no me cuesta mas que el trabajo de pedirlo haciendo mi pasacalle; y en caso de necesidad, un ayuno de veinte y cuatro horas no me amedrenta, pues me he propuesto no gastar un cuarto para la comida, de suerte que no necesito dinero sino para comprar tabaco, y alguna vez un vásito de aguardiente cuando hace mucho frio, sin que nadie pueda tildarme tampoco de borrachon. Asi pues, señor Lovel, retire vm. sus billetes, y déme un chelin de buena moneda.

En cuanto á los artículos que miraba Edie como íntimamente ligados con el honor de su profesion, podia decirse que era de bronce

(1) Moneda que vale á corta diferencia unos tres reales de vellon.

ó de diamante. Toda la elocuencia y todas las súplicas del mundo se hubieran estrellado contra la firmeza de su resolución. Lovel, pues, se vió obligado á ceder, y despidióse de él apretandole afectuosamente la mano, y asegurandole que no olvidaria jamas el servicio importante que le habia hecho. Luego llamandole aparte por un momento, recomendóle el secreto relativamente á la aventura de que acababan de ser testigos.

— ¡ Oh! no hay que tener cuidado por esto, respondió Ochiltrie. Nunca he hablado yo de lo que ha pasado en la caverna, por mas que haya visto en ella muchísimas cosas.

La lancha se alejó de la orilla con toda la celeridad producida por seis buenos remeros. El anciano permaneció mirandola por algun tiempo, y Lovel le vió agitar su gorro azul como para despedirse, retirandose en seguida por los arenales para continuar el curso de su vagamunda vida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

